

JESÚS, ¿DÓNDE VIVES?



VEN, Y LO VERÁS...

-(MUY ÚTIL PARA UNA CATEQUESIS PERSONAL)-

Juan Manuel del Río, CSsR.

**Este libro sencillo,
puede ser muy útil
para la reflexión
personal.
Va al ritmo de
una hermosa
alegoría
catequética.**

El autor.

Va dedicado:

A todos los catequistas,
(ellos y ellas),
que con entrega, amor, fe,
dedicación, sacrificio y generosidad,
van sembrando la Luz del Evangelio
por los caminos del Señor,
en América, España, África,
y en cualquier parte
del universo mundo.

Con fraternal afecto:
Juan Manuel del Río Lerga.
Misionero Redentorista.

Primavera del
Año de Gracia
del Señor.
2017.

LA PREGUNTA: **“JESÚS, ¿DÓNDE VIVES?”**

(Jn 1,38)

Podía ser el título de una película, de una novela, y de tantas cosas: “*Jesús, ¿dónde vives?*”. Pero no; no lo es, sino una pregunta crucial, de hondo calado. Se la hicieron un día a Jesús dos hermanos, llamados Juan y Andrés. Hoy, con permiso de ellos, la hago mía, porque también yo quiero preguntar a Jesús: “*Jesús, ¿Dónde vives?*”. No es la pregunta de un curioso, sino de un buscador, uno más de entre la ingente multitud, de la única Verdad: Cristo Jesús. No soy, pues, original. Otros, incontables, antes que yo han hecho la misma pregunta, y la seguirán haciendo. Porque es la pregunta de la fe. Sin más asidero que el Evangelio, como base, (y por extensión la Biblia) y la responsable conciencia personal.

Hoy, a la altura del tiempo que corre, y de los años vividos en una cultura y vida cristianas, me pregunto a mí mismo: *¿Conozco yo a Jesús? ¿Sé quién es, dónde vive?* Si dijera que no... ¡Hombre!, igual me paso dos pueblos. Si dijera que sí... ¡Vaya por Dios!, igual también me los paso. Es curioso, pero por más que creo firmemente en Jesús, que lo amo con toda mi alma, como mi Dios y Señor, creo que lo razonable y honesto es decirme a mí mismo: Sé muy poco de Jesús.

Por haber nacido en un ambiente cultural, social, y familiar cristiano, como es mi caso; y después de tanta teología estudiada; de tantas cristologías, escritas por creyentes y no creyentes y por agnósticos famosos, leídas, uno se da cuenta de que vive de las *rentas*. Por rentas entiendo el haber vivido y el estar integrado desde siempre en un ambiente multisecular cristiano. Por lo cual, el hecho de ser cristiano le parece a uno la cosa más natural del mundo. Como me parecería normal ser musulmán, si hubiera nacido en cualquier país árabe. Así y todo, llego a la conclusión de que es imposible conocer a fondo a Jesús. Jesús es inabarcable. Trátese del Jesús histórico, o el Jesús de la fe. Lo mismo me da. A fin de cuentas, es el Hijo de Dios hecho Hombre. No hay otro. Entiendo que sólo desde el amor se puede conocer mejor a una persona. En este caso, Jesús de Nazaret.

LA RESPUESTA: **VIVO EN...: “VENID Y LO VERÉIS”**

(Jn 1, 39)

Juan y Andrés quisieron saber de Jesús. No lo conocían. Aunque algo debían haber oído a cerca de él. Aquel hombre venido de Nazareth comenzaba a ser conocido. Vino a sacarles de sus cavilaciones su propio maestro, Juan el Bautista: “*¡Ese es el Cordero de Dios. Seguidle!*”, les dijo. Fue el empujón definitivo. Lo siguieron. Vio Jesús que le seguían. Les preguntó: “*¿Qué deseáis?*”. “*Queremos saber dónde vives*”. Les respondió: “*Venid, y lo veréis*”.

Saber dónde vive, es interesarse por Jesús. A sabiendas de que, tratándose de Jesús, él sí me conoce y nos conoce a fondo.

Este es el por qué y sentido de este libro: “*Jesús, ¿dónde vives?*”. Al responder él, de inmediato: “*Ven y lo verás*”, yo necesito ahora estar atento a su respuesta. Jesús me dice: *Vivo en...*

VIVO EN...

EN AQUELLOS QUE FUERON LOS PRIMEROS

*“Vieron dónde vivía
y se quedaron con él ese día” (Jn 1,39).*

Me preguntas dónde vivo. Te respondo de inmediato: en ti. ¿Te sorprende mi respuesta? Ahora comencemos por el principio. Recuerda. Dos célebres personajes aparecen en el Evangelio. Los dos llevan el mismo nombre: Juan. Dos juanes. Uno, *el Bautista*. Está en el ocaso de su vida. Desde luego, contra su voluntad. Sabes que pronto fue asesinado por mandato del rey Herodes. El otro, *el Evangelista*, aún tiene por delante una larga vida. De hecho, fue el más longevo de los apóstoles.

Él mismo lo cuenta en el Evangelio: *“Estaba Juan con dos de sus discípulos. Al ver a Jesús que pasaba, dijo: “Este es el cordero de Dios”. Los dos discípulos, al oírlo hablar así, siguieron a Jesús. Jesús se vuelve y al ver que lo siguen les pregunta: “¿A quién buscáis?”. Le contestaron: “Maestro, ¿Dónde vives?”. Jesús les dijo: “Venid y lo veréis”. Fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con él ese día. Eran como las cuatro de la tarde” (Jn 1, 35-39).*

Resulta que estos dos discípulos de Juan el Bautista, son hermanos entre sí. Se llaman Juan y Andrés. A partir de ahora, a partir del encuentro conmigo, la vida de los dos va a tomar un rumbo bien marcado, diferente, definitivo.

La llamada partió de mí. Solo que me serví de Juan el Bautista. Porque no es el hombre quien busca a Dios, sino Dios quien busca al hombre. Por lo mismo, cuando se habla de vocación, que significa llamada, has de saber que es Dios el que llama. Añado más. No se me puede seguir por intereses o conveniencias personales. Pongo el caso, si alguien se metiera a *cura* por intereses personales, como tener un status social, sentirse alguien en la sociedad, etc., mejor es *“que tome las de Villadiego cuanto antes”*, como decís en el lenguaje coloquial, y que se vaya.

Juan y su hermano Andrés oyeron mi llamada. En ese momento no cayeron en la cuenta que era yo quien los llamaba. Algún día, más tarde, se darían. La iniciativa parte de mí. Si ese día, y a esa hora, pasé por donde el Bautista, no fue por casualidad. Quería hacer de los dos hermanos discípulos míos. Total, me preguntaron: *“¿Dónde vives?”*. Vinieron, vieron, y se quedaron conmigo. No se trata de *qué* buscaban, sino de a *quién* buscaban.

Responder a la llamada pide un conocimiento lúcido, no tanto de lo que se busca, sino de a quién se busca. A mí me buscaban. Intuyeron, sin saberlo, que era yo quien los llamaba. Una cosa te digo: Quien me sigue a mí no queda defraudado.

Los fracasos en la vida no dependen de las cosas, sino de no dar con la persona adecuada. Es necesario dar con la persona adecuada. Mira, el hombre es un buscador de eternidad, que es la búsqueda de la felicidad definitiva.

A partir de ahí, comenzaron a ver dentro de ellos mismos. Para conocer a una persona se requiere entrar en la propia y personal intimidad. Se quedaron contigo, no aquella tarde, como dice el Evangelio, sino para siempre. Te repito, para siempre. En el reloj de Dios, *"las cuatro de la tarde"*, significa siempre. Esa es la hora de Dios. Siempre. Eso sucede a partir del Encuentro conmigo. Fue la hora capital y definitiva en su vida. A diferencia del reloj del mundo, que marca todas las horas, *menos las cuatro*, el reloj de Dios sólo marca una: las cuatro.

A la pregunta, que dónde vivo. Ya lo sabes, vino en Juan y en su hermano Andrés. Fueron los primeros en preguntar. Pero no los únicos. Y vivo en..., ya lo irás viendo.

VIVO EN... **EN DONDE SIEMPRE ES PRIMAVERA**

*“Bienaventurados
los que trabajan por la paz,
porque serán llamados hijos de Dios”
(Mt 5,9).*

¿A quién no le gusta la primavera? ¿Verdad? La vida resurge a borbotón. Los campos adquieren una belleza fascinante. El aroma ambiente es delicioso. Me encanta la primavera. A ti también, ¿cierto? Así que, a tu pregunta inicial, de dónde vivo, te respondo que vivo en la Primavera. Te lo voy a explicar. Cuando yo nací, mi nacimiento supuso la plenitud de los tiempos. Incluso te diría, supuso la eterna Primavera. Fue el renacer de la Humanidad. Hasta mi querida Madre lo captó y expresó muy bien en su más ferviente acción de gracias en el *magnificat*: “*Derribó a los poderosos de su trono y elevó a los humildes*” (Lc 1,52). La traigo a colación no sólo por ser mi madre, sino porque también es vuestra. Cuando el papa Juan Pablo II escribió *Redemptor Hominis*, ¿recuerdas el comienzo?: “*El Redentor del hombre, Jesucristo, es el centro del cosmos y de la historia*”. Y puntualizó: “*En la voluntad salvífica de Dios, María ocupa un lugar especialísimo*”.

Más tarde, el mismo papa Juan Pablo II, hoy en los altares, en *Millennio adveniente*, se dirigió a mi Madre como : “*La mujer de la esperanza...*”. Y yo añadiría, con infinito amor de Hijo: La Mujer de la eterna Primavera. ¿Qué mejor primavera que la esperanza? Mujer de la esperanza. Bien, detengámonos en esta palabra: *esperanza*. Porque *Esperanza y primavera* van unidas. ¿Lo vas captando, verdad? No te hablo de la primavera climatológica. Te hablo de otra primavera. La que se produjo en el *Holocausto*. ¿Te he pillado de sorpresa? ¿Qué estaba escrito en la pared de aquella celda? “*En cada primavera mis sueños florecerán*”. Efectivamente. La escribió un preso en la pared de su celda. En medio de tanto dolor, en su corazón había primavera. Había esperanza. Me alegro que tú mismo hayas recogido la frase en un poema: *Le dijeron que ya era primavera y el prisionero sonrió, / le dijeron que ya los campos florecían y él asintió, / le dijeron que si aún soñaba..., y de emoción lloró. / No vio que de pronto el cielo se oscureció, / y que aguanieve muy fría sobre los campos de concentración caía. / Entrecerró los ojos, y una luz en el cielo vislumbró. / Se fue el prisionero apagando, poco a poco, sin rencor, / y sin saber que en el álbum de sus Sueños un Poema / sin terminar quedó. / En grafía martirial, el manuscrito decía: / “En cada Primavera mis Sueños florecerán”. / Y así, en silencio, el prisionero al cielo voló / y en Dios floreció*. Muy bonito.

¿Cómo no voy a vivir, pues, en la Primavera? Dios es eterna Primavera. En el corazón donde no hay odio, sino amor, hay primavera. Lo expresé en el sermón del Monte: “*Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos de Dios*” (Mt 5,9). Mucha gente que sufrió el *Holocausto*, hizo posible una nueva *Primavera*.

VINO EN... **EN EL AGUA QUE DA FELICIDAD**

*“El que beba del agua que yo le daré,
nunca más volverá a tener sed”
(Jn 4,14).*

Sabes que la Cuaresma, siempre, pero más en la Iglesia primitiva, además de ser un tiempo de penitencia, lo es también de conversión. ¿Por qué de conversión? Simplemente, porque se trataba de un tiempo de preparación para los catecúmenos. Es decir, aquellos que en la Pascua iban a recibir el bautismo. ¿Cuándo se celebraba el bautismo? Este tenía lugar el sábado santo. Es decir, en la Vigilia Pascual.

¿Recuerdas los símbolos propios del bautismo? Eso es. En primer lugar el agua. Un elemento que aparece varias veces en la Biblia. En el Antiguo Testamento, ya veo que lo recuerdas. Efectivamente. Cuando Dios, en la Creación, separó las aguas. *“Y separó las aguas que están debajo de él, de las que están encima de él”* (Gn 1,7). ¿En qué otro episodio aparece el agua? Muy bien. Cuando Moisés golpeó la roca. *“Tú golpearás la roca, y de ella brotará agua para que beba el pueblo”* (Ex 17,6). Este hecho lo cuenta también el libro de los Números: *“Entonces Moisés levantó su mano y golpeó la peña dos veces con su vara, y brotó agua en abundancia, y bebió el pueblo y sus animales”* (Num 20,11).

Y si pasamos al Nuevo Testamento, nos encontramos con un acontecimiento extraordinario, de honda repercusión. ¿Lo recuerdas, verdad? Efectivamente. Tuvo lugar sobre el brocal del pozo de Jacob. Era el mediodía. Mis discípulos y yo habíamos estado recorriendo distintas aldeas, proclamando la Palabra. Hacía calor. A esa hora, el estómago pedía comida. Así que los discípulos fueron a comprar comida, mientras yo descansaba un poco de la fatiga acumulada. Estaba sentado en el brocal del pozo. En esto se presenta una mujer, con su cantarillo. Como acostumbraba a hacer, venía a buscar agua. Ha pasado a la historia como *la mujer samaritana*. ¿Por qué crees que me quedé en el brocal? ¿Sólo por descansar un poco? No principalmente. Mi intención iba más allá. En cuanto se acercó le dije: *“Dame de beber”* (Jn 4,7). Hubieras visto la mueca que hizo. Se sorprendió de que yo, siendo judío, le pidiera agua a ella, que era samaritana. Ya sabes que judíos y samaritanos andaban a la greña. ¿Crees que me dio agua? Ni hablar. Comenzó por increparme: *“¿Cómo! ¿Tú, que eres judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?”* (Jn 4,9). Ese era el momento que yo esperaba. Así que le dije: *“Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: “Dame de beber”, tú se lo hubieras pedido, y él te habría dado el agua viva”* (Jn 4,10). ¿Crees que captó el sentido de mis palabras? Para nada. Siguió argumentando, que si yo no tenía con qué sacar el agua. Que si yo era más que Jacob. Y tal. Así que fui al grano. Sin que sirva de precedente, me metí en su vida sentimental. Su sorpresa fue mayúscula cuando se dio cuenta de que yo conocía perfectamente sus fracasos matrimoniales. Entonces fue ella la que me pidió a mí agua. El agua que salta hasta la vida eterna. *“El que beba del agua que yo le daré, nunca más volverá a tener sed. El agua que yo le daré se*

convertirá en él en manantial que brotará hasta la vida eterna” (Jn 4,14). Ese fue el día en que por fin aquella mujer encontró el sentido de su vida.

El agua, como ves, representa y expresa, el milagro renovado de la Vida. Y mira, si a nadie se niega un vaso de agua, como soléis decir, ¿cómo iba yo a negarle a ella el agua de la salvación?

¿Qué hice en ese momento sino romper los prejuicios de raza, de sexo, de religión...? Por eso tomé la iniciativa: *“Dame de beber”*. La realidad es que en toda mujer, como en todo hombre, hay una sed profunda de amor. Mucha gente vive en un gran vacío, a todos los niveles. Sobre todo en el nivel sentimental. Ahora bien, para todo aquel, o aquella, que quiera seguirme, yo me revelo como agua viva, capaz de saciar cualquier sed humana. Tras un momento de sorpresa, y hasta de escepticismo, todos acaban por pedirme *“esa agua”*. La Salvación.

Es hora de olvidar el pequeño cantarillo de vuestras penurias, y de acudir por el agua auténtica. Nadie va a encontrar la felicidad en su cantarillo, de muy limitada felicidad. Fíjate que hasta los discípulos se extrañaron que estuviera hablando con una mujer. *“Come, maestro”* (Jn 4,31), me dijeron. También ellos andaban fuera de onda. Así que les dije: *“Yo tengo para comer un alimento que vosotros no conocéis”* (Jn 4,32). *“Mi comida es hacer la voluntad de aquel que me envió y llevar a cabo su obra”* (Jn 4,34).

¿Ves? Hay un agua más importante que la del pozo. ¿No te parece un buen signo sacramental, un signo bautismal? Pues para terminar, ¿recuerdas otro famoso episodio donde sale a relucir el agua? ¡Claro! Muy bien. En las bodas de Caná, donde convertí el agua en vino. Del bueno. Del que da felicidad de verdad. Otro signo sacramental. Signo eucarístico. ¿Cómo, pues, no voy a vivir en el agua?

VIVO EN... **EN EL ALMA DE LOS HUMILDES**

*“¿Acaso galopan los caballos por las rocas
o se ara con bueyes en el mar?
(Am 6,12).*

Disfruto cuando las palabras tienen música. Te gustan las sinfonías. Lo sé. ¿Y a quién no? La cadencia, la suavidad, toda la musicalidad que encierra una sinfonía, ayudan a que el alma se serene y, a su vez, se musicalice. ¿Te has parado a escuchar el silencio del cosmos en una noche de verano, en medio del campo. Ah, que no está callado. Pues tienes razón. El cosmos no guarda silencio. Todo él es música. Pero con tal suavidad que entra por los poros del alma.

¿Qué por qué te digo esto? Te diré. Porque la música del cosmos se parece a la música del humilde. Aparentemente, el cosmos guarda silencio. Pero si pones a escuchar con atención ves que tiene música. Una música suave que las almas más finas saben captar. Y disfrutar. ¿Y qué sucede con una persona humilde? Que sin darse cuenta, emite una música, imperceptible apenas, que transmite paz. Así es. Las personas humildes transmiten paz. ¿No es la paz una música relajante? En cambio, una persona soberbia transmite chirridos. Una persona soberbia pone nervioso a cualquiera. Haz la prueba. Colócate junto a una persona humilde. Transmite vibraciones positivas. Mucha serenidad. ¿Cómo así? Porque está en sintonía con el cosmos, la gran sinfonía de Dios. No importa que la persona no se dé cuenta. Los advierten los demás. Y eso es lo que cuenta.

Si entras en una cafetería, y alguien está jugando en una de esas máquinas tragaperras, y de pronto acierta, tiene suerte, y le cae un chorro de monedas, ¿te das cuenta el estruendo que forman las monedas al caer sobre la bandeja? Pues mira, ese ruido se asemeja al que metían los ricos en tiempos del profeta Amós. Recuerda con qué valor denuncia severamente a los ricos y poderosos de su tiempo. Y es que, los prepotentes meten mucha bulla. Hasta los lujosos ropajes que visten rompen la tranquilidad al pasar, con el roce que producen. ¿Cómo se han enriquecido tanto? Explorando a los pobres. Y lo peor de todo. Que se vuelven insensibles ante las miserias y las desgracias ajenas. Son capaces de pervertir hasta la justicia. Mira lo que dice Amós, el profeta campesino, sin estudios apenas, pero elegido por Dios para ser profeta. Les hace esta pregunta: *“¿Acaso galopan los caballos por las rocas o se ara con bueyes en el mar? Pero vosotros habéis convertido el derecho en veneno, y el fruto de la justicia en ajeno”* (Am 6,12). Lenguaje fuerte, ¿verdad? Pues sí. Pero es la realidad. ¿Tú has visto que un rico irradie paz? Pues eso.

Qué diferente es la actitud del humilde. Mira, en la parábola del pobre Lázaro y el rico epulón (Lc 16,19-31), describo lo que es un humilde. ¿Has visto a alguien más pobre y humilde que Lázaro? Pobre de solemnidad. ¿Crees que alguna vez se le ocurrió al tal epulón, glotón como él solo, que esto significa epulón, darle ni tan siquiera un mendrugo de pan? Jamás. Pero lo que son las cosas. Cuando menos lo esperas cambian los vientos. Lázaro muere. De hambre, por supuesto. ¡Qué remedio, si no comía el pobre! Muerto de hambre, sí, pero el

rico jamás se compadeció de él. ¡Ah!, claro que todos tienen que morir. Y le llegó el turno al glotón. ¿Qué de qué murió? Te lo puedes imaginar. De muerte natural no, desde luego. ¡De un hartazgo! Si es que, hay ricos que no se contentan con nada. Todo lo devoran. Y ahora, claro, vienen las lamentaciones. El humilde Lázaro va a disfrutar con los ángeles la música celestial. Mientras que el epulón va a dar con sus huesos al infierno.

El epulón se da cuenta, sabe que de ahí nunca podrá salir, y al tonto de él, no se le ocurre otra cosa que implorar un poco de compasión. Muy pedagógicamente, inserté en la parábola el diálogo que se produce de extremo a extremo. En un extremo, el infierno. En el otro extremo, el cielo. No pienses que al epulón se le ocurrió dirigirse a Lázaro. Imposible. Le da vergüenza hablar con aquel que había despreciado olímpicamente. Se dirige a Abraham, que hacía de portavoz del cielo. Eso sí, no pide que le envíen un ángel para refrescarle con un poco de agua. Quiere ¡ahora! que sea el mismo Lázaro. ¿No ves reflejado el remordimiento de conciencia en esta petición? Está claro. Pero ya es tarde. Las suertes están echadas.

Pero fíjate. Como quiera que, aun en la persona más mala, siempre hay un rescoldo de bondad, entonces se acuerda el epulón de que tiene más hermanos. Tan calaveras como él. Intercede por ellos. Esa era la pizquilla de bondad que aún le quedaba. Pero insuficiente. El juicio de Dios había puesto a cada uno en su sitio. Epulón insiste. Por la vía del miedo. Pide que se les aparezca un muerto. A ver si con el susto son capaces de convertirse.

Una conversión por miedo, no es conversión. Eso es puro ruido. Superstición. La conversión se produce desde la sinceridad. Más, desde la humildad. ¿No te he dicho que en el alma del humilde brota una música que transmite paz? Así es. Motivo por el que yo vivo en el alma de los humildes. Me gusta esa música.

VIVO EN... **EN EL AMOR DE LAS MADRES**

“Dejad que los niños se acerquen a mí”
(Mc 10,14)

Hay personas que se molestan si los niños alborotan, meten bulla, lloran. A mí no. Disfrutaba jugando con ellos. Del siguiente episodio, protagonistas los niños, sí. Pero coprotagonistas, entre bambalinas, las madres. Veían que a mí no me molestaba que sus hijitos jugaran y alborotaran. Y me los traían. Para enojo de los discípulos. Tenían poco aguante. Los niños me tenían mucha confianza. Disfrutaban conmigo. Y las madres encantadas de ver a sus niños jugando conmigo. Fíjate que los sinópticos recogen este evento casi con las mismas palabras: *“Le presentaban a los niños pequeños para que los tocara; pero, al ver esto, los discípulos los reprendían. Entonces Jesús los hizo llamar y dijo: “Dejad que los niños se acerquen a mí y no se lo impidáis, porque el Reino de Dios pertenece a los que son como ellos”* (Lc 18,15-16; Mt 19, 13-14; Mc 10,13-15).

Pero hoy no voy a hablarte de los niños, sino de sus madres. Madres, en plural, que voy a singularizar deteniéndome en una sola: la mía. Y no sólo porque es mi Madre. Y es que también es vuestra. Madre, pues, universal. La Iglesia, en sus dogmas, la ha exaltado. Me alegro del podio elevadísimo, de honor y cariño, donde la ha colocado. Se lo merece. Por ella. Y porque representa a todas las madres.

Un primer dogma: *la Maternidad Divina*, definido por el Concilio de Éfeso (año 431). Y más tarde, por el de Calcedonia y los de Constantinopla. ¿Recuerdas quién era papa cuando el Concilio de Éfeso? San Clementino I (422-432). Muy bien. Correcto. Ya a mediados del siglo XX, el Concilio Vaticano II hará alusión a este dogma al decir: *“Desde los tiempos más antiguos, la Bienaventurada Virgen es honrada con el título de Madre de Dios, a cuyo amparo los fieles acuden con sus súplicas en todos sus peligros y necesidades”* (Constitución Dogmática Lumen Gentium, 66)

Otro dogma importante: el de la *Inmaculada Concepción*. ¿Qué indica o define? Pues que María fue concebida sin mancha de pecado original. Es curioso. Aunque este dogma lo proclamó oficialmente el papa Pío IX, el 8 de diciembre de 1854, estaba muy metido en la fe y devoción a María, mi Madre, y Madre de todos vosotros, de todo el Pueblo cristiano. Ya en el siglo V San Pedro Crisólogo habla de ella como *“madre de los vivientes mediante la gracia”*. San Venancio Fortunato, un siglo después, exclama: *“Oh excelente belleza, oh mujer que eres la imagen de la salvación, potente por causa del fruto de tu parto y que gustas por tu virginidad, por tu medio la salvación del mundo se ha dignado nacer y restaurar el género humano que la soberbia Eva ha traído al mundo”*. Incontable son los escritores y santos que han escrito sobre María. Entre otros muchos, San Cirilo de Jerusalén. Escribe: *“Por medio de la Virgen Eva entró la muerte; era necesario que por medio de una virgen, es decir, de la Virgen, viniera la vida...”* (Catequesis, XII, 15).

Uno de los santos que ha destacado más por la devoción a mi Madre, ¿te imaginas quién puede ser? Pues sí. San Alfonso María de Liguori. Hablando de la Inmaculada Concepción, dice por ejemplo: “... Pero quiso Dios hacer una excepción y librar de la mancha del pecado original a la Santísima Virgen a la que Él había destinado para ser madre del segundo Adán, Jesucristo, el cual venía a reparar los daños que causó el primer Adán”. Va luego desgranando en tres amplios apartados el por qué convenía que Dios librara del pecado original a la Virgen María. Los resumimos. Convenía: “Al Padre como a su Hija preferida. Al Hijo como a su Madre Santísima, y al Espíritu Santo como a la que había de ser Sagrario de la divinidad”. Siendo Alfonso un hombre muy erudito, y de memoria prodigiosa, ¡vamos!, que no hay personaje que no cite, de los innumerables que se han ocupado del tema de la María.

Otro dogma para honrar a mi Madre: El de su *Perpetua Virginitad*. El Catecismo de la Iglesia Católica dice en el número 499: “La profundización de la fe en la maternidad virginal ha llevado a la Iglesia a confesar la virginidad real y perpetua de María incluso en el parto del Hijo de Dios hecho hombre. En efecto, el nacimiento de Cristo “lejos de disminuir consagró la integridad virginal” de su madre. La liturgia de la Iglesia celebra a María como la ‘Aeiparthenos’, la ‘siempre-virgen’ ”.

Y vamos al cuarto dogma: el de la *Asunción*. Lo considero muy importante. Si un día, en el Tabor, yo quise que tres de mis discípulos pudieran contemplarme transfigurado, fue para que comenzaran a pensar lo que iba a ser la gloria eterna. Incluso el cuerpo, la carcacha que envuelve a la persona, también será glorificado. De este modo, puedes comprender que tratándose de mi Madre, y Madre vuestra, no iba a esperar para su glorificación que llegara el fin del mundo. Con lo cual este dogma de la Asunción se refiere a que *la Madre de Dios, luego de su vida terrena fue elevada en cuerpo y alma a la gloria celestial*. Como conviene recordar fechas, este dogma fue proclamado por el Papa Pío XII, el 1º de noviembre de 1950, en la Constitución *Munificentissimus Deus*. Así que, al recordar con amor a mi Madre, te estoy diciendo que vivo en el amor de todas las madres.

VIVO EN... **EN EL CIELO Y EN LA TIERRA**

*“Galileos, ¿qué hacéis ahí parados mirando al cielo?”
(Hch 1,11).*

Veo que mucha gente se dedica a estudiar y escribir teología. Está muy bien. Pero pregunto, ¿qué sabéis de Dios? Estrictamente, lo que yo os he contado en el Evangelio. Es verdad que el misterio de Dios os rebasa, os desborda. Dios es un misterio para vosotros, porque no lo veis. Mi apóstol Juan lo dijo abiertamente: *“Nadie ha visto jamás a Dios”* (Jn 1,18). Y completa la frase diciendo: *“El que lo ha revelado es el Hijo único, que es Dios y está en el seno del Padre”* (Jn 1,18). Con esto, quiero decirte que sí, que está muy bien indagar en el misterio de Dios. Pero es bueno que en vez de mirar al cielo, miréis a la tierra. Es más fácil encontrar a Dios en la tierra.

Sabes lo que les ocurrió a mis queridos discípulos el día de la Ascensión. Se quedaron mirando al cielo. Y así hubieran permanecido *sine die*. Hasta que alguien les dijo: *“Galileos, ¿qué hacéis ahí parados mirando al cielo?”* (Hch 1,11). Como si despertaran de un trance, volvieron a la realidad. La realidad para ellos seguía estando en la tierra. Dios no se ha desentendido de nadie. No es un Dios lejano. Al completar la Redención, es verdad, me fui a los cielos. Y al mismo tiempo que quedé entre vosotros.

Sí, para hacer teología hay que mirar a la tierra. A Dios se le encuentra en la tierra. En cada ser humano. Mirar al cielo es no ver. No veis el cielo. Veis el firmamento. Y aunque el sol os deslumbre, podéis ver las nubes, o las estrellas. Y poco más. En cambio, la tierra la veis perfectamente. Sois como hormiguitas alborotadas en un hormiguero, que chocan unas con otras. Vosotros os codeáis con los demás todos los días. Pues bien, Dios tiene rostro humano. Lo tiene en mí, que soy su Hijo Unigénito. Y también en vosotros, que sois hijos adoptivos. ¿No recuerdas lo que al respecto dice el Documento de Puebla? Se fija en rostros muy concretos en los que deberíaís, dice, *“reconocer los rasgos sufrientes de Cristo, el Señor, que nos cuestiona e interpela”*. Y va citando rostros con los que yo me identifico. Por ejemplo:

“Rostros de niños, golpeados por la pobreza desde antes de nacer, por obstaculizar sus posibilidades de realizarse a causa de deficiencias mentales y corporales irreparables; los niños vagos y muchas veces explotados de nuestras ciudades, fruto de la pobreza y desorganización moral familiar;

Rostros de jóvenes, desorientados por no encontrar su lugar en la sociedad; frustrados, sobre todo en zonas rurales y urbanas marginales, por falta de oportunidades de capacitación y ocupación;

Rostros de indígenas y con frecuencia de afroamericanos, que, viviendo marginados y en situaciones inhumanas, pueden ser considerados los más pobres entre los pobres;

Rostros de campesinos, que como grupo social viven relegados en casi todo nuestro continente, a veces, privados de tierra, en situación de dependencia interna y externa, sometidos a sistemas de comercialización que los explotan;

Rostros de obreros frecuentemente mal retribuidos y con dificultades para organizarse y defender sus derechos;

Rostros de subempleados y desempleados, despedidos por las duras exigencias de crisis económicas y muchas veces de modelos de desarrollo que someten a los trabajadores y a sus familias a fríos cálculos económicos;

Rostros de marginados y hacinados urbanos, con el doble impacto de la carencia de bienes materiales, frente a la ostentación de la riqueza de otros sectores sociales;

Rostros de ancianos, cada día más numerosos, frecuentemente marginados de la sociedad del progreso que prescinde de las personas que no producen”.

Todos esos, son rostros de Dios. Y están en la tierra, a vuestro lado. ¿Qué hacéis por ellos? ¿Nunca se os ha ocurrido pensar que son el rostro de Dios? Dios se identifica con ellos. Así que menos mirar al cielo, y más a la tierra. Porque, aunque es verdad que vivo en el cielo, vivo sobre todo en la tierra.

VIVO EN... EN EL PADRE QUE A TODOS AMA

*“El Padre os ama”
(Jn 16,27).*

En esta conversación, quiero responder a la pregunta de *dónde vivo*. Lo sabes muy bien. *Vivo en el Padre*, que os ama. Dios es el Padre de todos. A todos ama el Señor. Recordarás que con el año 1.999, terminaba el milenio. Vísperas por consiguiente del 2000. Como preparación al magno evento de cambio de milenio, el papa quiso que el protagonismo lo tuviera el Padre Eterno. Esto suponía la preparación espiritual, moral, humana, cristiana, inmediata y universal, del Gran Jubileo.

Fue también el año de los Mayores. ¿Coincidencia? No. Sino intencionalidad. ¿No te parece buena analogía con el fin del milenio? Un milenio que acaba es, por lo mismo y definición, viejo. Como en la sensibilidad actual, mírame y no me toques, *viejo* parece no ser del gusto de todos, se cambió por *mayor*. Así, nadie se da por ofendido. No obstante, no deja de ser un error. *Mayor*, es un adjetivo comparativo: mayor que... Viejo, en cambio, es un estado concreto. LO contrario de ser joven. Así que, no hay por qué maquillar la realidad. Ni andar con eufemismos.

En cambio, al *Padre-Dios* no se le pueden aplicar adjetivos comparativos. Dios es eterno; no tiene edad. La eternidad trasciende los parámetros de la edad. Esta tiene cabida únicamente en la temporalidad. La eternidad es siempre actual. Un eterno presente.

Y bien, hablando de edad. Habéis tenido un papa cercano de veras a una determinada edad, la de los jóvenes. Me refiero a Juan Pablo II. Hoy canonizado. Recordarás que cuando Juan Pablo II se dirigió a los jóvenes bajo el lema: *“El Padre os ama, acoged su amor”*, el papa invitaba así a los jóvenes, a dirigirse abiertamente a Dios Padre, desde la admiración, la gratitud y el amor. Y a no olvidar lo que proclamé en el Evangelio: *“El Padre os ama”* (Jn 16,27).

Puedes volver a leer lo que dijo el papa: *“Estas son las palabras que os propongo como tema de la XIV Jornada Mundial de la Juventud”*. *“Querido jóvenes, Dios os ha amado primero (cf 1Jn 4,19), acoged su amor. Permaneced firmes en esta certeza, la única capaz de dar sentido, fuerza y alegría a la vida: su amor nunca se apartará de vosotros...”* (cf Is 54,19). *“Ha tatuado vuestro nombre en las palmas de sus manos”* (cf. Is 49,16).

Bonita expresión. Te gusta, ¿verdad? *“Ha tatuado vuestro nombre en las palmas de sus manos”*. Más allá de la delicadeza poética de la frase, lo importante es que había ternura, mucha ternura, y mucha entereza también, en las palabras del papa a los jóvenes. Juan Pablo II creía en los jóvenes. Y, ¿sabes por qué? Creía en ellos porque los veía *necesitados*, carentes de muchas cosas. Los vio, tal como yo lo había expresado: *“Como ovejas sin pastor”* (Mt 9,36). Sabía muy bien que los jóvenes necesitan comprensión y cariño. Sobre todo eso,

mucho cariño. El mismo que está faltando en gran medida a vuestra sociedad actual.

Cuando andaba predicando el Evangelio, siempre defendí la familia, contra viento y marea. Me opuse al divorcio, en contra del criterio de Moisés. Criterio que no partió de él. Se vio forzado a admitir el divorcio por la terquedad que había en sus corazones. Más claro, agua. Y añadí: *“Pero en el principio no fue así”* (Mt 19,8). Hay otra razón más, aparte de que la pareja fue constituida así desde el principio, que mucha gente, en cuanto tienen un contratiempo, una desavenencia, optan por la separación. Acudan a la oración, y verán cómo es de fácil la reconciliación.

No te imaginas lo que me duele ver familias desestabilizadas. Siempre salen perdiendo los hijos. Les falta el cariño que necesitan. Sufren. Y luego, cuando son jóvenes, arrastran esa carencia. La falta de cariño, muchos lo suplen, inconscientemente, con los móviles. Se pasan intercomunicados las veinticuatro horas del día. Pero, y al mismo tiempo, se sienten solos. ¿No los ves, cuando van por la calle? Caminan, por ejemplo, tres chicos o chicas juntos. Cada uno con el móvil en la oreja. ¿No es más lógico hablarse directamente?

Tengo muy presente a aquel joven que me salió al paso. Buscaba asegurar la salvación. Le propuse que guardara los Mandamientos. ¿Cuáles? En cuanto se los recordé, todo lo vio fácil: *“Yo los vengo cumpliendo desde pequeño”* (Mt 19,16-22; Mc 10, 17s; Lc 18,18s)). Me cayó muy bien. Lo miré con cariño. La lástima fue que cuando le propuse un ideal de vida mejor, y le invité a desprenderse de sus riquezas, quedó descolocado. Dio media vuelta, se marchó y adiós muy buenas. No volvió a aparecer.

A los jóvenes hay que exigirles. Que no se acomoden a lo fácil. Que no sean pijos, viviendo de las rentas que no han sudado ni ganado. Que no se conviertan en parásitos de la sociedad, y menos en déspotas que miran a los demás por encima del hombro. Pero, reitero, necesitan cariño desde niños. Yo los amo. Por eso te digo que *vivo en el Padre, que a todos ama*. Sin excepción.

VIVO EN... **EN EL REINO DE DIOS EN CONSTRUCCIÓN**

*“Dios miró todo lo que había hecho,
y vio que era muy bueno”
(Gn 1,31).*

En la hermosa metáfora que enmarca toda la catequesis sobre la Creación, el Génesis dice que Dios no creó todo de golpe. Sino poco a poco. De este modo, va poniendo días. A cada día le asigna una tarea. Pero Dios, que es el Creador, termina cansado, fatigado. Ha sido una semana de intenso trabajo. Necesita descansar.

Efectivamente, el Génesis presenta un Dios antropomorfo. Como si fuera un hombre. Y, naturalmente, se fatiga y necesita descansar. Ves que es una preciosa catequesis. ¿Y qué nos dice? En primer lugar, que el mundo no es autónomo, sino que procede de Dios. Que el mundo no ha surgido de golpe, sino que hay un proyecto, un proceso, una evolución. Que Dios, presentado como si fuera capaz de cansarse, es un Dios amigo, cercano al hombre. Y que su descanso, no es tanto el cansancio físico ni mental, Dios no se puede cansar, sino dejar que el hombre entre al relevo, entre en acción. Asuma su propia responsabilidad.

Así es. Lo has entendido bien. El mundo no está terminado, sigue en construcción. Por tanto, el Reino de Dios, que no es ningún ente extraño, o ajeno al mundo, también está en construcción. El mundo y el Reino, son obras inacabadas. Y si Dios, siguiendo la metáfora bíblica, descansó el séptimo día fue para que el hombre entrara en acción. El séptimo día bíblico es el día del Hombre.

Fíjate qué hermosamente concluye esta catequesis sobre la Creación: *“Dios miró todo lo que había hecho, y vio que era muy bueno”* (Gn 1,31). Y todo sigue siendo bueno. ¿Qué podía ser mejor? No necesariamente. De las manos de Dios el mundo surgió hecho un pincel, como decís vosotros. Suficientemente bueno. Perfecto. ¿Que el hombre emborró el cuadro? Por desgracia. Sí, así fue. ¿Qué donde se podía contemplar una acuarela bellísima, ahora aparece un mamarracho? Es verdad. Pero, como ves, el defecto no es de fabricación, sino de quien no supo estar a la altura de las circunstancias y dañó el original.

Entonces, ¿qué debe hacer el hombre? No dormirse. Vigilar. Donde hizo un roto, aplicar un zurcido. Estar en vigilante espera de los acontecimientos de cada día. No pienses que Dios se fue a hacer la siesta. Dios sigue codo con codo a la par del hombre. Lo que el hombre tiene que hacer, es estar siempre listo para responder al susurro sugerente de Dios que le indica cómo debe trabajar en la construcción del Reino. Exactamente. Sí, esa actitud se llama vigilancia. Procura no olvidarla. Es una actitud muy bíblica. Por ejemplo, recuerda aquella noche de Liberación de los hebreos en Egipto, cuando pasó el ángel exterminador. Estuvieron listos. Estaban en vigilante espera, en pie, con el bastón en la mano para seguir al Señor que, con Moisés al frente, los guió hacia el Mar Rojo, y luego por el desierto, hasta la Tierra Prometida. Fue la gran epopeya bíblica.

Por supuesto que fue una marcha no exenta de complicaciones. ¿Qué por qué se llegó a este extremo? Por lo que te acabo de decir. Esa preciosa acuarela fue dañada, estropeada, por el hombre. Por supuesto que habían pasado millones de años desde la Creación hasta el momento del Éxodo. Desde aquel día primero del mundo, donde Dios quedó contento, satisfecho de su obra. Todo lo que había hecho era muy bueno. Dios se sintió como el artista satisfecho de su obra. Él fue el artífice único y maravilloso de una obra maravillosa.

Sí, sí, por supuesto. El Reino de Dios comienza con la Creación. Y sigue con la Redención, que es donde entro yo de lleno. Y también vosotros, puesto que sois discípulos míos. Y vuelvo a repetir que el Reino está en constante construcción. Que es ahí, no lo olvides, donde yo vivo también. ¿Por qué? Porque el Reino es un don del Padre, donde se trabaja poco a poco, pero sin pausa. Y sin miedo. Os lo dije en el Evangelio: *“No temas, pequeño rebaño: porque vuestro Padre ha tenido a bien daros el Reino”* (Lc 12,32). Pero, hay que estar en constante vigilancia, para que nadie dañe la obra.

VIVO EN... **EN EL TIEMPO QUE CORRE QUE VUELA**

*“Aunque uno viva setenta años
y el más robusto hasta ochenta...”
(Salmo 90,10)*

Eso decís, y no os falta razón. El tiempo corre que vuela. Con este dicho popular, os referís a la brevedad de la vida. Hasta el salmo lo dice: *“Aunque uno viva setenta años y el más robusto hasta ochenta, su afán es fatiga inútil, porque pasan aprisa y vuelan”* (Sal 90,10). Cierto. Pero mira. No os conformáis con nada. Cuando se es niño, hay prisa por hacerse adulto. Y cuando se es adulto, comienzan los lamentos por lo breve que es la vida. ¿En qué quedamos? ¿Por qué estáis tan apegados a la vida temporal y no sentís ni atracción ni prisa por la eterna? ¿No será que os falta fe en la vida del *“más allá”*?

Te digo el porqué de vuestra actitud. Porque no tenéis certeza metafísica de si hay, o no, un después más allá de la muerte. Hay que avivar y afianzar más la fe. Es cierto que la fe tampoco da seguridades ni evidencias absolutas. Sin embargo, es vuestro salvavidas. A diferencia del niño, al adulto se le presentan muchos interrogantes en la vida. El niño vive feliz en su particular paraíso infantil. No se plantea problemas. La metafísica no va con él.

Tampoco la gente sencilla que a través de los siglos han habitado el planeta Tierra se ha planteado mayores problemas en este sentido. Nacer, vivir, reproducirse y morir, ha sido el esquema básico para la inmensa mayoría de las personas. Conformismo y naturalismo iban de la mano. Hasta que la gente comienza a tener estudios. Éstos, al abrir nuevos y amplios horizontes, de mira y de vida, hacen que la gente comience plantearse los grandes y serios interrogantes. ¿Estás de acuerdo, no? Demos un salto de siglos. Vayamos a un periodo concreto, más cercano a vosotros. Ahí os encontráis con una corriente filosófica: el *existencialismo*. Eso es. Pues bien, cuando el ser humano comienza a pensar, está haciendo filosofía. ¿Qué por qué? Porque es cuando analiza los temas que le son fundamentales. Le surgen entonces preocupantes interrogantes. Se esfuerza por dar con las soluciones correspondientes. Pero, amigo, querer ver desde esta vida el *más allá*, eso le está vedado al hombre. ¿Entonces? Pues que el hombre se juega el tipo a una sola carta. Cambia el *ser o no ser* shakesperiano por *creer o no creer*. ¿Y? ¿Quieres una pista orientadora? Esta: Apeaos de vuestra soberbia humana. No intentéis regresar al paraíso perdido de Adán y Eva. Y optad por la humildad. Eso os ayudará a confiar plenamente en Dios. ¿Qué no lo veis? Ese es el motivo de que os mováis en el campo de la fe. Él sí os ve a vosotros.

Es la Biblia, como sabes, la que airea los grandes interrogantes que el hombre se plantea sobre la tierra. El hombre, unos, se decantaban por Dios. Otros por los ídolos. Pero todos estaban abiertos, y sintonizaban, con lo trascendente. Hoy, y a medida que habéis afinado más vuestra sensibilidad intelectual, en vez de acercaros a Dios, muchos lo negáis. Tremendo error.

Los pensadores existencialistas, al centrarse en el análisis de la condición del ser humano, se han fijado sobre todo en dos aspectos fundamentales: la *libertad* y la *responsabilidad* individual. Analizan las emociones. El por qué y el significado de la vida. Es un avance significativo. Pero no es homogéneo. Y choca con la filosofía tradicional. Esto ha dado lugar a tres movimientos existencialistas. Uno de tipo cristiano, otro de tipo agnóstico, y el tercero claramente ateo.

Pues te aseguro, si por un casual se dieran cita en una tertulia representantes de las tres opciones, estoy seguro que no serían capaces de ponerse de acuerdo en nada, o en casi nada. Excepto en el dicho popular: *“El tiempo corre que vuela”*. La brevedad de la vida os impresiona. Lo sé. Mira, el célebre cordobés Séneca, alude a ella cuando dice: *“Vivir es morirse cada día, y nos equivocamos en eso de ver la muerte como algo futuro: gran parte de ella ya ha transcurrido, cualquier momento de la vida pasada lo posee ahora la muerte”* (Cartas 1.2). *“Nada es tan útil para la templanza como el pensar continuamente en una existencia que es breve e insegura: en cada acción el hombre debe tener en cuenta la muerte”* (Cartas 114.27). La muerte, y algo más. Hay que saber estar abierto al más allá. Sin miedo alguno. Pero con humildad y confianza. ¿Me comprendes cuando digo que *vivo en el tiempo que corre que vuela?*

VIVO EN... **EN LA BUENA TEOLOGÍA**

*“¿No sabéis que sois templo
del Espíritu Santo?” (1Cor 6,19).*

En otro momento te dije que Dios, más que por el cielo, anda por la tierra. Dios se ha metido en la Historia. Está en todas partes. Sí. Pero está ante todo en cada ser humano. Sufre con los que sufren. Ama con los que aman. Perdona con los que perdonan. “*Dios es amor*” (1Jn 4,8). Lo dice bien claro san Juan.

¿Habéis entendido esto los hombres y mujeres de todos los tiempos? Muy a medias. Y hoy, cuando tanta gente se ha apartado de Dios, ¿lo pueden entender? Saca la conclusión.

El pensamiento racional, sometido al laboratorio de la Historia, comenzó un proceso imparable de reflexión y divulgación. De divulgación y de éxito. La cultura es patrimonio de todos. Aunque no todos llegan a alcanzar un nivel razonable de cultura. Dicho esto, quiero apuntarte un peligro. Me refiero a la dogmatización. Muy propio si nos metemos en el terreno teológico. Por cierto, ¿sabes quién fue el primero en usar el término *teología*? Fue Platón, en *La República*. Se refería a la comprensión que los humanos podéis tener de la naturaleza divina por medio de la razón.

Cuando se hablaba, o se escribía, de teología, el pueblo creyente respondía *amén*. Y nada se ponía en cuestión. Y menos aún si lo decía la Biblia. Como el saber teológico lo impartían precisamente los teólogos, que eran los *entendidos*, la gente llana declinaba en ellos la confianza. Decían: *Doctores tiene la santa Madre Iglesia*. Con lo cual, paraban el motor del pensamiento. Tan tranquilos. ¿Para qué esforzarse más? Para eso estaban los doctores. Y el nivel teológico del pueblo era, por regla general, muy bajo.

¿A dónde llevaba esta postura? Fíjate. Aún hay gente que se empeña en tomar al pie de la letra lo que dice la Biblia. Piensa un poco. Figúrate, por ejemplo, que Noé hubiera metido en el Arca una pareja de todos los animales de la tierra. Y de todas las especies, como dice la Biblia. Noé hubiera necesitado un arca más grande que de aquí a la luna. ¿No te parece? Y lo gracioso es que habría terminado con algunas de las especies nada más salir del arca y poner pie en tierra firme. Vuelve a leer el Génesis. ¿No dice que sacrificó? Bueno, léelo tú mismo: “*Luego Noé levantó un altar al Señor, tomó animales puros de todas clases y ofreció holocaustos sobre el altar*” (Gn 8,20). Vamos a ver. ¿No habían sucumbido todos, hombres y animales, excepto los que metió en el arca? Pues si nada más salir de la misma, sacrificó animales puros de todas clases, ¿qué queda? Es decir, en la Biblia lo importante no es la letra, sino el espíritu, el mensaje que encierra.

Los asuntos de la Biblia son asuntos teológicos, ¿no? ¡Cuidado que se han escrito miles de libros sobre teología! Te diré. Hay una teología erudita, a veces enrevesada. Bien mirado el tema, no pasa de ser literatura. La teología es

teología si es vida. Esa es la teología. Y porque es vida, llega al corazón. Y el corazón sintoniza con Dios. Y esto lo capta hasta la gente más sencilla. Gente que con un simple catecismo es capaz de sintonizar muy bien con Dios. Por el contrario, hay grandes tratados, rebosantes de erudición que no llegan al corazón. Les falta vida. Dios no es objeto de estudio. Dios es Vida.

Un día, contemplando el magnífico templo de Jerusalén, aproveché para referirme al templo corporal. Yo mismo. Templo que iba a ser destruido por la muerte. Y restablecido por la resurrección. No lo entendieron. Se burlaron de mí. Los judíos pensaron en el templo material de Jerusalén, del que estaban muy orgullosos. Ni por asomo se les ocurrió pensar que ellos mismos son templos. Siguieron burlándose de mí.

Más tarde, esta hermosa metáfora la tomó san Pablo, y añadió: “¿No sabéis que sois templo del Espíritu Santo?” (1Cor 6,19). ¿Ves? Esta es la buena teología, ver a Dios en cada ser humano. Por supuesto, verlo también en el templo maravilloso del cosmos. Dios es el Creador, el maravilloso artífice de la Creación. Conoces las obras de *Teilhard de Chardin*. Sé que te fascinaba en tus años de estudiante. Lo entiendo. Resulta fascinante leer las obras de Teilhard de Chardin, defensor del *evolucionismo teleológico*. Fue una cabeza bien amueblada. Rechazaba, en contra de Darwin, una interpretación puramente mecanicista y materialista del cosmos. El cosmos tiene vida. Todo él es vida.

Cómo disfrutabas leyendo *El fenómeno humano*, *El grupo zoológico humano*, *La aparición del hombre*, *La visión del pasado*, *El medio divino*. Y te fascinó, desde el primer momento, su convicción de que hay una *conciencia pensante del cosmos*. Y su credo: *Creo que el Universo es una Evolución. Creo que la Evolución va hacia el Espíritu. Creo que el Espíritu se realiza en algo personal. Creo que lo Personal supremo es el Cristo-Universal*. En suma, que la materia originaria, según Teilhard, contiene ya en sí una “conciencia” que hace que la evolución no sea un proceso puramente mecanicista, como diría Darwin, sino teológico.

¿Por qué crees que te he dicho que vivo en la teología? Porque la verdadera teología humaniza. ¿Por qué crees que me hice yo hombre? Pues para que vosotros podáis llegar hasta Dios que es Padre de todos.

VIVO EN... **EN LA CIVILIZACIÓN RECONCILIADA**

“Reconciliaos con Dios” (2 Cor 5,20)

Sé que seguís con mucho interés los partes meteorológicos en la tele. Si hay temporal, si va a llover, si va a hacer frío o calor. Está muy bien. El hombre, o la mujer del tiempo, suelen decir: *“Pero esta mejoría es transitoria porque sobre el Atlántico se presenta un frente de bajas presiones”*. Y, efectivamente, al día siguiente vuelve a haber lluvias. Como en mi tiempo no había tele, la gente miraba el horizonte. Pronosticaban, y acertaban.

Hoy quiero responder a tu pregunta y decirte que vivo en la Civilización reconciliada. Como suena. Vamos al grano. Porque me interesa que lo entiendas bien. Ni el hombre ni la mujer del tiempo, magníficos siempre presentadores en la tele de la meteorología, ni nadie, podéis cambiar el tiempo. Lloverá, o no, si tiene, o no, que llover. Independientemente de si gusta o no, si conviene, o no. Ya sabes que nunca llueve a gusto de todos. Habláis mucho del cambio climático, del efecto invernadero, del recalentamiento, y no sé cuántas cosas más. Vale. El asunto es que hay cosas que podéis cambiar. Otras, no. Nadie puede impedir que salga el sol, pero sí evitar que alguien se achicharre en la playa bajo sus rayos, exponiéndose a enfermar de cáncer.

¿Sabes? En los momentos actuales de la humanidad hay una imperiosa necesidad de cambiar muchas cosas. Muchas. ¿Pero sabrías decirme cuál es la más urgente? Yo te lo digo. La más urgente es la reconciliación de todos. Reconciliación. Me parece que usáis poco esta palabra. La cosa es que, por hache o por be, andáis como el perro y el gato. Guerras por aquí, guerras por allá. Que si la economía, que si la política... Y mientras tanto, mucha gente muriéndose de hambre.

Reconciliación. A todos los niveles. También a nivel religioso. Resulta increíble que, gente que dice creer y adorar a Dios, y teniendo en cuenta que Dios es uno solo, se peleen y se maten como moscas. ¿Te imaginas qué idea pueden tener de Dios? ¿O cuántos dioses en su cabeza? ¡Increíble! Si de verdad creyeran en Dios, no discreparían ni se matarían por Dios. Es necesario que a Dios lo tengan en el corazón, y no en las armas de guerra.

Ahora bien, se necesita la reconciliación porque previamente ha habido una ruptura, un enfrentamiento. Cuando esto sucede, sucede también que se ha deteriorado la civilización. La civilización es cultura, es organización, es respeto a uno mismo y a los demás. Sólo así se puede alcanzar una razonable cuota de bienestar y de paz. Pero, ya ves. Mientras de un lado, parte de la humanidad se esfuerza por conseguir, al menos un poco, de bienestar y de paz, la otra mitad va en dirección contraria. Es necesario un esfuerzo por la paz. Y que la política sea

un ecualizador de la sociedad. Habéis centrado el poder en la economía. Es un error. Termina siendo una ruina. Y una injusticia. Produce desencanto, desconfianza, crispación, y en definitiva violencia. La política necesita revisar su escala de valores. La política está para servir y orientar a los ciudadanos.

Pero, mira. Te estoy hablando de civilización. A tu pregunta de cada día, de dónde vivo, te voy respondiendo abiertamente. La civilización se construye. Es una conquista basada en el esfuerzo conjuntado. Lo cual lleva también una fuerte dosis de humildad. Con humildad es más fácil llegar a la conversión. Pero difícilmente se emprender un proceso serio de conversión si no hay, previamente, una labor evangelizadora. Repasa el Evangelio. ¿Qué es lo que yo hice? ¿A qué me dediqué? A evangelizar. La evangelización es la primera fuente de cultura.

Muchos habéis seguido mis pasos. Sois cristianos. Otros no quisieron saber nada de mí. Así les va. Lo peor, que estropean a los demás. Pero sois vosotros, los cristianos, los que tenéis que trabajar por la reconciliación y la paz.

Hay otro punto. Me refiero a la justicia. Es necesario que se reconozcan los derechos humanos fundamentales de la persona. No basta con la *Carta de la Declaración Universal de los Derechos Humanos*, de Naciones Unidas. Está muy bien. Lo malo es que la han colocado en los anaqueles de la biblioteca. Y ahí está, muerta de risa. ¿Recuerdas que os decía que estabais como “*ovejas sin pastor*”? (Jn 9,36). Pues no habéis avanzado mucho, que digamos. Es verdad que son miles y miles los que me han seguido, y hasta han dado la vida por mí. Por eso sus nombres están asegurados en los Cielos.

Esto que te estoy diciendo, mi querido Pablo lo entendió muy bien. Dijo: “*Dejaos reconciliar con Dios*” (2 Cor 5,20). Y mira por dónde. Fue el título de la Instrucción Pastoral sobre el Sacramento de la Penitencia, de los obispos españoles, allá por el año 1989. Y el tema de la homilía del papa Francisco, dentro del Jubileo extraordinario de la Misericordia, con motivo del envío de los misioneros de la misericordia el 10 de febrero de 2016.

Concluyendo. Es una imperiosa necesidad la reconciliación. Fue lo primero que dije al comenzar la predicación: “*Convertíos y creed en el Evangelio*” (Mc 1,14). Deseo, pues, que os deis a la tarea de reconstruir la Civilización de la Reconciliación. La construcción me tocó hacerla a mí. A continuación os disteis a la tarea de estropearla con vuestras constantes peleas, odios y enemistades. Tenéis una importante tarea que llevar a cabo. Porque yo también vivo en la Civilización reconciliada.

VIVO EN... **EN LA CONCIENCIA, SANTUARIO PERSONAL**

*"¡Arrepentíos,
porque el Reino de los Cielos ha llegado"*
(Mateo 4,17).

Cada persona es sagrada. Pero en la mismidad de la persona hay algo intocable. Lo más sagrado. Es la conciencia. Y ahí sí que nadie puede entrar. Lo que hay en la conciencia, sólo Dios y la propia persona lo saben. Incluso, a veces ni la persona. Siempre caben espacios nebulosos. Cuando tú vas en el coche, ¿no te ocurrido más de una vez encontrarte con bancos de niebla? En tal caso, no cabe más remedio que aminorar la marcha. De otro modo, el accidente puede estar a la vuelta de la esquina. Es decir, en una simple curva. En un imprevisto. Fíjate bien lo que te digo, en un imprevisto. Y la vida está llena de imprevistos. Así que, bien comprenderás que vivo en la conciencia de cada persona. Ese lugar sagrado, santuario personal. ¡Cómo no voy a vivir en la conciencia de las personas!

Lo primero que el ser humano descubrió, antes que el fuego, o que el sentido del universo, descubrió su propia conciencia personal. La misma que le decía: esto está bien, o está mal. Haz esto, o no lo hagas. Desde la conciencia llegó a Dios. Y desde ese santuario que es la conciencia, pudo adentrarse en el santuario del universo. Y entablar una relación íntima, personal, con la Divinidad. Se la imaginara como se la imaginara. Sólo al correr del tiempo, de siglos y siglos, el ser humano ha ido afinando su conciencia. Ese afinamiento de la conciencia, como se afina un violín, aún no está logrado del todo. En mucha gente persiste la niebla. En parte, por el grado alcanzado, o no, de responsabilidad y dignidad personales.

Te ha tocado vivir la mayor parte de tu vida en el siglo XX. Un siglo funesto en muchas cosas, como las dos guerras mundiales, y otras; las hambrunas en algunos países, etc. Pero también ha sido un siglo glorioso en otras cosas más, como los grandes avances en la ciencia, etc. Y, ¿qué me dices de la celebración del Concilio Vaticano II? Lástima que, documentos brillantes en general, importantes, estén algunos de ellos semi olvidados por las distintas mentalidades partidistas que también se dan en la Iglesia.

Pero quiero fijarme en un punto concreto, que no se refiere al Concilio, salvo como punto referencial a un antes y a un después. Mira. Una de las grandes cuestiones que ha ocupado a la Teología Moral Católica durante el siglo XX, ha sido hacer un cambio, entre el antes y el después del Concilio, como te digo. ¿Qué cambio? El cambio de paradigma. Hasta el Concilio, prevaleció un paradigma legalista. La Moral prevalente era la casuista. ¿En qué consiste? Fundamentalmente, en obedecer a la ley. Si cumplías la ley, bien. Y si no, mal. Hasta que, mediado el siglo y como referente el Concilio, los teólogos más críticos advierten de que la obediencia a la ley se estaba convirtiendo en una "idolatría de la norma". Es decir, que cumplir las normas era para muchos más importante que la relación personal con Dios. Y mira si me interesa este tema. Porque atañe directamente a la conciencia personal. Y como te digo, yo vivo en

la conciencia, santuario intocable de la persona. Y debo añadir: es responsabilidad de la persona formar bien su conciencia. ¿Por qué esto? En vista al Reino de los cielos. Te reitero que en la conciencia hay también oscuridades. Hay niebla, igual que en las carreteras. Solución: el arrepentimiento. Las nieblas de la conciencia suelen que ver con el pecado. Mi llamada: *"¡Arrepentíos, porque el Reino de los Cielos ha llegado"* (Mateo 4,17).

¿Que las leyes morales son importantes? No lo dudes. Porque son un referente imprescindible para que el discernimiento moral no pierda la objetividad. ¿Qué significa esto? Pues ni más ni menos, que actuar en conciencia no es hacer lo que a alguien le venga en gana, sino buscar el bien de todos y en todo, en cada situación. La conciencia es anterior a la ley. Por eso, la tradición más sólida de la Iglesia sostiene que en la búsqueda del bien, la última palabra no la tiene la ley, sino la conciencia.

Que te quede bien grabado. La conciencia es el núcleo más secreto y el santuario de la persona, en el que ésta se siente a solas con Dios. La voz de Dios, no importa ahora cómo cada quién se imagine a Dios, resuena en el recinto más íntimo de persona. Esa es la voz que debemos obedecer. Y esa voz nos llama siempre a ir más allá. Lo que te he dicho más de una vez, no basta con no matar. Hay que evitar herir incluso con las palabras. No basta con no cometer adulterio. Hasta en la mirada debe haber respeto. ¿Árbitro? La conciencia personal, en la que también vivo.

VIVO EN... **EN LA DIFÍCIL PERO POSIBLE PAZ**

*“La paz os dejo, mi paz os doy”
(Jn 14,27).*

Desde el Evangelio que proclamé, se pueden construir caminos luminosos de convivencia, de reconciliación y de paz. Sí, lo has oído bien, de paz. ¿Que se os hace difícil mantener la paz? Ya lo sé. Sois así. Os soliviantáis por cualquier cosa, os destrozáis, y luego pasáis a los acuerdos de paz. Se restablece la paz. Pero, ¿cuánto os dura? Una pena.

Las casi dos décadas que lleváis de siglo están resultando salvajes. La deshumanización en algunos países, bestial. Como los países más castigados pertenecen en su mayoría al islam, a la guerra le habéis dado tintes claramente religiosos. Islam contra cristianismo. Que también. Pero la realidad es de índole política. De otro modo no se daría esa inhumana crueldad. Crueldad que clama al cielo. ¿Que hay ataque frontal a los cristianos? A la vista está. Pero los islamistas golpean también, y de qué manera, a seguidores del islam.

Necesitáis, en primer lugar, un buen baño de humanismo. En segundo lugar, poner a trabajar el sentido común. Ya sé que aun y con esto la paz seguirá siendo precaria. Es difícil la paz. Cierto. Y es difícil porque lo que realmente os cuesta es aunar la suficiente buena voluntad por parte de todos. Digo de todos, sin excepciones. El islam es el primero que debe frenar el comportamiento bestial de quienes amparados en ese credo, donde por cierto hay mucha gente buena, van sembrando el terror y la desolación.

Siento enorme tristeza al ver que no se respeta la vida, ni la cultura. Esa cultura acumulada en siglos de civilización y de historia. No importa desde qué razas o religiones hayan sido levantados esos sensacionales monumentos arqueológicos. Antes de venir yo al mundo, de tomar la condición de hombre, la tierra había sido habitada por incontables razas y religiones. Todas dejaron huella de su paso por la tierra.

Me duele este claro retroceso actual en humanización y humanidad que tenéis, sobre todo en ciertos sectores de la sociedad actual. Pues a pesar de todo, yo apuesto por la paz. Por eso te digo que vivo en la paz. La difícil paz, sí. Mas no imposible. En el Evangelio lo dejé muy claro: *“La paz os dejo, mi paz os doy”* (Jn 14,27). Y añadí: *“Pero no como la da el mundo”* (Jn 14,27). ¿Qué paz da el mundo? Ninguna. Nadie da lo que no tiene.

El día en que por fin comencéis a escribir la política con letras mayúsculas habréis dado un gran paso hacia la paz. La hegemonía de la economía y del poder partidista, de seguir así, terminarán por machacar a todos y estancar la evolución y desarrollo normal. La civilización no se consigue en un día, pero en menos tiempo podéis terminar con ella. Os invito a que hagáis un viraje de ciento ochenta grados y poner la mira, no en las armas de destrucción, sino en los valores superiores de la cultura, del bienestar nacional e

internacional, en aras de un patrimonio raíz que sea común a todos y para todos.

No basta concertar la paz. La paz se construye. Que es diferente. De lo contrario, todo queda en parches efímeros que infectan todavía más las heridas.

Recordarás que solía repetir un estribillo: *“El que tenga oídos para oír, que oiga”*. (Mt 13,9), (Mc4,23). Es como cuando de niños, en la escuela, aprendíais la tabla de multiplicar canturreando todos a coro: “Dos por una es dos, dos por dos son cuatro...” Eso intentaba yo. Que a base de oír el estribillo, lo aprendieran, reaccionaran y actuaran.

Lo has comprendido, ¿verdad? Sabéis todos cuánto necesitáis un mundo en paz. Yo os enseñé a construir caminos luminosos de convivencia, de reconciliación y de paz. Manos a la obra.

VIVO EN... **EN LA EUCARISTÍA, MEMORIA DE LA IGLESIA**

*“Esto es mi cuerpo,
que es entregado por vosotros;
haced esto en memoria mía”
(Lc 22,19).*

Y llegó la Hora. Mi Hora. Como en el mejor brindis de la mejor amistad les di a probar el Vino Nuevo de la Redención. Compartimos, primero el Pan. Luego el Vino. Fue la Acción de gracias más auténtica al Padre. Eucaristía permanente de mi presencia para siempre en la Iglesia. Te digo, yo estaba enormemente emocionado. Mis discípulos también. Fue una cena distendida, amigable, agradable, en un ambiente muy familiar. Estaba próximo el final. Mis discípulos ni se lo imaginaban. Te aseguro que en ese momento no fueron capaces de entender la magnitud de mi gesto. Que aquel era el Vino Nuevo. Que aquel era el Pan que da la Vida eterna.

En un ambiente entrañablemente familiar, hice lo que debía hacer. Tomé un pan normal. Di gracias al Padre por el pan de cada día, y en especial por el pan de esa noche que, en adelante sería Pan con mayúsculas. Pan de Eucaristía. Lo bendije, y en gesto de amigo, lo partí y lo repartí. Todos lo comieron. Excepto Judas que ya se había marchado. No me importó que en ese momento no lo entendieran. Era lo lógico y normal. Pero al darles el Pan les dije: *“Esto es mi cuerpo, que es entregado por vosotros; haced esto en memoria mía”* (Lc 22,19). A continuación llené un cáliz de vino. Lo fui pasando uno a uno. Les dije: *“Este cáliz es la Nueva Alianza sellada con mi sangre, que es derramada por vosotros”* (Lc 22,20).

¿Que si estaba nervioso? No. Más que nervioso emocionado. Es verdad que por dentro tienes una sensación extraña. Era consciente que se aproximaba el momento de mi muerte. Y a nadie le gusta morir. Una especie de tensión interna, sí, claro que sí, tenía. Pero al mismo tiempo sentía una enorme serenidad. Y también gozo. Se aproximaba el momento del triunfo definitivo del amor. Yo me iba, cierto. Y al mismo tiempo me quedaba. Y me quedaba para siempre en el Sacramento de la Eucaristía. Sacramento de Amor. Pero, además, era consciente, plenamente consciente de que *“el Padre había puesto todo en mis manos, que venía de Dios y a Dios volvía”* (Jn 13,3). No puedes hacerte idea de la alegría inenarrable que suponía para mí volver al Padre. Estaba a punto de culminar la realización del plan de Dios. A pesar de esa cierta zozobra interna, me sentía feliz.

La Cena con mis discípulos fue al mismo tiempo una despedida. Para ellos era una pascua más. Las cosas que de tanto repetirlas se convierten en rutina. Para mí era la Pascua. Nueva y definitiva. También para ellos, por supuesto. Pero en ese momento no estaban capacitados para entenderlo. A partir de la Resurrección lo entenderían. Y entenderían también que la Eucaristía, eterna e infinita acción de gracias al Padre, a partir de ese instante, era el Sacramento del Amor. *“Amaos unos a otros como yo os he amado”* (Jn 13,34). Fue un mandato. Tenía la frescura de lo nuevo. Y para que nunca lo

olvidaran, hice un gesto, todo un símbolo de esos que entran por los ojos y mueven la inteligencia y la voluntad. Me puse a lavarles los pies. Hubieras visto el gesto de extrañeza. Y la actitud de Pedro. Actitud que en el fondo le honra. Se puso terco. Dijo que ni hablar. Que no se dejaría lavar los pies por nadie. Jamás. Y menos por mí. *“Tú jamás me lavarás los pies a mí”* (Jn 13,8). Le amenacé con romper nuestra amistad. Sólo entonces, y a regañadientes, consintió en que se los lavara. Es que Pedro era bueno como él solo.

La Eucaristía es memorial no sólo de la Última Cena, sino de mi Muerte. Y sobre todo, de mi Resurrección. Ese interregno entre la Muerte y la Resurrección, lo dejé caer como quien no hace nada. *“Un poco y ya no me veréis y otro poco y me volveréis a ver”* (Jn 16,16).

Cómo me gustaría que los cristianos tomaran más interés por adquirir una formación cristiana más personal y a fondo. Así se darían cuenta que la Eucaristía es al mismo tiempo el Sacramento del perdón y de la misericordia. Porque mi Sangre es *“la Sangre de la Alianza que se derrama por muchos para la remisión de los pecados”* (Mt 26,28). Quien haya experimentado en su corazón lo que es el amor de verdad, por pasiva y por activa, entenderá estas palabras: *“Dios amó tanto al mundo, que entregó a su Hijo único para que todo el que cree en él tenga Vida eterna”* (Jn 3,16).

Seguro que ahora entenderás muy bien el sentido de la Pascua judía. Lo que comenzó en el Éxodo, fíjate hasta dónde ha llegado. Hasta la Pascua nueva y definitiva. Y por qué *vivo en la Eucaristía, memoria de la Iglesia.*

VIVO EN... **EN LA FELICIDAD DE TODOS**

*“Para el Señor un día es como mil años,
y mil años como un día”
(2Pedro 3,8).*

Al comienzo de año, todo son parabienes. Os deseáis mucha salud y mucha felicidad. ¿No te ha ocurrido alguna vez encontrar en la calle dos matrimonios entrados en años? No los conoces. No sabes sus nombres. Los llamaremos matrimonio uno. Y matrimonio dos. Sabremos así identificarlos. El señor del matrimonio uno, no sin cierto buen humor, dice a la otra pareja número dos: *“Les deseamos que sean muy felices en el nuevo año que comenzamos”*. Le contesta el señor de la pareja número dos: *“Y nosotros, que sean muy felices los próximos mil años”*. *“¡Oiga, que mil años..., son muchos años, y a lo mejor ya no estaremos aquí...!”*. *“Puede que no estemos, salvo que el Altísimo tenga otros planes. Otros estarán”*.

“Otros estarán”. Convendrás conmigo en que no le falta razón. Salvo que. ¿Quién puede asegurar que en los próximos mil años no pueda haber una conflagración apocalíptica en el planeta, provocada por la mano del hombre, que acabe con todos los habitantes de la tierra? Al fin de cuentas el planeta de vuestros sustos diarios no deja de ser una cáscara de nuez en el espacio. Y dados los bajos instintos que el ser humano alberga, todo es posible. Pero hay que optar por el optimismo. En el sentido de que vuestros sucesores sean más civilizados que vosotros.

Y digo, más civilizados. Y más cultos. Y menos belicosos. ¿Para qué queréis tanto artefacto de guerra y de destrucción? Optemos por la civilización y el buen entendimiento de todos los países. Sabes que en cierta ocasión me preguntaron sobre el final del mundo. Te aseguro que no pensaban en una conflagración mundial, sino en un final natural. Les respondí: *“En cuanto a ese día y esa hora, nadie los conoce, ni los ángeles del cielo, ni el Hijo, sino solo el Padre”* (Mt 24,36).

Ni el Hijo, sólo el Padre. En todo caso, es bueno que os deseáis buenos augurios en cada comienzo de año. Pero que no quede en puro formulismo. Mira, en el corazón de cada persona, a pesar de los pesares, hay siempre algo, mucho diría mejor, bueno. Con esto, quiero decirte lo siguiente: La palabra *feliz* es una de las palabras bonitas que brotan de vuestro corazón. Y hasta la decía con bastante sinceridad, qué duda cabe. A fin de cuentas, habéis sido creados por Dios. Habéis sido creados para ser felices. Esa es, por consiguiente, vuestra primera tarea. Aunque tantas veces la descuidáis. Buscad y trabajad por ser felices.

Ya sé que la felicidad es efímera, que a tiempo completo no existe. La felicidad es como un juguete abollado que un niño arrastra por la calle. ¿Sabes cuándo se os abolló el juguete? Fue aquel día, ¡oh, metáfora bíblica, tan certera, del paraíso terrenal!, cuando pretendisteis arbitrariamente ser dioses

omnímodos. Muy egoístas, por cierto. Desde entonces sois mendigos. Buscadores incansables de una felicidad inalcanzable.

Cuando os digo, y os deseo, que seáis felices, no me refiero al placer por el placer. Eso es absurdo. El mismo Epicuro decía que *en la búsqueda del placer hay que actuar con prudencia*. Predicaba que la naturaleza es fruto del azar. Con esto, echaba por tierra los mitos religiosos. De ellos decía que lo único que hacen es amargar la vida del hombre sobre la tierra. Entonces, ¿habrá que acudir al dicho de que *iancha es Castilla!*? Comprenderás que no. Afirmaba también Epicuro que el placer es lo mejor para evitar el dolor. ¿Diría lo mismo si de pronto le entra un terrible dolor de muelas, o un cáncer mortal? Sin embargo, Epicuro no era un degenerado. Por eso decía que hay que *actuar de manera racional*. Más aún, superponía los placeres del espíritu a los del cuerpo. En el fondo, tenía alma de poeta. Era sensible a las cosas bellas. Simplemente, era un buscador de felicidad.

Mi doctrina, en cambio, es bien distinta. Yo, como tantas veces te he dicho, os quiero felices. Sólo que la felicidad que yo ofrezco no está exenta de la cruz de cada día. *“El que quiera venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga”* (Mt 16,24). Es una felicidad que trasciende. Va más allá de todo lo efímero. ¿Recuerdas? *“Hay más felicidad en dar que en recibir”* (Hechos, 20, 35). Haz la prueba. Das un regalo a un niño, pongamos por caso. Lo de menos es el costo del regalo. Lo que no tiene precio es la cara de felicidad y alegría que pone el niño.

Para terminar. La felicidad debéis construirla entre todos. ¿Cuánta gente no colabora para levantar una catedral? Es una labor artesanal, personal, comunitaria. Se necesita decisión, voluntad y esfuerzo. Eso es. Así que, la catedral de la felicidad os toca levantarla entre todos. Ánimo. Que estoy con vosotros.

VIVO EN... **EN LA HORA DE DIOS**

*“Lo que hicisteis con el más pequeño
de mis hermanos, conmigo lo hicisteis”
(Mt 25,40).*

Me dirás, ¿y cuál es esa hora? Es cabalmente lo que quiero explicarte. Mira, por larga que sea vuestra vida, esta pasa en un santiamén. Ya ves, la mía fue tronchada en plena lozanía. No dejaron que madurara. Bien es verdad que entregué mi vida voluntariamente. Lo cual no significa que no me costara. Morir cuesta. Vaya que si me costó a mí que hasta le pedí al Padre que si posible fuera me evitara este cáliz de amargura. Lo que sí es importante, la vida no depende de la edad. No hay edad para morir. Se trata de que, igual que el trigo se siega cuando está maduro, la vida esté siempre lista para la cosecha. Así podrá convertirse en pan candéal. Y en vino de eternidad. Esta fue mi vida y mi muerte. Ofrenda de Amor. Pan de Eucaristía.

Para que entiendas esto de que vivo en la Hora de Dios. Quiero que te fijas en un detalle. Corresponde a un personaje que ha tenido una vida larga. Me refiero a Fidel Castro. No vamos a entrar a discutir quién ni cómo fue. Nada quiero señalaste, como te digo, un detalle. Cuando la guerra sandinista en Nicaragua, y tú andabas misionando por tierras centroamericanas, recordarás que Fidel dijo a los sandinistas: *“No se metan con la Iglesia”*. Por Iglesia entendía, es de suponer, los curas. En cambio en El Salvador, donde te tocó estar en plena guerra, vaya que si asesinaron sacerdotes. Y no digamos laicos.

El detalle del que te hablo es el siguiente. ¿Te acuerdas cuando el Papa Juan Pablo II visitó Cuba? Hay una foto en que aparecen juntos Juan Pablo II y Fidel. Los dos están mirando, se supone que la hora, en el reloj de Fidel. Curiosa escena. La foto dio la vuelta al mundo. Todo un símbolo. En el reloj de Fidel, no en el del papa. Como si el mundo estuviera pendiente de la hora que marcaba Fidel. Si todo viaje papal es seguido por el mundo entero con marcado interés, en el caso, el realizado a Cuba por Juan Pablo II, mucho más. En ese momento se trataba del encuentro de dos personajes históricos, aunque por motivos bien distintos.

El lenguaje de los signos es muy expresivo. El de mirar el reloj no pasó desapercibido. El Papa preguntó por la *“Hora”*, no preguntó por el *“tiempo”*. Fidel miró su reloj. Fidel y el Papa miraron juntos el reloj. El de Fidel. En ese momento era más protagonista Fidel que el Papa. Los dos miraban la *“Hora”*. Y el mundo entero los miraba a ellos. Fue un mirar convergente, muy significativo. ¿Esperaba el Papa una respuesta en el momento? Desde el silencio, el reloj le decía: *“Es hora de cambiar”*. ¿Cambiar qué? ¿La Revolución? La de Fidel estaba hecha. Quedaba, pues, la del Papa. La verdadera. La del Amor. Y ésta sólo es posible desde el Evangelio. La revolución de la opresión, de la persecución, de los atropellos e injusticias, estaba caduca. Caduca de necesidad. La *Revolución de la dignidad de la persona y sus derechos*, estaba por hacer.

He querido recordarte esta anécdota que, por cierto, te sirvió para el editorial en la revista Icono, porque la verdadera Revolución sólo es posible desde el Amor. Qué distinto sería el mundo si hubierais seguido mi consejo: *“Amaos unos a otros como yo os he amado”* (Jn 13,34). Y como os dijo Pablo VI: *“Es necesario construir la civilización del amor”*.

Hoy, Fidel ya no está, pero le quedan muchos seguidores. El mundo sigue mirando el reloj. Es la *“Hora”* de mirar en el reloj de la Reconciliación Dios *la Hora de Dios*. ¿Te queda claro, verdad, por qué te he contestado que vivo en la Hora de Dios?

VIVO EN... **EN LA LIBERTAD Y EN LA DEMOCRACIA**

*“Padre, perdónalos,
porque no saben lo que hacen”
(Lc 23,34).*

Tenéis dos palabras que utilizáis con frecuencia: *Libertad* y *Democracia*. En las dos vivo yo. Te explico.

La primera: *Libertad*. Es el don más grande que Dios os ha dado, después de la vida. *Democracia*, en cambio, y no te decepciones, es una figura decorativa. Utópica. De marchamo griego. *Democracia*. ¿A que te suena bien? Se os llena la boca con ella. La usáis con frecuencia, y sirve para casi nada. Sí, sí. Como te lo digo. Por utópica es poco real. ¿Sabes por qué? Porque no es constitutiva del ser humano. Histórica y fundamentalmente la han ejercido los reyes. Por algo Dios no quería que Israel tuviera reyes. Lo has leído en el primer libro de Samuel, ¿no? Pero Israel no quería ser menos que los pueblos circunvecinos, y optó por la monarquía. Surgió así Saúl. *“El Señor dijo a Samuel: escucha al pueblo en todo lo que ellos digan, porque no es a ti a quien rechazan: me rechazan a mí, para que no reine más sobre ellos”* (1Sm 8,7). Se desentendieron de Dios, el único verdaderamente Soberano. Y buscaron sucedáneos. Vale.

A continuación, ¿lo recuerdas?, Dios explica a Samuel que comunique al pueblo cómo lo van a tratar los reyes. Cómo les va a ir. Los reyes los trataron de modo despótico. Vuelve a leer el capítulo 8 del primer libro de Samuel. Entenderá ahora el por qué del dicho popular, de que *con el pecado va la penitencia*.

La dictadura es una de las formas más inaceptables de mando. A la experiencia me remito. También resulta erróneo poner al mismo nivel Libertad y Democracia. Cuando en aras de la libertad se acude a la democracia, se produce una especie de sinécdoque. Se desubstantiviza el concepto mismo de libertad, que pasa entonces a ser descarado y vulgar libertinaje. Lo entiendes, ¿verdad?

Hoy, como te digo, habláis mucho de libertad. Me dirás, ¿y cuándo no? ¿Sabes por qué habláis tanto de libertad? Quizá porque nunca antes, como hoy, habíais estado tan vacíos de valores como ahora. Hay quien se abroga derechos que no les pertenece. Nadie está por encima de los demás. Por supuesto, tampoco los políticos. Sabes que *“los derechos de uno terminan donde empiezan los de los demás”*. Os lo expresó muy bien Pablo VI. Con total impunidad se invaden áreas que no os pertenecen. Te pongo un ejemplo. Una mujer que aborta, porque no quiere tener el hijo, está conculcando los derechos de la criatura que está gestando. A eso, muchos lo llaman libertad. Es una mala intelección de la libertad, tanto propia como ajena.

Convendrás entonces conmigo que importa resaltar el concepto de libertad ante el magnífico avance de la ciencia, de la técnica, de la electrónica, y de no sé cuántas cosas más. La libertad tiene que ser siempre para bien. De esta

manera, aquí el binomio sería, *libertad e inteligencia*. ¿Qué te parece? Con los descubrimientos de la ingeniería biogenética, por ejemplo, estáis ante un mundo fascinante, maravilloso, pero de impredecible futuro. Sí, de impredecible futuro. ¿Por qué? Porque más allá de la eticidad, o no, de la clonación humana, tan debatido hoy, está la posibilidad de un holocausto total de la humanidad.

Ya ves, en juego están la libertad y la inteligencia. Y su aplicación correspondiente a la realidad. Ni una ni otra deben hipotecarse. De lo contrario, seguiréis con el sinsentido de las guerras, de la violencia, del hambre. Cuando dentro de unos cuantos años se escriba la historia de este vuestro tiempo, ¿te gustaría que os calificaran de salvajes, de despiadados? Has leído León el Africano. Recuerda aquella frase: *“Nunca he visto de cerca tanta bestialidad, tanto odio, tanto sanguinario encarnizamiento, tanto placer en la matanza, la destrucción, el sacrilegio”* (Amín Maalouf, *León el Africano*). Es un diagnóstico certero, y un señalamiento de actualidad, por desgracia.

De modo que, el instinto de vida debe ser, no solamente por la sobrevivencia personal, sino por el respeto total a la vida ajena. ¿No os dio Dios, el libre albedrío, la inteligencia, la libertad, la voluntad? Ponedlos en práctica. Siempre al servicio del bien.

¿Por qué te crees que desde lo más alto de la cruz, cuando estaba ya agonizando, grité: *“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”*? (Lc 23,34). Veo que lo has entendido. Así que, ya ves, vivo en la libertad y en la democracia. Dos palabras preciosas que debéis poner al servicio del bien.

VIVO EN... **EN LA LUZ SIEMPRE ENCENDIDA**

*“Vosotros sois la sal de la tierra.
Vosotros sois la luz del mundo”
(Mt 5,13-14).*

¿Qué dónde vivo...? Te respondo de inmediato: En la luz siempre encendida. ¿Te sorprende? Pues es muy fácil, y te lo explico. Mira, hoy gozáis de la comodidad de tener luz eléctrica. Ni cuenta os dais. Pero en los tiempos pretéritos fue distinto. No se había descubierto la luz eléctrica. Vosotros utilizáis mucho las expresiones *invento, invención, inventar*. Sería más apropiado decir *descubrimiento, descubrir*. Recuerda lo que dice el Eclesiastés: *“No hay nada nuevo bajo el sol”* (Ecl 1,9). Es decir, todo está ahí, sólo hay que descubrirlo, destaparlo. Pero bueno, no nos desviemos del tema. No había luz eléctrica. La gente se valía de candiles. Bien. Como comprenderás, en el Evangelio empleé siempre términos que hasta la gente más sencilla pudiera comprender. Para iluminar la estancia usaban candiles. Yo hablé del candil. Utilizaban la sal. Yo hablé de la sal. Pero mi lenguaje era simplemente transmisor de un mensaje.

La luz y la sal. Dos elementos bien conocidos. ¿Dónde está la novedad? Pues en presentarlos como símbolos del Reino de Dios. Mira, el Reino de Dios no es un ente de razón, sino que está constituido por personas. Al aplicar estos símbolos a las personas, estás haciendo que se impliquen en este Reino de Dios. Por eso mi lenguaje era, lo sigue siendo, directo: Vosotros. Los de mi tiempo, los de ahora, y siempre: *“Vosotros sois la sal de la tierra. Vosotros sois la luz del mundo”* (Mt 5,13-14).

Fijémonos en la sal. ¿Para qué sirve? Por obvia, pareciera que sobra la respuesta. Pues no. No sobra. Te he dicho que el lenguaje es para implicar a las personas. Lo entiendes muy bien. Vale. Estamos ante dos símbolos. Más allá de que la sal sazone las comidas, son las personas quienes deben sazonar.

Me dirás, ¿y qué hay que sazonar? Lo primero de todo, la persona. Luego, la sociedad, el mundo en el que vivís. Haced que el mundo sea más agradable. Que la gente sea feliz. Pero aplicad esto también a la religión. Sí, hombre, no la convirtáis en rezos asépticos. Hacedla más atrayente. Que la gente disfrute del encuentro con Dios y con los hermanos. Es así como la vida tendrá otro sabor. Te lo garantizo. Me duele la gente triste y aburrida. La gente que languidece por falta de sintonía con Dios. Y hay gente que languidece porque otros les impiden acercarse a Dios. Por favor, no profanáis la religión, que es profanar a Dios y al hermano. La religión tiene que ser fuente de alegría.

¿Y la luz?, me dirás. Mira, cuando los espeleólogos bajan a las grandes simas en la profundidad de la tierra, van equipados de buenas y potentes linternas. Ya veis, habéis conseguido meter la luz en unas simples pilas. Basta dar al contacto y se hace la luz. Una maravilla, ¿verdad? Pues bien, la luz sirve para mostrar el camino cuando cae la noche. Para romper las tinieblas. Las mismas que impiden ver que el camino está henchido de la belleza radiante de

la creación. Sí, hijo, sí. La luz es para ver. No dejéis que las tinieblas os envuelvan. Encended la luz. No apaguéis la luz. Tenedla encendida siempre, que vuestra luz no paga factura. El propietario es Dios y os la da de gratis.

Ya ves, pues, dónde vivo. Yo, que *“soy la Luz del Mundo y el que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la Vida”* (Jn 8,12), vivo en vuestra luz. Y deseo que siempre la tengáis encendida. Siempre. Para que podáis ver con total claridad el camino de la vida, de la libertad, del amor, de la fraternidad... Que vuestra luz ilumine a todos. No la metáis debajo del celemin. ¿Ves? Otra palabra que en aquel entonces se entendía muy bien. La usaban para medir los cereales. Que vuestra medida sea la del amor cristiano. Un amor sin límites.

Deseo, por último, decirte, siguiendo el ejemplo del candil, que éste necesita aceite y mecha. Pero como seguramente te va más la linterna, esta necesita tener las pilas nuevas; en condiciones, para que alumbre, para que refleje. Porque vosotros sois reflejo de mi Luz. La que jamás se apagará.

VIVO EN... **EN LA MISNÁ Y EL TALMUD**

*“Ellos no entendieron lo que les decía”
(Lc 2,50)*

Por supuesto. Claro que amé a mi Pueblo. Lo amé entrañablemente. Amé sus tradiciones. Su religión. Sus gentes. No olvides que en cuanto hombre, soy judío. Conocí y estudié a fondo las Escrituras. En las numerosas diatribas que sostuve con los fariseos les demostré el perfecto conocimiento que tenía, no sólo de las Escrituras, también de las tradiciones. Mis padres fueron muy religiosos. Fieles cumplidores de los preceptos y normas litúrgicas. Recuerda aquel episodio, apenas cumplí los doce años, que tanto desconcertó a mi madre. Subimos a Jerusalén a cumplir nuestras obligaciones religiosas, por la Pascua. De regreso, me quedé en Jerusalén, en el templo, sin avisarles. Me dirás, ¿y por qué no les avisaste? Pues no pienses que fue una desobediencia. No, no lo fue. Mira, si les hubiera dicho que debía separarme de ellos, aunque sólo fuera por tres días, no lo hubieran entendido. ¿Cómo puede una madre entender dar solo al hijo con sólo doce años? Se hubieran dificultado más las cosas. Pero yo debía hacer la voluntad de mi Padre. Así que me quedé.

Cuando mi buena y amadísima Madre me llamó la atención, entonces sí, entonces les dije claramente por qué me había quedado en el templo sin avisarles previamente. *“¿No sabíais que yo debo ocuparme de los asuntos de mi Padre? Ellos no entendieron lo que les decía”* (Lc 2,49-50). No entendieron, pero comprendieron. De hecho, mi madre, humilde y buena como ella sola, *“guardaba todas estas cosas en su corazón”* (Lc 2,19).

Pero deja que te diga algo más, respondiendo a tu pregunta. Por lo mismo que amo a mi Pueblo, como te digo, añado también que vivo en la *Misná* y en el *Talmud*. Sí, ya sé que la *Misná* es posterior a mí. Fue redactada unos doscientos años después de mí. Posterior a mí en cuanto a su redacción. Y al mismo tiempo anterior a mí, por tratarse de una tradición oral. Te lo explico. La *Torá*, o ley escrita, abarca los cinco primeros libros de la Biblia. Lo que se conoce como el Pentateuco. Esa es la ley escrita, a partir de Moisés. Pero está la ley no escrita, conocida como ley oral. La que se conoce como *Misná*. Material de estudio exegético de las leyes judías recopiladas, y que recogen la tradición oral judía de siglos. Este, sin duda, arduo trabajo diríamos, se debe al rabino Yehudá Hanasí, de finales del siglo II. La *Misná*, que es un cuerpo jurídico, forma parte del *Talmud*. Y junto con la *Torá*, forman la *Halajá*. Es decir, el *cuerpo de reglas religiosas judías* provenientes de las leyes escritas en la *Torá*, y de las no escritas, o sea, orales. Para hacértelo más fácil. Mira, la *Halajá* es la forma de comportarse. Por ejemplo, vamos por la vida, estemos donde estemos, hemos de saber estar. Saber comportarnos.

En cuanto al *Talmud*. En primer lugar, el *Talmud* recoge, sobre todo, las discusiones rabínicas referentes a las leyes judías, tradiciones, costumbres, historias, leyendas, etc. En segundo lugar, existen dos versiones del *Talmud*: el llamado *Talmud de Jerusalén*, por el lugar de redacción. Y el *Talmud de Babilonia*, por haberse redactado en Babilonia, Mesopotamia. No vayas a

pensar que la redacción del Talmud es cosa de un día. Ni muchos menos. Se elaboró a lo largo de varios siglos por gente erudita.

Hoy, cualquier judío que se precie, sea hombre o mujer, debe conocer a fondo, tanto la Biblia hebrea, como la Misná y el Talmud. Imprescindible este estudio si se preparan para ser rabinos. Además, se presta a un diálogo intenso y muy interesante. Si un rabino considera justa la aplicación de una norma, el siguiente encontrará, probablemente, modo de refutar.

Sí, fui considerado por mis contemporáneos como un maestro judío. Muchos me llamaban “rabí”. Con frecuencia tenía acaloradas discusiones con los auténticos rabinos sobre cómo aplicar la Ley a la vida real. Por ejemplo, no matar, no cometer adulterio, no dar falso testimonio, etc., son mandamientos del Decálogo. Columnas básicas de la moral. Vale. Pero mi estilo de discutir era provocador. Por ejemplo, sacaban a relucir cualquier mandamiento, y yo, de inmediato, les argüía: *“Habéis oído que se dijo... pero yo os digo...”* (Mt 5,21-48). Es decir, yo llevaba los mandamientos al límite, para mostrarles que Dios no se conforma con el mero cumplimiento de la ley. Pero que se estudie la Biblia, la Misná, el Talmud, tratándose de un judío es elemental. Pero ojalá que otros que no lo son, también se interesasen por estos temas. Es muy importante conocer las raíces de donde cada quien proviene. La Historia del Pueblo de que se forma parte. Y estar orgulloso de esa Historia, donde siempre hay más luces que sombras. ¿Cómo no voy a vivir, pues, en la Misná y el Talmud?

VIVO EN... **EN LA MUJER GUARDIANA DE LA VIDA**

*“Apenas oí tu saludo,
el niño saltó de alegría en mi seno”
(Lc 1,44).*

La mujer es la fuente de la vida. Nadie podrá negarlo. Esta fue la tarea que Dios le asignó. Ser la fuente de la vida. Es su vocación más sublime. Aunque no fuera más que por esa excelsa vocación, era motivo más que suficiente para darle todo el respeto del mundo. ¿No parece? La maternidad le hace parecerse en gran medida a Dios. ¿Por qué? Dios es el Creador de cuanto existe. Los creyentes tienen esto muy claro. ¿Y los no creyentes? Pues tendrán que esforzarse por encontrar otra fuente de donde brota la vida. Te garantizo que no la encontrarán fuera de Dios. Dios es la vida. Y si el mismo Dios quiso que el hombre, varón y mujer, fuera su lugarteniente en la tierra, a la mujer le asignó el don sublime de la maternidad.

Desde esta base, y partiendo del rol universal asignado a la mujer en general de ser guardiana de la vida, podríamos fijarnos ahora en determinadas mujeres que han destacado en la Historia de la Humanidad. Sí, Eva fue la primera, fue la madre de todos los vivientes. De acuerdo. Pero tratando de responder a tu pregunta de hoy, mi respuesta es que vivo en la Mujer guardiana de la vida. Por supuesto, cuando digo Mujer, estoy universalizando un ente concreto: la Mujer. Bien, pero ahora tratemos de individualizar este universal arquetípico. De este modo, te invito a que nos fijemos que mujeres concretas, de carne y hueso, que aparecen en la Biblia, y cuya labor ha sido fundamental y sublime.

Bien, pues por su importancia en la Historia de la Salvación, aludiré en primer a María, mi Madre. Sé que la amas entrañablemente. Pues dímelo a mí que soy su hijo. El Padre Dios la eligió para la misión más sublime que ninguna mujer, ni ella misma, hubiera podido jamás soñar. Ser la Madre del Redentor. La hizo Inmaculada. Y al llegar el momento en yo tenía que venir al mundo, El Padre le envió al arcángel Gabriel para anunciarle la sorprendente noticia. Que ella era la elegida. No se lo podía creer. Humilde como era, y puesto que no alcanzaba a comprender la misión que Dios le asignaba, preguntó, pidió una explicación. No buscaba ningún honor para ella. Ni se consideró digna de tan inabarcable misión. Al comprender cuál era la voluntad de Dios, con total humildad respondió al ángel: *“Yo soy la servidora del Señor, que se cumpla en mí lo que has dicho”* (Lc 1,38).

¿Otra mujer destacada? Isabel, la madre de Juan, conocido como *el Bautista*, por su labor pastoral ejercida en el río Jordán. Juan fue el que me preparó el camino para que yo me lanzara a proclamar el Evangelio. Isabel, su madre, como sabes, era estéril. ¿Que por qué Dios elige a mujeres estériles para misiones sumamente extraordinarias? Para recordaros que toda mujer es fuente de vida, aunque sea estéril, pero que la vida es de Dios. La auténtica fuente de vida es Dios. ¿Puede haber más maravilloso que la vida? Pregúntaselo a Juan. Cómo celebró la vida. Lo que estaba siendo una frustración para su madre

Isabel, el no poder tener hijos por ser estéril, se convierte de pronto en gozo inenarrable. Y Juan lo celebra, por ella y por él mismo, saltando de alegría en el vientre materno. *“Apenas oí tu saludo, el niño saltó de alegría en mi seno”* (Lc 1,44).

No vayas a pensar que al hablarte de la Mujer, me estoy refiriendo sólo a la mujer ideal. Ni mucho menos. Tú sabes que tuve siempre un respeto y un amor grande y sincero a toda mujer, por el hecho de ser mujer. Lo mismo me da que fuera buena o no. Es hija de Dios. Tiene una dignidad intrínseca. ¿No te parece motivo más que suficiente? Por eso dejé que una pobre pecadora me lavara los pies, escándalo incluido de los fariseos, cuando estaba comiendo invitado precisamente por un fariseo. (Lc 7,37-40). ¿Que si alguien pudo acusarme de algún desliz con alguna mujer? Ya ves, nunca. Jamás. Y yo cultivé la amistad humana con mujeres. Recuerda mi amistad con Marta y María (Lc 10,38-42).

Es natural, por consiguiente, que viendo mi comportamiento limpio ante cada mujer, nadie pudiera reprocharme nada al respecto. Anduve siempre a la luz del día. Todos sabían por dónde andaba en cada momento. De esta manera, se comprende también que las mujeres me tuvieran respeto y confianza. Y se me acercaran. Unas para ser curadas. En el cuerpo o en el alma. ¿Qué hice con María Magdalena cuando me lavó los pies en la casa del fariseo, sino perdonarle los pecados? Otras para ser parte del grupo que formábamos los apóstoles y yo. Viajaban con nosotros. Hasta nos ayudaban con sus bienes. A nadie se le discriminó. A nadie. Recuerda lo que dice mi querido evangelista Lucas: *“Jesús recorría las ciudades y los pueblos, predicando y anunciando la Buena Noticia del Reino de Dios. Lo acompañaban los Doce y también algunas mujeres que había sido curadas de malos espíritus y enfermedades: María, llamada Magdalena, de la que habían salido siete demonios; Juana, esposa de Cusa, intendente de Herodes, Susana y muchas otras, que los ayudaban con sus bienes”* (Lc 8,1-3).

Toda mujer desea ser comprendida, ser valorada, ser amada. Exacto, te has adelantado. Efectivamente, María Magdalena es el prototipo de mujer que se sintió valorada y amada. Por eso supo también corresponder con su agradecimiento. ¿Quién fue la primera en acudir el domingo temprano al sepulcro? Ella, la Magdalena. Fue la mujer con el amor más limpio que he visto en mi vida. Al verme resucitado, en un primer momento no me reconoció. Sus lágrimas eran un velo que le impedían verme. Eran las lágrimas de un amor verdadero, agradecido, sin egoísmos. Mi premio, como agradecimiento, fue hacerla mensajera de la más novedosa y sublime noticia: mi Resurrección. Así que, ya ves, vivo en la mujer, por ser guardiana de la vida.

VIVO EN... **EN LA RELIGIOSIDAD POPULAR**

*“No quebrará la caña doblada
y no apagará la mecha humeante”
(Mt 12,20).*

Suele decir la gente que los apóstoles fueron más afortunados, porque me pudieron ver. Estar conmigo. Escucharme directamente. Les garantizo que no. En mí veían un amigo más. Un amigo de tantos. Pero no veían la divinidad. Otros podrán decir que les hubiera gustado conocer, o vivir, en tiempos de tal o cual otro personaje de la historia. Pero mira. Los personajes importantes de la historia han quedado perpetuados en sus obras. De mí podría decir que he quedado a disposición de todos en el Evangelio. Sin embargo, he de decirte algo más. El Evangelio puede colocarse en los anaqueles de la biblioteca. Incluso, y no es impensable, pudieron no haberse escrito. De hecho yo no mandé escribir nada. Pero lo que sí mandé, y aquí es donde sí me tienen que encontrar, que os amarais los unos a los otros. *“Un mandamiento nuevo os doy: que os améis los unos a los otros”* (Jn 13,34). Fue mi mandato. Lo mismo que di orden a los apóstoles de que fueran por el mundo entero y proclamaron la Buena Nueva. *“Id por todo el mundo, anunciad la buena nueva a toda la creación. El que crea y se bautice, se salvará. El que no crea, se condenará”* (Mc 16,15-16). Esto sí es importante. Mucha gente me conoció, y quedó indiferente. ¿No pasaría hoy lo mismo? De modo que los de entonces no llevan ventaja a los de ahora. Pues eso.

Si en el Antiguo Testamento hubo una Alianza que, por cierto, el pueblo muchas veces incumplió, y de ahí que el profeta Jeremías llegara a hablar de Nueva Alianza: *“Llegarán los días –oráculo del Señor- en que estableceré una nueva Alianza con la casa de Israel y la casa de Judá”* (Jr 31,31). Y más adelante añade: *“Estableceré con ellos una alianza eterna, por la cual nunca dejaré de seguirlos para hacerles el bien”* (Jr 32,40). Sin embargo, la verdaderamente Nueva Alianza la sellé yo con mi sangre. San Lucas, al narrar la última cena, recoge mis palabras: *«Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros; haced esto en memoria mía»*. Después de cenar, hizo lo mismo con la copa, diciendo: *-«Esta copa es la nueva alianza, sellada con mi sangre, que se derrama por vosotros»* (Lc 22, 19-20).

Esto es esencial. Yo me he quedado con vosotros para siempre, como Buena Nueva. Me he quedado en la Eucaristía, y en el Amor que os tengáis unos a otros. Ahora bien, mucha gente no frecuenta la Eucaristía. ¿Y lo de amarse unos a otros? A medias, o casi nada. ¡Cuánto os cuesta perdonar! ¡Cuántos os cuesta amar! ¿No es así?

Así las cosas, mucha gente acude a una especie de sucedáneos. Donde se entremezcla, religión, fe, devociones piadosas. Y mucha agua bendita. ¿Es esto lo ideal? No. Pero menos es nada. Hay gente a la que tampoco se le puede exigir mucho. Influye el ambiente, la falta de cultura, el desconocimiento, y hasta la falta de interés y de esfuerzo personal, que se sustituye por una postura acomodaticia. ¿Gente inmovilista? Normalmente, sí. Pero lo peor, es que se vuelven, además de inmovilistas, ultraconservadores. ¿Qué hacer? Pues mira, yo

también *vivo en la religiosidad popular*. Para mucha gente es la mecha que aún humea. Que no hay que apagar. Lo único que les queda. En el Evangelio se citan palabras del profeta Isaías (Is 42,3). *“No quebrará la caña doblada y no apagará la mecha humeante, hasta que haga triunfar la justicia; y las naciones pondrán la esperanza en su Nombre”* (Mt 12,20-21).

Debo al mismo tiempo puntualizar que hay también una religiosidad que vale la pena. ¿En qué consiste? En exteriorizar hacia el exterior lo que hay por dentro. Si tú tienes fe, es bueno manifestarla en forma de catequesis. Por ejemplo: los belenes, que tanta gente coloca en sus hogares en Navidad. Las procesiones por las calles con imágenes sagradas, en tiempo de la Semana Santa. Y así.

“Queremos ver a Jesús” (Jn 12,20). ¿Lo recuerdas? Fue el deseo manifestado por aquellos griegos que se acercaron a Felipe, el de Betsaida. Andaban en Jerusalén, por la Pascua. Igual que yo, y que mis discípulos. No se animaron a dirigirse directamente a mí. Buscaron mediadores. Hay gente que se acerca con las mejores intenciones del mundo. Otros, por simple curiosidad. Y hasta con malsana curiosidad. Fue el caso de Herodes. ¿Qué esperaba, ver milagros como si se tratara de espectáculos circenses? Si querían verme, ver mi físico, y luego olvidarse, no valía la pena. Así que acudí a un lenguaje metafórico: *“Si el grano de trigo que cae en tierra no muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto”* (Jn 12,24).

En la cruz, ahí estuve bien visible. Pero mi verdadero rostro sólo puede verse de verdad después de mi Resurrección. Ese es el rostro que quiero que difundáis de mí. Porque es el rostro que queda grabado en el corazón del verdadero creyente. Así sí. Así es como la religiosidad popular es verdadera. Y en ella también vivo yo.

VIVO EN... EN LA SUAVE BRISA

*“Se oyó el rumor de una brisa suave”
(1Re 19,12).*

Ciertamente, es mucha la gente que dice, *¿dónde está Dios?* Gente creyente, pero que quisieran ver. Buscan seguridades. Tienen fe. Al menos una cierta fe. Pero saben y experimentan que la fe no ofrece seguridades. La fe, por sí misma no puede mostrar evidencias. ¿No sería más lógico que se preguntaran, *¿dónde lo podemos encontrar?* Esta segunda pregunta es más razonable. Más acertada. ¿Que por qué? Te lo diré. Pero antes, te aseguro que es el mismo Dios el que se revela. Sólo hace falta saber descubrirlo. Pues bien, ¿recuerdas el pasaje de 1Re 19,9a.11-13? Elías sabe que Dios va a pasar, por más que siempre está pasando. Dios siempre está pasando. Y, ya con esto te estoy dando una pista. Elías, digo, había pasado a espada a los falsos profetas, los profetas de Baal. Ahora, perseguido por Jezabel, huye, y llega a Bersebá de Judá. Ahí dejó a su sirviente. Exhausto y desesperado, se adentra en el desierto deseándose la muerte. Pero un ángel del Señor vino en su ayuda. *“Levántate y come, porque todavía te queda mucho por caminar”* (1Re 19,7). Una vez reconfortado, caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta el Horeb.

Fue en el Horeb donde tuvo la más sensible experiencia de Dios. Sabía que Dios iba a pasar. Vale. Pero fíjate en esto. Mucha gente piensa que Dios está en lo espectacular. Pues no. Elías, al sentir la fuerza de un huracán, pensó: aquí está Dios. Pues no. Dios no estaba en el huracán. Luego vino un terremoto. Tan fuerte que hubo hasta incendios. Tremendo. Tampoco estaba Dios en el terremoto. Debió pensar que Dios le estaba tomando el pelo. En esto, *“se oyó el rumor de una brisa suave”* (1Re 19,12). ¡Justo!, ahí estaba Dios.

Tú, piensa. ¿Cómo supo Elías que Dios estaba en la brisa, imperceptible apenas? Exactamente. Eso es. Porque estaba atento. Saca ahora la conclusión. Más que andar buscando lo llamativo, lo espectacular, como tanta gente hace, hay que estar atento a la *suave brisa*. Lo espectacular se presta a fantasías, campo preferido de los agoreros. Y más te digo. ¿Sabes dónde se puede encontrar de inmediato a Dios? ¿No lo sabes? ¡En la conciencia! La gente busca seguridades. Verdades es lo que hay que buscar. ¡Qué mayor verdad que la conciencia! La misma que no os deja ni a sol ni a sombra, La conciencia te dice, al instante, si estás actuando bien o mal. Así que, a la pregunta *¿dónde podemos encontrar a Dios?*, ya tienes la respuesta. Como ves, la conciencia no es algo espectacular. No es un huracán, no es un terremoto. Es como la tenue brisa, pero que entra hasta los tuétanos.

Ciertamente, Elías fue un buen profeta. Bien pudo decir: *“Me consumo de celo por el Señor”* (1Re 19,14). ¿Y por qué profeta? Porque el profeta es siempre voz de la conciencia. Es el que deja en evidencia el pecado. Cuanto más grande es el pecado, o más importante el que lo comete, más evidente resulta. Si ya os lo advertí, todo termina por saberse. *“Todo lo que habéis dicho en la oscuridad, será escuchado en pleno día; y lo que habéis hablado al oído, en las*

habitaciones más ocultas, será proclamado desde lo alto de las casas” (Lc 12,3).

Lo mejor, ir por la vida honestamente. No encontraréis mayor tranquilidad que una conciencia en paz. Lo que no significa carecer de problemas. Ya ves que Elías fue un buen profeta. Un profeta, además, valiente. Tuvo enormes problemas. Salió huyendo, por su vida corría grave e inminente peligro. Pero Dios nunca lo abandonó. La triste realidad es al revés. Hay mucha gente que abandona a Dios.

En la vida hay abandonos y hay ausencias. Y enormes sustos. Como el que se llevaron mis discípulos aquella noche. Me había quedado rezando, mientras ellos se fueron en barca a la otra orilla del lago. También aquí ocurrió que vino un viento fuerte. No fue como el huracán de Elías. Pero lo suficiente para poner nervioso a cualquiera que vaya en una frágil barca por la mitad de un lago. Y más de noche, cuando la gente suele mostrarse más miedosa. Terminé la oración, y me fui a su encuentro. ¿Cómo? Caminando sobre el agua. Imagínate cuando me vieron. El viento de un lado, el miedo por el otro. Y la imaginación en el centro. ¡Un fantasma! No se imaginaron otra cosa. *“Es un fantasma”* (Mt 14,26). ¡Que no hombre, que no, que soy yo, no tengáis miedo! Que si quieres. Hasta que el bueno de Pedro, eso sí, temblando de miedo, dice: *“Señor, si eres tú mándame ir a tu encuentro sobre el agua”* (Mt 14,28). ¡Claro que se vino hacia mí! Pero su miedo fue en aumento. Seguía viendo un fantasma en la neblina de su mente. Y de este modo se hundió. Entonces debió las cosas con más claridad, porque gritó: *“Señor, sálvame”* (Mt 14,30).

Lo malo no es el miedo físico. Es inherente a la naturaleza humana. Sino el otro. El miedo a ver la propia conciencia. Y en la conciencia, tampoco hay fantasmas, sino la más escueta realidad. Hay que estar atentos a la *brisa suave*. También en ella vivo.

VIVO EN... **EN LA VERDAD DEL EVANGELIO**

*“Si el ojo está sano,
todo el cuerpo estará iluminado”
(Mt 6,22).*

A la pregunta que hoy planteas, te respondo, de entrada, que *vivo también en las Verdades de la Fe cristiana*. Que por cierto, están todas contenidas en el Evangelio. Ya ves que el Evangelio es sumamente claro, diáfano. ¿Qué quién lo ha complicado? No es que alguien lo haya complicado. Lo que pasa es que, la tentación de añadir cosas paralelas al mismo lo habéis convertido en norma. Cuántas veces dais más importancia a escritos, documentos, y libros paralelos que no siempre reflejan *la nitidez* del Evangelio que os anuncié. O si quieres de otra manera, no siempre reflejan *con nitidez* el Evangelio.

Sí. Por ejemplo, la Moral. Exacto, la de los libros. Y mira que se han escrito libros y más libros, de moral. ¿Qué ha pasado con la moral? Pues que al convertirla en una ciencia autónoma, automáticamente se ha convertido en un tratado extenso de casuística, de actos concretos. Mientras que el Evangelio presenta un camino a seguir que, naturalmente, es un proceso. La persona, toda persona, es un proceso. Un hacerse día a día. No se nace hecho de una vez. Hay un proceso. Y como puedes ver, el Evangelio es la gran luz que ilumina y ayuda a ese proceso.

Exacto. Ese proceso está avalado por la libertad, que es inherente a cada persona. Pero la libertad es precaria. ¿Qué por qué? Muy sencillo. La libertad humana está condicionada, por ejemplo y entre otras cosas, por la formación que cada persona ha tenido. Por supuesto que el ambiente condiciona. Los rápidos cambios del mundo actual, son un condicionante muy a tener en cuenta. Lo mismo sucede con las dificultades, sobre todo psíquicas, que cada persona pueda tener. No es el mismo el estado psíquico de un apóstol Pedro, o Pablo, por ponerte un ejemplo, que el del pobre loco de los sepulcros. Recuerda, *“Apenas Jesús desembarcó, le salió al encuentro desde el cementerio un hombre poseído por un espíritu impuro”* (Mc 5,2). Es decir, un pobre desquiciado. Un loco. Sólo que en mi tiempo, con menos conocimientos en cuestiones psíquicas, se etiquetaba a estas personas como *endemoniados*, o *poseídos por espíritus impuros*. Por consiguiente, dentro de los condicionantes que rodean a cada persona, hay sin embargo una jerarquía de verdades en la fe cristiana. Que culmina en la Resurrección. Quien no cree que estoy vivo, y que además vivo en cada creyente, se cierra a la esperanza. Carece de un futuro cristiano. Y entonces buscará cimentar su fe en sucedáneos. Como pueden ser las imágenes. ¿No has observado que mucha gente cuando entra a una iglesia, lo primero que hacen es ir a rezar ante la imagen de un santo. Los veo pasar desde el sagrario. Nada, ni una venia. Menos, una genuflexión. Me desconocen.

Siguiendo con el tema de la moral. ¡Cuántos tratados de moral sobre la sexualidad! Convertida en tabú, se ha hecho de la sexualidad, y además en plan negativo, asunto central de la inmensa mayoría de los libros sobre moral. ¡Todo

era pecado! Para pasar el péndulo al lado contrario. ¡Ancha es Castilla! Pues ni una cosa ni otra. Desde el siglo XVI, en materia de moral sexual, pareciera que no hubiera otro tipo de pecados. Es importante tener en cuenta lo que dije en el Evangelio: *“Si el ojo está sano, todo el cuerpo estará iluminado”* (Mt 6,22). También el cuerpo es obra de Dios. Ciertamente es que hay que tener cuidado para no caer en la lujuria. Pero de ahí, a que todo sea pecado mortal, va un abismo. Por supuesto que hay una jerarquización en los principios morales. Y pregunto, ¿dónde quedó el tema de la justicia? La justicia es la base de la caridad. ¿Dónde la preocupación por tanta gente que tan mal lo pasa teniendo que huir de sus países para salvar la vida? Ese sí es un gravísimo pecado, dejar que mueran a diario miles de niños, sobre todo, por causas evitables. Y nadie se rasga las vestiduras. Pues te digo que clama al cielo la situación de tantas personas desplazadas. Muchas mueren por el camino. Unas ahogadas en el mar, otras porque se les cierran las fronteras. Clama al cielo. Y aún clama más, la actitud indiferente, pasiva, y vergonzosa en una palabra, de quienes teniendo en sus manos los medios para poder solucionar trágica situación no lo hacen.

Exactamente. Todo esto que estamos comentando sobre la moral, se llama discernimiento. El discernimiento es la principal categoría moral en el Nuevo Testamento. Es ahí cuando entra en acción la conciencia personal. Cada quien es responsable de sus acciones, de su comportamiento, y de su vida.

Vamos a ver. Lo hemos comentado en alguna otra ocasión. Pregunto. ¿No habrá nadie que, al igual que se rechazó el comunismo en su día, no sea capaz de levantar la voz y pedir que se rechace el capitalismo? Comunismo y capitalismo son igual de perversos. Ni uno ni otro están en la línea del Evangelio. Cuando el dinero, o las finanzas por las finanzas, cobran protagonismo, malo. Economía que no humanice, es inmoral. Como inmoral es toda guerra. Y peor aún, si para justificarla invocan a Dios. ¿A qué dios? En minúscula. El Dios verdadero es Dios de amor y de misericordia.

¿Cuándo pensáis volver a las raíces mismas del Evangelio? Porque yo vivo en la verdad del Evangelio.

VIVO EN... **EN LAS HERIDAS DEL MUNDO**

*“Pilato mandó entonces azotar a Jesús”
(Jn 19,1).*

Otro lugar donde vivo, y te lo digo de entrada, sin más preámbulos, es en *las heridas del mundo*. Hay mucha gente buena. Unos a diario, otros cuando pueden, me visitan en el sagrario. Muchos me dicen que se compadece de mis cinco llagas en la cruz. Lo dicen con sentimiento. Lo dicen de verdad, y se lo agradezco. Pero me gustaría que se fijaran, sobre todo, en las llagas del mundo. El mundo está herido de pies a cabeza. La gente, al fijarse en mis llagas, hablan de cinco llagas. Se quedan cortos. Todo mi cuerpo estaba llagado. Los treinta y nueve azotes me habían dejado la espalda en carne viva. *“Pilato mandó entonces azotar a Jesús”* (Jn 19,1). El dolor terrible. Quizá porque esa tremenda llaga fue anterior a la crucifixión, no la tienen en cuenta. Pues fue tan dolorosa como las otras cuatro juntas. La del costado no la cuento. Esa no me dolió. Ya había agonizado.

Cierto es que cuando alguien se compadece de mis heridas es porque tiene sentimientos de compasión. Nadie tendría derecho a proclamarme como su Redentor, si no toca mis heridas. El apóstol Tomás fue el primero que quiso tocarlas. No se lo creyó cuando le dijeron que yo había resucitado. *“Si no veo la marca de los clavos en sus manos, si no pongo el dedo en el lugar de los clavos y la mano en su costado, no lo creeré”* (Jn 20,27). Por esta actitud se le consideró como incrédulo. Todo lo contrario. Si bien es verdad que yo mismo se lo reproché, fue sobre todo por su falta de fe en las palabras de sus compañeros. No les dio credibilidad. En mí sí creía. Tanto, que quiso verificar por sí mismo que no estaba ante una alucinación. Que aquello no era un sueño. Pero, aclarado esto, quiero decirte que cuando alguien toca mis heridas, debe caer en la cuenta de que está tocando las heridas del mundo. Yo me identifico con el dolor del mundo.

Hoy habláis mucho de ir a *las periferias del mundo*. Me temo que más de uno no capte el dramatismo de esta expresión. Y peor aún si se convierte en una frase bonita. Temo a las frases bonitas cuando se quedan en bonitas. Puro lirismo. Me gustan los poetas. Pero en el mundo actual necesitáis sobre todo profetas. Hay mucha distancia entre poetas y profetas. El poeta sale al mundo a pasear su fantasía. El profeta sale a palpar y denunciar las tremendas llagas que hieren y martirizan a la humanidad. Una de esas llagas es la falta de solidaridad ante tanta pobreza. Mis llagas están reproducidas y vivas en la gente que sufre. Mi querido apóstol Pedro os lo recuerda: *“Cristo padeció por vosotros, y os dejó un ejemplo a fin de que sigáis sus huellas”* (1Pe 2,21). *“Él llevó sobre la cruz nuestros pecados, cargándolos en su cuerpo, a fin de que, muertos al pecado, vivamos para la justicia”* (1Pe 2,24). Justicia. ¿Tú crees que hay justicia en el mundo de hoy?

Es urgente que escuchéis a los más pobres, a los más abandonados. Y que en vez de fijarse en las distintas religiones, o de amenazar con imponer una religión sobre otra, lo cual es prepotencia y flagrante alarde de falsedad, se

imponga el sentido humanitario. Yo no vine a fundar ninguna religión. Vine a enseñar el camino para construir un mundo nuevo y posible; el amor. Cualquier religión que carezca de amor al prójimo, está muy lejos de Dios. Se impone, pues, la realidad. Y la realidad es que el mundo sufre. Y hay que poner remedio a esta situación. El diálogo, acerca. Construye. Las amenazas, sobran.

Te repito, faltan profetas, y sobran demagogos. Las personas buscan autenticidad, sobre todo en sus gobernantes. ¿Cómo conseguir esta autenticidad? Es fundamental una íntima comunión conmigo, que soy el Redentor, que he dado mi vida por todos. Pero si los gobernantes están alejados de Dios, ¿qué podéis esperar de ellos? No basta ver las heridas. Hay que curarlas. Hay que crear la cultura del diálogo, del entendimiento, de una convivencia pacífica.

Os lo ha recordado el papa Francisco, cuando anima a todos a “*salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio*” (EG 20). En estas periferias están los emigrantes, los más desfavorecidos, muchos adultos que, enfriada su fe, se han ido alejando de mí. Y una vez lejos de mí, no han transmitido a los jóvenes el don de la fe. De modo que, muchos jóvenes están también en estas periferias. Abandonados a su suerte, como ovejas sin pastor. Quienes aún conserváis el don sagrado de la fe, tratad de ser testimonio de cercanía y amor para todas las personas. ¿Cómo? Siendo instrumentos de la misericordia de Dios para los demás. Manteniendo la fidelidad al Evangelio. Sed profetas de la verdad y la misericordia en medio del mundo. Porque yo vivo en las heridas del mundo.

VIVO EN... **EN LAS PALABRAS SIN MONOPOLIO**

*“El que no está contra nosotros,
está con nosotros”
(Mc 9,40).*

Sólo Dios tiene la última palabra de las cosas. Lo mismo que nadie tiene el monopolio de la verdad. Nadie tiene el monopolio de las palabras. La palabra transmite conceptos, ideas, deseos, aseveraciones. ¿Alguien tiene la plena seguridad de estar en lo cierto? Decís que las palabras se las lleva el viento. Los hechos permanecen. Para bien o para mal. Pero el poder de Dios está por encima de las cosas. Supongo que estarás de acuerdo.

Posiblemente te sea más fácil de entender esto si echas mano del libro de los Números. Moisés comunicó al pueblo lo que Dios le decía. Era Moisés enlace entre Dios y el pueblo. A su vez, el poder de transmitir el mensaje de Dios lo infundió Moisés sobre setenta ancianos. Entonces, ellos también podían hablar en nombre de Dios. Pero resulta que este poder le fue conferido también a Eldad y Medad. Como no eran del grupo de los setenta, *“un muchacho vino corriendo y comunicó la noticia a Moisés: Eldad y Medad están profetizando en el campamento”* (Num 11,27). Josué se puso de parte del muchacho, y pidió a Moisés: *“Moisés, señor mío, no se lo permitas”* (Num 11,28). ¿Qué hizo Moisés, hacerle caso, darle la razón? No, señor. Por el contrario, contestó: *“¡Ojalá todos fueran profetas en el pueblo del Señor, porque él les infunde su espíritu!”* (Num 11,29).

Sí, efectivamente. A veces hay gente que tiene celos, envidia, del bien que otros hacen. Incluso están dispuestos a comprar el poder de hacer el bien. Es el caso de aquel hombre llamado Simón. Se dedicaba a las artes mágicas. En esto, los apóstoles Pedro y Juan bautizaron a unos samaritanos para que recibieran el Espíritu Santo. *“Porque todavía no había descendido sobre ninguno de ellos, sino que solamente estaban bautizados en el nombre del Señor Jesús. Entonces les impusieron las manos y recibieron el Espíritu Santo”* (Hech 8,16-17). Simón, el mago, no salía de su asombro. ¿Qué hizo? *“Al ver que por la imposición de las manos de los Apóstoles se confería el Espíritu Santo, Simón les ofreció dinero, diciéndoles: Les ruego que me den ese poder a mí también, para que aquel a quien imponga yo las manos reciba el Espíritu Santo”* (Hech 8,18-19). Es evidente que no pretendía colaborar con los apóstoles en la extensión del Reinado de Dios, sino aumentar la cantidad de artimañas para atraer gente y aumentar sus ganancias. La respuesta de Pedro fue contundente: *“Maldito sea tu dinero y tú mismo, porque has creído que el don de Dios se compra con dinero”* (Hech 8,20). *“Tu corazón no es recto a los ojos de Dios”* (Hech 8,21).

San Pedro le instó a que se arrepintiera de su pecado. Que pidiera perdón a Dios. Simón fue lo suficientemente humilde para reconocer su error: *“Rueguen más bien ustedes al Señor, para que no me suceda nada de lo que acaban de decir”* (Hech 8,24).

La Palabra de Dios es de Dios. Sólo de Dios. Ahora bien, él elige a quien quiere, como eligió a Moisés, para difundirla. Porque es Palabra de Salvación. Y quien es elegido para tal misión debe hablar, no la palabra de hombre, sino la de Dios. De otro modo, sólo serían palabras de un charlatán de feria.

¿Recuerdas cuándo has recibido la misión de ser profeta, por consiguiente, de proclamar la Palabra? Exactamente. Muy bien. En el Bautismo. Por el Bautismo, el bautizado recibe la misión de ser profeta, sacerdote y rey, para anunciar el Reino de Dios. ¿Crees que muchas de las personas bautizadas son conscientes, o conocen siquiera, esta hermosa realidad? De ser así, nadie se daría de baja. Nadie iría, mal informado por los enemigos del cristianismo, a que borrarán de los archivos su acta bautismal. Pero la ignorancia, en unos, la mala fe, en otros, hasta ahí llega. Absurdo.

Por el contrario, te encontrarás con personas que sí son conscientes de su misión. Pero que se les ha subido a la cabeza tal dignidad, como si se tratara de un mérito personal, o una misión en exclusiva. Si te dijera que algo de esto les pasó a algunos de mis propios discípulos, ¿qué me dirías? Pues sí. Les di poder no sólo de predicar, también de echar demonios. Y mira por dónde y con qué me salen un día. *“Maestro, hemos visto a uno que expulsaba demonios en tu Nombre, y tratamos de impedirselo porque no es de los nuestros”* (Mc 9,38). ¿Qué pensaron, que les hacía la competencia? ¿O que ellos, los apóstoles, tenían la exclusiva del don de Dios? ¡Habrased visto! ¡Hombre, claro que los regañé! Y les dije: *“No se lo impedáis, porque nadie puede hacer un milagro en mi Nombre y luego hablar mal de mí. El que no está contra nosotros, está con nosotros”* (Mc 9,39-40).

Se trata, pues, de estar en sintonía conmigo. El Reino de Dios no es para los fanáticos, ni exclusividad de nadie. El Reino de Dios no es un gueto cerrado, ni un redil cerrado, sino bien abierto, donde tienen cabida todas mis ovejas. Lo que cuenta es la gloria de Dios, del cual yo soy su Palabra viva. ¿Comprendes por qué vivo en las palabras sin monopolio?

VIVO EN... **EN LAS RAÍCES CRISTIANAS DE EUROPA**

*“La Verdad os hará libres”
(Jn 8,32).*

¿Dónde más crees que vivo? Pues vivo también *en las raíces de Europa*. Me interesa abordar este tema. Hablo, lógicamente, de las raíces cristianas y culturales. La cultura europea es muy anterior al cristianismo. ¿No llamáis a la antigua Grecia la cuna de la cultura occidental? Sabes que con la caída del Imperio Romano de Occidente se produjo el fin de la Edad Antigua. Esta dio paso a la Edad Media. Luego vendría el Renacimiento, rico en humanismo. Y por fin, la Edad Moderna. Vale. Historia elemental. Pero deseo que te fijes en lo siguiente. Mira, cuando llega la llamada Revolución Industrial, ¿dónde estaba su base? En el Reino Unido, ¿no? Correcto. Estamos en el siglo XVIII. Es cuando se produce un cambio radical, a muchos niveles. Sobre todo, económico, cultural y social. Como el tiempo corre que vuela, Llega el siglo XX. ¿Y qué tenéis en el siglo XX? Dos vergonzosas Guerras Mundiales. Va, e implantáis el *comunismo*, sobre todo en la Unión Soviética. Vale. Pregunto yo, ¿dónde quedó el *cristianismo*? No me refiero en cuanto *religión*, sino como referencia cultural orientadora viva.

Te gusta estar enterado de las noticias que se producen cada día, ¿no? Al menos las más importantes. Pues ya ves lo que decía no hace mucho un medio de comunicación social: *“El 40% de los españoles no leen un libro al año”*. ¿Qué te quedaste viendo visiones? No es para menos. Pero es que habéis sustituido en muchos casos la cultura que tramiten los libros por la pseudocultura de la economía. La economía hace ricos pero no sabios.

Me preocupa que haya bajado el número de lectores. Mira, la lectura, además de ser fuente elemental de cultura, es la mejor receta contra el aburrimiento. Se ve mucha gente aburrída por la calle. Hay gente que para no abandonar completamente la lectura, la dejan aparcada para las vacaciones. Menos es nada. Y hablando de vacaciones. Hoy se viaja mucho. Cómo han facilitado el desplazamiento los aviones. Y la economía, tan mejorada. La gente trata de disfrutar, de pasarlo bien. Se hace mucho turismo. Por cierto, sabrás qué significa la palabra turista. ¿Espía? Efectivamente, espía. El espía tiene que moverse, estar aquí y allí. En todas partes. Es el modo de enterarse. Hoy le habéis dado otro significado al turismo. Y no sin razón. Porque hay gente que no se entera apenas de nada cuando visitan otro país. Ven, por ejemplo, los monumentos arqueológicos. ¡Qué bonito! Y fotografía va y fotografía viene. Hay un libro abierto, precioso. Es la naturaleza. Es el libro que hasta los analfabetos lo pueden leer.

Pero sigamos con el tema de las Raíces de Europa. ¿Cuáles son las raíces de Europa? Sin duda alguna: Cristianas. Son raíces que tienen más profundidad de lo que muchos creen. El cristianismo comenzó en Oriente próximo. Aunque ya en los primeros momentos llegó a Roma, la capital del imperio. Y mira. A veces se corta el árbol, a ras de tierra. Desaparece del entorno y del contorno. Hasta que las nuevas generaciones desconocen que ahí hubo un árbol. Lo

talardon. No quedó ni rastro. Pero quedaron las raíces. Algún día brotarán. ¿No fue Turquía el primero y más pujante país cristiano? ¿Donde se desarrolló el cristianismo de modo colosal? ¿Donde tuvieron lugar los primeros grandes Concilios de la Iglesia? ¿Qué queda hoy en Turquía de sus orígenes cristianos? Efectivamente. Quedan: *las raíces*. Esas raíces son cristianas. Ya llegará el momento, cuando brotarán en un nuevo y pujante árbol cristiano. Será volver a las raíces. Que brotarán pujantes. Y las ramas de ese árbol se extenderán de nuevo por Europa, cobijándola bajo su sombra.

Vuestra Europa cristiana extendió por América, y otros Continentes, sus ramas. No lo olvides. Las ramas producen frutos, cuya semilla se hunde en tierra. Hasta que llega el momento. Esas semillas propagan la especie. Todas las religiones tienen cosas buenas. ¡Cómo no! Pero la Redención no la hizo Buda, ni Mahoma. Ni ningún otro fundador de religiones. La hice yo. Y yo soy Jesús de Nazareth. En cuanto hombre, soy judío. Pertenezco, por consiguiente, al Pueblo elegido. En cuanto Hijo de Dios, soy vuestro Redentor.

Retornad a vuestras raíces. No os dejéis idiotizar por la sociedad del bienestar. El becerro de oro del capítulo 32 de Éxodo se queda pequeño junto al becerro de la economía actual. Ojalá que la ciencia, el humanismo, el respeto, la convivencia, el intercambio de ideas, la cultura, encuentren cabida también en la Europa de hoy.

Tenlo muy presente. *Vivo en la raíces cristianas de Europa.*

VIVO EN... **EN LAS SANDALIAS DE LOS PROFETAS**

*“Yo no soy digno de desatar
la correa de su sandalia”
(Jn 1,27).*

¿Qué piensas si te digo que vivo en las sandalias de los profetas? Te aclaro que las sandalias es el calzado más habitual de los profetas. Un calzado muy común en mi tiempo. Yo mismo calzaba sandalias. De hecho, cuando a Juan el Bautista alguien lo comparó conmigo, ¿qué dijo? Respondió: *“Yo no soy digno de desatar la correa de su sandalia”* (Jn 1,27). No te quepa duda. Las sandalias son un calzado cómodo, sobre todo si caminas por parajes de desierto. Los pies van más descansados, menos sudados. Y resulta muy práctico asearlos con solo echar un poco de agua. Pero lo que quiero decirte es, más que nada, que el profeta es un caminante.

Caminante en el sentido propio de la palabra. Y caminante en sentido figurado. El profeta camina en pos de la justicia. El profeta busca la honra de Dios. Busca que la gente cambie su vida torcida y busque a Dios. Eso es, la conversión. Que consiste en desandar el camino equivocado, y retomar el buen camino. Fue la misión que se tomó muy a pecho el bueno de Juan el Bautista. Yo mismo di testimonio de él: *“¿Qué salisteis a ver? ¿Un profeta? Os aseguro que sí, y más que un profeta”* (Lc 7,26). Y puntalicé: *“Os aseguro que no ha nacido ningún hombre más grande que Juan”* (Lc 7,28).

¿Sabrías decirme dónde aparece por primera vez la alusión a las sandalias? Muy bien. Efectivamente, con Moisés, en el episodio de la zarza (Ex 3,1-8.13-15). Dios se le manifestó en el episodio de la zarza ardiendo. Y le mandó quitarse hasta las sandalias. Dios le dijo que estaba pisando tierra sagrada. Era como decirle que no era digno de estar en la presencia de Dios. Nadie lo es. Y sin embargo, Dios se acerca al hombre. En primer lugar, porque Dios ama al hombre. Y también porque quiere encomendarle alguna misión. ¿Cuál era la misión que Dios quería encomendar a Moisés? Pues mira, Dios es siempre misericordioso. Había escuchado el clamor del pueblo. El sufrimiento de la pobre gente, esclavizada por la tiranía del faraón. *“He visto la opresión de mi Pueblo, que está en Egipto, y he oído los gritos de dolor”* (Ex 3,7). Y nombra a Moisés como su embajador ante el faraón. ¿Contenido del mensaje de esta embajada? La liberación del pueblo. Es la Palabra de Dios. La soberbia del faraón hizo que esta primera embajada fracasara. No hizo alguno a lo que Dios le decía por medio de Moisés. Y Dios, con infinita paciencia, vuelve a insistir. Hasta que el faraón no tuvo más remedio que acatar el mensaje de Dios. No lo hizo de buena gana. Todo lo contrario. Pero las cosas se le complicaron tanto, sobre todo por los castigos en forma de *plagas*, que al fin no le quedó otra alternativa que dejar libre al Pueblo hebreo.

Es entonces cuando el Pueblo comienza la travesía por el desierto, hacia la Tierra Prometida. Travesía que es un símbolo muy real de la vida. ¿Qué es la vida sino una travesía? ¿Un desierto? Pero también el desierto está lleno de vida. Y hay que vivir, y saber vivir, la vida. El tesoro más grande que Dios ha

concedido a todos los seres vivos. ¿Qué a veces hay que soportar penurias? Cierto. ¿Hambre? Cierto. Pero Dios no deja desamparado a nadie. En el desierto les dio el *maná*. Te invito a hacer una personal reflexión. ¿No crees que los emigrantes de la actualidad, los sin papeles, los de las pateras, los que huyen de la guerra, no están haciendo, como entonces los hebreos, la travesía de un desierto muy duro y muy actual?

Sí, entonces tenían la ilusión que da la libertad para correr hacia la Tierra Prometida? La ilusión, como la esperanza, no se pierde. Pero, ¿qué Tierra Prometida ven hoy quienes huyen de la guerra? Fronteras, alambradas, y gente nada acogedora. Es terrible la cerrazón de los poderosos. Sin embargo, llega el momento en que el sentido común se impone. Y la justicia. ¿Por qué unos van a estar tan bien, y otros tan mal? Se impone la justicia. Lo equitativo. Nadie puede arrogarse derechos de privilegios a costa del sufrimiento de los demás. ¿Es que acaso unos seres humanos son más importantes que otros?

Me gustaría que los poderosos de hoy repasaran, leyeran, el Evangelio. Salvando las distancias, estamos en situación semejante. En cierta ocasión me vinieron con el caso aquel de la torre de Siloé, que se hundió y mató a dieciocho personas. Se pensaban que la desgracia les había acaecido por malos. Con lo cual, daban a entender que ellos, los que vinieron con la pregunta, eran buenos. No señores, no. Nada de eso. *“Creéis que las dieciocho personas que murieron cuando se desplomó la torre de Siloé eran más culpables que los demás habitantes de Jerusalén. Os aseguro que no”* (Lc 13,4-5).

Sería muy bueno, más, hasta urgente, que quienes gobiernan los países, todos, se acostumbraran a calzar sandalias. Símbolo de los profetas. También hoy, más que nunca, hacen falta profetas que proclamen la justicia. Yo vivo en sus sandalias.

VIVO EN... **EN LAS SITUACIONES ANTITÉTICAS**

*“Habéis oído que se dijo a los antiguos...
Pero yo os digo...”
(Mt 5,21ss).*

Para hacer un pacto, una alianza, un contrato, o algo semejante, son necesarios, al menos, dos interlocutores. Esto es elemental. Tanto, que parece un Perogrullo. Pero es bueno tenerlo en cuenta. Máxime cuando se trata de cosas serias como las que venimos tratando, de modo tan sencillo y amigable, cada día. Respondiendo a tu pregunta de *en dónde vivo*, te diré que, *en las situaciones antitéticas*. Lo entenderás si partimos de una palabra clave que se repite muchas veces en la Biblia. *Alianza*. ¿Te suena, verdad? Por supuesto. Pues bien, Dios hizo una Alianza con el Pueblo. ¿En qué consistió? Pues en presentar al Pueblo de Israel los Mandamientos. El Pueblo se comprometía a cumplirlos, que era lo mismo que guardar fidelidad a Dios, y Dios a su vez se comprometía a guardar y proteger al Pueblo. La acogida fue unánime y entusiasta. Israel era consciente de que necesitaba la protección de Dios.

Hacer promesas, incluso siendo en la forma solemne de una Alianza, es fácil. Mantener el compromiso contraído, es harina de otro costal. Sabes que la santidad es la máxima y necesaria aspiración y compromiso, de cualquier ser humano, para darle el sentido total y último a su vida. Sin santidad nadie verá a Dios. Pues bien, el amor y la fidelidad a la Alianza, donde se enmarcaban los Mandamientos, digamos la Ley, garantizaban la justicia y la santidad para el pueblo de Israel. Al principio todo iba bien. ¡Hombre!, no faltaban constantes infidelidades. Dios, que tiene una paciencia infinita con sus hijos, se hacía un poco la vista gorda. Fue pasando el tiempo. Todo se devaluó. Sí, sí, la Ley la mantuvieron en pie. Pero, la habían convertido en mera observancia, externa, ritual. Sin alma. ¿De qué sirve una ley sin alma? Era un cumplimiento mecánico, exterior, sin convencimiento interior.

Naturalmente, esto había que arreglarlo. Los fariseos, y otras gentes, guardaban la fidelidad a la Ley. Pero era una fidelidad puramente material. Fidelidad farisaica. Es el término que mucha gente emplea hoy, como sabes, dando a entender que aquello no es serio. Es pues necesaria una fidelidad más profunda. Interior. Así que, dicho y hecho. Me encaré con los fariseos y les censuré su actitud. *“¡Si no sois mejores que los letrados y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos!”* (Mt 5,20).

A fin de que me entendieran bien, fui citando situaciones que ellos conocían perfectamente. Pero lo hice en el sistema que podríamos denominar *antitético*. Es decir, mencioné lo que la misma Biblia dice, para aterrizar en lo realmente correcto. Así por ejemplo: *“Habéis oído que se dijo a los antiguos... Pero yo os digo...”* (Mt 5,21ss). La moral, y el comportamiento ético que yo propongo es más exigente. Las posturas acomodaticias caen en la rutina. No sirven. ¿Qué por qué? Porque no comprometen a la persona. Quedarse en la Ley, por la ley, es caer en un pasotismo vegetativo.

Efectivamente, esto va en la línea de las Bienaventuranzas. Perteneció al sermón del Monte. Este modo antitético compromete a la persona. Hace que la persona tome cartas en el asunto. No es suficiente con no matar. Hay que amar. De ahí que: *"Todo el que esté peleado con su hermano será procesado"* (Mt 5,22). Hay gente que no mata una mosca, pero cuya lengua es viperina. Lo mismo mienten, que calumnian, que denigran. Hay muertes *físicas*, producidas por la violencia. Pero hay también otro tipo de muerte, que podríamos denominar *psíquica*.

Hablando de muerte. Fíjate. Basta que mires las estadísticas. ¿Qué cantidad de abortos no se provocan? Incontables. Son muertes físicas. Se mata impunemente a seres totalmente inocentes e inofensivos. ¿Por qué se producen? Normalmente, por gestaciones indeseadas. Suelen ser la consecuencia de un pecado previo, donde no se busca, ni se quiere, el hijo. Sino el placer por el placer. Máximo egoísmo. Resultado de una fornicación, o de un adulterio. Así que, en este tema, como en los otros, me puse muy serio y les dije tajantemente: *"Habéis oído que se dijo: no cometerás adulterio..."* Pero yo os digo: *"El que mira a una mujer casada deseándola, ya ha sido adúltero con ella en su interior"* (Mt 5,27-28).

Por supuesto. También en cuanto al divorcio les dejé muy claro cuál era, y sigue siendo, el plan de Dios. Me argumentaron que Moisés permitió el divorcio. Fíjate bien, Moisés. No Dios. ¿Acaso desconocía la Ley de Dios? ¿O no fue más bien que lo apabullaron, lo acorralaron, se vio impotente ante tanta presión y cedió? Cierto es que Moisés no concedió un divorcio al vapor, o sea, a la ligera. Basta ver el capítulo 24 del Deuteronomio, versos del 1 al 5. Sin embargo, con todo y excepciones que se quieran aducir, no dejaba de ser una ley machista. Así que, me opuse a la tolerancia de la Ley mosaica, que no de Dios. Y les dije, por más que no les supiera nada bien: *"Pero yo os digo: "El que se divorcie de su mujer, la induce al adulterio y el que se casa con la divorciada comete adulterio"* Mt 5,32).

Sí, sí. Por supuesto. Lo que te digo. No les gustó nada mi actitud. Sin embargo, al afirmar la indisolubilidad del vínculo matrimonial, no sólo retomaba la Ley de Dios, sino que de paso, también rebajaba el machismo imperante en ellos, y defendía el honor de la mujer. Vale. Veo que te ha quedado claro esto de que *vivo en las situaciones antitéticas*.

VIVO EN... **EN LOS ARTÍFICES DE SOLIDARIDAD**

*“No sólo de pan vive el hombre”
(Mt 4,4).*

Necesitáis asumir el reto de vivir, y la necesidad de cimentar y construir la verdadera solidaridad. ¿Con las personas? Sí, por supuesto. Y más todavía. Solidaridad también con vuestro mundo. Con la creación. Con los hombres y mujeres que habitáis el planeta tierra. ¿Y sabes, sobre todo, con quiénes más? Con los más desfavorecidos de la sociedad. Por ahí empieza la solidaridad. Conoces, más que de sobra, que existen enormes estructuras de pecado en vuestro mundo. Injusticias flagrantes. Abusos de todo género, en cantidades industriales. Escandalosos gastos en armamento bélico. ¿Y para qué? Si preguntas a cualquier gobernante, que para qué se arma? Te responderá: para estar preparado, por si me atacan. Pues mira, si nadie tuviera armas, nadie tendría con qué atacar. Y si nadie ataca a nadie, ¿de qué se va a defender nadie? Que gasten en alimentación, y no en armamentos bélicos.

Entiendo que esto no te convence. O te es difícil entender. Es natural. El ser humano es el mayor depredador de la naturaleza. Voraz insaciable, el ser humano no se contenta con nada. Es, emocionalmente, inestable. Cambia de parecer con una facilidad pasmosa. Hoy firma armisticios de paz, y a la media hora los rompe.

Pero hay también gente buena. No digo, impecable. Ni perfecto. No. Nadie es perfecto. Sólo Dios. Pero, y no obstante todas las limitaciones posibles, hay también gente artífice de solidaridad. ¿Se te ocurre algún ejemplo? Pues los tienen en abundancia. ¿Has pensado, por ejemplo, en la disponibilidad de tantos y tantos misioneros, ellos y ellas, con qué entrega y generosidad se entregan a la causa del bien? ¿Cómo entregan su vida a los demás? Muchas veces aun a riesgo de perderla.

Los misioneros no son ONGs. La Iglesia no es una ONG. Los misioneros tampoco. Ellos son artífices de la mejor solidaridad. Es una lástima que vayan disminuyendo. En muchos sitios están siendo sustituidos por ONGs. Sin duda que éstas hacen una labor social buena. A veces, imprescindible. Aunque algunas ONGs se han convertido en empresas. En fuertes empresas. Puro negocio. Con lo cual, pierden el sentido primero, y hermoso, de solidaridad. Y desde luego, ningún sentido evangelizador. Ciertamente que no es éste su cometido. El problema radica en que donde antes había un misionero o misionera, ejerciendo una labor social y evangelizadora, ahora la ONG los ha desplazado. Las ONGs realizan únicamente una labor humanitaria. Que no es poco. Es muy importante esa labor humanitaria. Hablamos, naturalmente, de ONGs serias. Porque las convertidas en empresas, en negocio, es harina de otro costal.

Pues bien, los misioneros están llamados a llevar el Evangelio a todo el mundo. *“No sólo de pan vivirá el hombre, sino también de toda palabra que salga de los labios de Dios” (Mt 4,4).*

Los misioneros están llamados a pregonar la historia de la redención. La realidad de un Dios que se ha hecho presente en mí, que soy Jesús de Nazaret. Urge llevar “un anuncio renovado que ofrece a los creyentes, también a los tibios o no practicantes, una nueva alegría en la fe y una fecundidad evangelizadora” (EG 11). Así os lo ha recordado mi querido papa Francisco.

Los misioneros son un testimonio vivo de cercanía y amor con todas las personas. Dios mismo actúa en ellos. La misericordia de Dios que han experimentado en su propia vida, tratan de llevarla a sus hermanos, los hombres y mujeres del mundo actual. Son los que llevan y ponen en práctica de mandato: “*Id al mundo entero y proclamad la Buena Nueva*” (Mc 16,15). Así se construye la solidaridad. Esta solidaridad abarca a hombres y mujeres, ancianos, jóvenes y niños. Y porque ellos mismos experimentan en carne propia sus propias carencias, están más capacitados para sanar las heridas de tanta gente carente de atención material y espiritual. Son presencia profética en el mundo. Testigos de mi Evangelio. Instrumento muy valioso para hacer efectiva mi presencia en cada persona. Porque cada persona es hijo o hija de Dios. Bajo la guía del Espíritu se construye la solidaridad que el mundo necesita. Sólo les pido a los misioneros y misioneras, religiosos o laicos, que sean perseverantes en atender a los más necesitados, tanto en el aspecto material como espiritual. No olviden que yo vivo en los artífices de solidaridad.

VIVO EN... **EN LOS AVATARES DE LAS PERSONAS**

“andaban como ovejas sin pastor?”
(Mt 9,36).

¿Te has preguntado alguna vez qué sería el mundo si yo no me hubiera encarnado? Eso es. Por lo pronto, no sería cristiano. Bien dicho. Y tampoco estaríais redimidos. Otra pregunta. ¿Y tanta gente ilustre, que ha dejado huella precisamente por ser cristiana? Correcto. Ninguno hubiera pasado a la historia. Vas bien. Pero matemos. Se entiende no, a la historia cristiana. Porque hay otras. Bien, mira a dónde quiero llegar. Si damos por hecho, porque así es, que *avatar*, independientemente de su raíz etimológica, es un sustantivo equivalente a *contingencia* o *alternativa*, te diré que el cristianismo no es un avatar, no es una contingencia. Algo que sucede por azar. Mira, las cosas no suceden por casualidad. En cambio, la alternativa sí. Es diferente. Tiene otro significado. No es contingencia. Te lo explico. Hay gente que acepta el cristianismo, mientras que otros lo rechazan. Y la alternativa consiste en decantarse por una o por la otra opción. El cristianismo no es una contingencia. Es una realidad. O lo tomas o lo dejas. Unos lo aceptan y siguen, otros no. Ahora bien, yo que respeto la libertad de todos, como respeté la de Judas Iscariote, o la del bueno de Pedro, te digo que vivo en los avatares o contingencias de todas las personas. Sí, sí, también en quienes me rechazan.

Pues bien, como sabes, son innumerables, incontables las personas que me han seguido y han dejado huella. Podemos recordar algunos. Comenzando por los primeros años del cristianismo, ¿recordarás a san *Clemente de Roma*, no? Es de los llamados Padres apostólicos, por su proximidad en el tiempo a los apóstoles. Fue como la voz amplificadora de los apóstoles. Fue obispo de Roma. Y desde allí escribió una preciosa, larga y espléndida *Carta a los Corintios*. Sé que la has leído. ¿Qué les recuerda a los corintios? Muy bien. Lo que fueron, sus buenos tiempos. Que no los olviden. Para ello, les hace un repaso amplio de pasajes importantes de las Escrituras, exhortándoles a volver al buen camino. Insiste en que sean humildes. Que eviten las divisiones entre ellos, como ya el apóstol Pablo, les recuerda, se lo había advertido. Que depongan todo orgullo. Y les dice ya hacia el final de la carta: *“Pues es mejor que seáis hallados siendo poco en el rebaño de Cristo y tener el nombre en el libro de Dios, que ser tenidos en gran honor y, con todo, ser expulsados de la esperanza de Él”*. Piensa. ¿Qué hubiera sido de Clemente, de no haber seguido mi camino? Eso es. Posiblemente un pagado desconocido. No estaríamos hablando de él.

Para conocer la Iglesia es muy importante conocer su historia. Y en la historia, sus grandes hombres. Si acudes a la Patrística, te encontrarás con hombres de la talla de un san Justino, por ejemplo. De un Tertuliano. De un san Agustín. Su quehacer filosófico dominó hasta el siglo XIII. Sin salirnos del siglo II y III, no olvides la importancia de la Escuela cristiana de Alejandría. ¿Qué hizo esta Escuela? Pues tuvo como fin ilustrar y formar a los cristianos. Al tiempo que invitaba a los gentiles a adherirse al cristianismo. Ahí tienes dos figuras importantes, como son san Clemente de Alejandría y Orígenes. Y en el

siglo IV, tú que conoces la Capadocia, en la actual Turquía, recordarás alguna figura importante ¿no? Eso es. A falta de uno, tres. San Basilio, san Gregorio Nacianceno y san Gregorio de Nisa.

Hoy hay mucha sensibilidad social. La institución Cáritas hace mucho por la gente más pobre. Pues tal sensibilidad no le fue ajena a San Basilio. Creó las *basileias*, un equivalente a Cáritas, para atender a los pobres. Si pasamos a la península Ibérica, nos encontramos en el siglo VI con una figura descollante, como san Isidoro de Sevilla. Tuvo gran cuidado de que el clero estuviera bien formado. No pueden buenos pastores de su grey los clérigos sin cultura. Y si nos vamos a los siglos IX al XIV, ¿qué tenemos? Muy bien. La Escolástica. El renacimiento carolingio con Carlomagno. Mira, si san Isidoro se preocupó de la formación del clero, Carlomagno se preocupó de la formación de los gobernantes. Fue un tiempo de un gran desarrollo cultural. ¿Figuras importantes? Pues un Juan Escoto Erígena, un san Anselmo, la Escuela de Chartres con Juan de Salisbury, o la de San Víctor con Hugo de san Víctor. Y el siglo de más apogeo: el XIII, con hombres de la talla de san Alberto Magno y santo Tomás de Aquino, san Buenaventura y Duns Scoto.

Pero la historia funciona como las olas del mar. Suben y bajan. Así que, vino luego un tiempo de decadencia. De bajada. Y llegará la Reforma, que va del siglo XV al XVII. Pero hay también hombres importantes. Recuerda a un Erasmo de Rotterdam, a un Francisco de Vitoria, a un Juan Luis Vives. Llegará a continuación la Ilustración, en el siglo XVIII. ¿Sabrías decirme un hombre que en el Siglo de las Luces brilló con luz propia? ¿No? Pues fue san Alfonso María de Liguorio. Fue el hombre más prestigioso en Teología Moral. Al revés de los jansenistas, Alfonso aplicó en su moral, y sobre todo en el confesonario, la *benignidad pastoral*. ¿No fue esta precisamente mi actuación ante la pobre gente, que “*andaban como ovejas sin pastor*?” (Mt 9,36).

El mundo, como sabes, da muchas vueltas. Motivo más que suficiente para que yo me preocupe y ocupe de la gente, sin mirar si son o no creyentes. Comprenderás, pues, por qué vivo en los avatares de las personas.

VIVO EN...

EN LOS BUENOS Y EN LOS MALOS

“He venido a llamar a los pecadores”
(Mc 2,17; Lc 5,32).

Ves que soy muy realista. Sin pelos en la lengua. En cierta ocasión os dije que sois *malos*. Así. Tal cual. “Pues si vosotros, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre que está en los cielos se las dará también a quienes se las pidan” (Mt 7,11). No me podrás negar este aserto. A la evidencia me remito. Pero yo amo a todos. A buenos y malos. Por lo mismo, también te digo que vivo en los buenos y en los malos.

¿Te gusta divertirse? A quién no, ¿verdad? En todo tiempo y lugar, la gente ha buscado divertirse. Lo ha hecho mediante el juego y el teatro. Los griegos, como sabes, fueron expertos en teatro. Los romanos como gladiadores en el circo. Los mayas tenían el juego de la pelota. Recuerda las ruinas mayas. Vosotros sois muy aficionados al fútbol. Del fútbol habéis hecho una especie de religión de masas. El tema del juego no aparece en el Evangelio. ¿O sí? ¿No, verdad? Pues bien, imagina que yo te dijera ahora: organiza un partido de fútbol. Once contra once. Vale. El equipo A, estará formado por los *buenos*. El equipo B, por los *malos*. ¿Te animas a formar esos dos novedosos equipos? ¿No? ¿Por qué? ¡Ah, vale! Que te pasaría como le sucedió a Abraham. Entiendo. Efectivamente, por más que fue rebajando el número de *buenos*, de los cuarenta que tenía que reunir, no logró alinear ni a diez, (Gn 18). Así que, nos quedamos sin derbi. Vale.

Hay que volver a la edad de la inocencia. Por ejemplo, cuando de niño te juntabas con tus amigos, ¿qué hacíais el domingo por la tarde? Todos al cine. Y lo pasabais bomba con aquellas películas apasionantes, de indios y de vaqueros, de buenos y de malos. Inolvidables *películas del oeste* ¿verdad? Con una mínima trama había mucha acción. Hasta os levantabais de la butaca, como espoleados por el correr de los caballos. Tiempos idos. Erais buenos. Erais niños. ¿Ahora?

Siempre ha habido buenos y malos. Pero una cosa te diré. No te extrañe. Los malos juegan siempre con ventaja. Porque son más que los buenos. Y encima, meten más ruido. ¿A que sí? Fíjate, cuando lees el Evangelio, te habrás dado cuenta que los fariseos y yo andábamos constantemente a la greña. Me dirás, pero si los fariseos eran buenos, eran *piadosos*. Aquí está la clave. Ser piadoso no significa exactamente ser bueno. Bueno es el que se fía plenamente de Dios. El que abre su corazón de par en par a Dios. ¿Pero sabes quiénes abrían su corazón a Dios? Los malos. Los *publicanos* y *pecadores*. Les decían *publicanos* porque ejercían cargos administrativos, públicos. No tenían buena fama, la verdad sea dicha. Se aprovechaban de los demás. Pero en cuanto su

conciencia se removía, sabían pedir perdón. ¿Te acuerdas de la parábola? *“Un fariseo y un publicano subieron al templo a rezar...”* (Lc 18,10). Ya ves, el único que hizo oración fue el publicano. El fariseo, por el contrario, se comportó como un farsante engreído. Luego estaban los pecadores. Sin comentarios. Yo tomé partido por ellos, publicanos y pecadores. A la hora de la hora, fueron los que se tomaron en serio a Dios.

Fue el motivo por el que dije abiertamente: *“He venido a llamar a los pecadores”* (Mc 2,13; Lc 5,32). Se dieron por aludidos. Y se acercaban a mí con una fe increíble. Y yo me volqué en ternura hacia ellos, hombres y mujeres. Cuando dije: *“Yo soy le camino, la verdad y la vida”* (Jn 14,6), vieron los cielos abiertos. Comprendieron que Dios los ama. Que Dios es un Padre. Los pobres de espíritu tienen más sensibilidad. El problema radica en creerse bueno, al estilo de los fariseos. Es cuando se endurece la piel, se pierde la sensibilidad. No hay reacción. No hay conversión. De ahí que mi mensaje primero fuera: *“¡Convertíos y creed en el Evangelio!”* (Mc 1,15). Ciertamente es que también había fariseos buenos de verdad. En todo caso, como yo vine a salvar a todos, por eso te he dicho que vivo en los buenos y en los malos. Unos dan más trabajo que otros. Es verdad. Pero yo los quiero a todos, porque todos son hijos de Dios.

VIVO EN...

EN LOS CAMINOS PEDREGOSOS

*“Tendréis
una gran recompensa en el cielo”
(Mt 5,12).*

Me preguntas que dónde vivo. Muy bien. No te extrañe mi respuesta. Vino en los caminos pedregosos. ¿Te sorprende? Pero entiéndeme. No me refiero a los caminos que recorren los viajeros, por donde pasan las caravanas. O los caminos que intercomunican pueblos y naciones. No. Se trata sólo de una metáfora, porque me estoy refiriendo al camino de las Bienaventuranzas. Espero que las hayas aprendido de memoria.

Sabes que es mi evangelista Mateo el que presenta esta que es mi Carta programática. Sí: las Bienaventuranzas. No dudo de que practicarlas es como recorrer un camino mal asfaltado, pedregoso. Lo reconozco. Pero te aseguro que es un camino seguro. Por eso, las completo diciendo: *“Alegraos y regocíjaoos porque tendréis una gran recompensa en el cielo”* (Mt 5,12). Sé de sobra que a todos os cuesta cumplir los Mandamientos de la Ley de Dios. Y eso que son de ley natural. Es decir, que aunque Moisés no los hubiera presentado al Pueblo en las famosas tablas de piedra, están impresos en la naturaleza. Por consiguiente, son de ley natural. Como es de ley natural que una madre ame a sus hijo. Lo entiendes, ¿verdad?

Las Bienaventuranzas, en cambio, no son de ley natural. No están impresas en la naturaleza, ya que, lo que es congénito a la naturaleza no necesita leyes. Las Bienaventuranzas son de ley positiva. Es decir, van más allá de los Mandamientos. Son más exigentes que los Mandamientos. ¿Entiendes por dónde van los tiros? Sabes que todo mundo busca la felicidad. El problema es dónde encontrarla. Como hormigas alborotadas, todos corren a buscar la felicidad. Hay quien piensa encontrarla en la riqueza. Otros en el bienestar, como puede ser el status social. Otros se inclinan por el poder. Y hasta lo sacrifica todo por conseguirla. Tanto afán de búsqueda, puede incluso convertirse en causa de mucho sufrimiento.

Me preguntarás: Entonces, ¿dónde está la felicidad? No te extrañes si te digo que la felicidad, a tiempo completo, no existe. Pero al mismo tiempo también te digo que hay un camino seguro. Es pedregoso, sí. Pero seguro. Es el de las Bienaventuranzas. Practicarlas, te llevará a una felicidad que nada tiene que ver con la felicidad mundana, material. Naturalmente, esto choca frontalmente con el espíritu mundano. Ya lo sé. Imagínate un pugilato: Bienaventuranzas versus felicidad mundana. Para los incautos, las Bienaventuranzas llevan siempre las de perder. No te equivoques. Te digo que no hay mayor felicidad que estar en paz con Dios, con los demás, y consigo mismo. El espíritu está siempre por encima de la materia. Los aparentemente perdedores, los que optan por las Bienaventuranzas, te garantizo que serán los

auténticos ganadores. Es una felicidad interior, espiritual, que está por encima de todo lo demás. Y como culminación: *"Tendréis una gran recompensa en el cielo"* (Mt 5,12).

Cuando yo digo, por ejemplo: *"Bienaventurados los pobres en el espíritu"*; el mundo en general, sobre todo el de las finanzas, te responderá: "Bienaventurados más bien los que tienen dinero, porque con él se pueden comprar influencia, comodidad, poder, seguridad y bienestar". Y no sé cuántas cosas más. No te equivoques. Mira, *yo no tenía dónde reclinar la cabeza*. (Mt 8,20). ¿Te acuerdas? Cuando formé el pequeño grupo de los apóstoles, naturalmente hube de establecer un mínimo al menos de organización. Nombré a Judas Iscariote administrador del grupo. Puedo asegurarte que la bolsa de los dineros andaba más escurrida que una bota de vino. Y sin embargo, éramos felices. Ciertamente que en algún momento algunos pensaron que siguiéndome a mí iban a conseguir un status social alto. Pronto se desengañaron. Sus miras, en ese momento, eran mundanas. Pensaron con criterio humano. Y pensaron, concretamente, en la política. Según ellos, uno estaría a mi derecha, el otro a mi izquierda. O sea, ministro de gobernación el uno, y ministro de no sé qué, el otro. Claro, a mí me ponían en el centro porque daban por hecho que yo sería rey. Me reí de ellos porque no sabían lo que decían. Ahora sí, ahora están en mi Reino, pero en el de arriba. Hubo también quien se ofreció a seguirme. (Mc 10, 17-30; Mt 19, 16-26; Lc 18,18-30). En cuanto le dije que se desprendiera de su riqueza, desapareció del mapa. No supimos más de él.

Recuerda, otra de las Bienaventuranzas dice: *"Bienaventurados los mansos"*. No te imaginas qué bonito sería el mundo si esta Bienaventuranza se practicara. Soy enemigo mortal de la violencia. Pero ya ves. Guerras por aquí, guerras por allá, guerras por todas partes. Y todo por intereses puramente económicos. El petróleo es el ídolo de la discordia. Dime, ¿tiene sentido que la gente se mate así, sin ton ni son?

Lo dicho. Yo vivo en los caminos pedregosos. Son caminos contra viento y marea. Es cierto. Pero seguros. Echa a andar.

VIVO EN...

EN LOS CORAZONES DE PUERTAS ABIERTAS

*“Y la Palabra se hizo carne
y acampó entre nosotros”
(Jn 1,14).*

Has de saber que Juan y Andrés se sintieron muy a gusto conmigo. No tuvieron prisa por irse. Se quedaron toda la tarde. Bueno, y conmigo siguen.

Vosotros, cuando llega una visita, empleáis una frase de arraigada cortesía: *“Está usted en su casa”*. En es una manera bonita de decir a esa persona que se sienta a gusto, cómoda. Juan y Andrés se sintieron muy cómodos. Como en su propia casa. Pero te aseguro que no vinieron por conocer mi pobre casa, hecha con ladrillos de adobe. Eso hubiera ocurrido si estuvieran mirando casas con intención de comprar una. No era el caso. Aparte que la puerta de mi casa siempre estaba abierta. No tenía ni siquiera llave. Cada quien podía entrar y salir cuando quisiera. Deseaba que fuera la casa de todos. Mis vecinos lo sabían.

Una cosa puedo decirte: Juan y Andrés se llenaron de paz interior. Una paz que ya nadie se la quitaría. Ya ves que fue precisamente Juan, quien, unos años más tarde, quiso transmitirnos lo que sentía por dentro. Sentía a Dios. Y se atrevió a hablar de Dios, para lo cual empleó una proverbial expresión: *“Dios es amor”* (1Jn 4,8). Dios no cabe en una definición. En cambio, sí cabe en el corazón del hombre, varón y mujer. Cabe en tu corazón.

A veces, tenéis de Dios un concepto tan grandilocuente y a vuestra medida, que se os va de las manos. Dios, lo más inmenso. Claro, Dios es inmenso. Pero, fíjate, a pesar de ser tan inmenso, cabe en tu corazón. Sí, en tu corazón. Habláis de la omnipotencia de Dios. Muy bien, Dios es omnipotente, y de pronto, le da por hacerse hombre, y nace tan desvalido como cualquier criatura. Dios es inmensamente rico. Eso decís. Pero, *“no tiene dónde reclinar la cabeza”* (Mt 8,20). Os imagináis un Dios antropomorfo, a vuestra imagen y medida. Y os olvidáis de que es al revés. Vosotros sois imagen de Dios. Quédate con esto: *Dios es Amor*. Y te digo más. Porque es Amor, Dios es también pobreza. ¿Te sorprende? Estoy empleando vuestro lenguaje humano, pero transcendido a lo divino. Dios se ha hecho pobreza. Sí, pobreza, para enriqueceros a vosotros. Recuerda lo que dice Pablo: *“Dios se anonadó a sí mismo tomando la condición de esclavo”* (Flp 2,7). Dios Padre ha tomado la condición de esclavo en Mí. Es su gesto universal y más cercano para demostraros su amor.

Bien sabes que pobre es aquel que tiene que recibir, prácticamente, todo. Lo que equivale a estar a merced de los demás. Quien se da a los demás ya no se pertenece a sí mismo; es patrimonio y propiedad de los demás. Óyelo bien, Dios

es propiedad del hombre. Patrimonio de todos. ¿No habías caído en la cuenta de esto, verdad? Es que, de un lado, tenéis un concepto antropomorfo de Dios, y de otro, lo alejáis tanto de la realidad que lo convertís en algo ambiguo. Y por lo mismo, manipulable, que se puede cosificar. Y cosificáis a Dios. De tal manera que vuestra relación con Él deja de tener el sentido transcendente y original de su significado. Es como el juguete aquel del niño, que tanta ilusión le hacía, pero en cuanto se cansó de él, ahí quedó, abandonado en un rincón.

Si te digo todo esto, es para que tengas ideas claras. Porque *“vuestros pensamientos no son los pensamientos de Dios”* (Is 55,8). Sois fáciles para confundir las cosas. Mira, resulta muy diferente dirigirse a *Dios*, así, en abstracto. Es mejor dirigirse a Dios como *Divinidad* en cuanto tal. Personalizar la relación con Él. *“Ciérrate en tu cuarto y habla con Él, que es tu Padre”* (Mt 6,6). Con la confianza de un hijo. Y cuando digo que hay que encerrarse en el cuarto, estoy diciendo que hay que aislarse de todo aquello que te distrae la mente y el corazón. Si estás rezando, no estés al mismo tiempo viendo la tele. Pierdes el tiempo por partida doble.

Y cuando te digo que estoy en los corazones de puertas abiertas, es que así es. Si la puerta está abierta, puedo entrar sin ningún problema.

Mira, cuando mi discípulo más entrañable y de más confianza, escribió: *“Y la Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros”* (Jn 1,14), bien podía haber añadido también: *se hizo la Palabra se hizo casa*. Mi casa es de puertas abiertas. Eso quiero que seas tú, un corazón de puertas abiertas.

VIVO EN...

EN LOS CUATRO PUNTOS CARDINALES

*“He visto al Espíritu descender del cielo
como una paloma” (Jn 1,32)*

Los humanos, y me incluyo cuando vivía en Palestina, tenemos la costumbre de orientarnos marcando cuatro estratégicas direcciones. Los llamados cuatro puntos cardinales: Norte, Sur, Este, Oeste. Muy bien. No obstante, y bajo otro enfoque, yo los hubiera dejado en tres. Así: *Dirección Dios, Dirección los demás, Dirección uno mismo*. ¿Qué te parece? Piénsalo, y verás que tienen más fuerza que un imperativo categórico.

En la liturgia cristiana, cuando celebráis los momentos más importantes del Misterio Pascual, es decir, mi Vida, Pasión, Muerte, Resurrección, y Glorificación, actuáis con exquisita pedagogía al presentar al mismo tiempo una catequesis muy viva de cada acontecimiento. Por ejemplo, la Navidad. Me gusta que montéis el *belén*. Y me gusta sobre todo por ser un modo muy sencillo de que los niños comiencen, desde pequeñitos, a captar el significado del anonadamiento de Dios que se hace Hombre por salvar a todos. Es una bella catequesis que entra por los ojos y mueve la imaginación.

Lo mismo digo de la Semana Santa. Comenzando por los Oficios litúrgicos dentro de los templos, y siguiendo por la escenificación en las calles a través de los *pasos* de las procesiones, el misterio de la Redención entra también por los ojos. Y mueve el corazón. No te imaginas la cantidad de conversiones que han tenido lugar gracias a la escenificación de los distintos momentos de la Pasión.

Y ya que he comenzado diciéndote que vivo en los cuatro puntos cardinales. Te invito a que vuelvas la vista hacia América, y te fijas concretamente en Guatemala. ¡Qué bella ¿verdad? la música de sus marchas! Y ¿qué me dices del *paso* más grande del mundo, guardado en la Antigua, la ciudad colonial por excelencia de las Américas? Es memoria viva de la evangelización que llevaron los misioneros.

Pues bien, volvamos a las direcciones que te he señalado yo. La primera: *Dirección a Dios*. Es preciso que asumáis, consciente y personalmente, el camino que os señalé para poder llegar hasta la Pascua, hasta la Resurrección. Si vuestra brújula cristiana no indica esta dirección, podéis tirarla, no sirve para nada. El hombre, sin *Dirección a Dios*, no es nada.

Quiero que te fijas ahora en la segunda. La *Dirección a los demás*. Porque deseo que os metáis bien en la cabeza esto: que Dios se identifica con el hombre. Recuerda que lo dije: *“Lo que hicisteis a uno de estos mis hermanos*

más pequeños, a mí me lo hicisteis” (Mt 25,40). La razón es muy sencilla: Dios ha tomado partido por el hombre, varón y mujer. Lo ha hecho por puro amor. Consecuentemente, vosotros debéis tomar partido por Dios y por vosotros mismos. Tenéis que amaros. Olvidaos de las guerras de una vez por todas. Tomad partido por la verdad. Romped vuestras esclavitudes. Más te digo. Urge también que asumáis la responsabilidad de respetar vuestra propia dignidad.

Sí, vuestra dignidad. Con esto último, llegamos a la tercera. *Dirección a uno mismo*. Te digo. En general, qué poco os valoráis. Y qué poca visión de la realidad tenéis. ¿Cuándo vais a caer en la cuenta de que el hombre tiene más derechos de los que se imagina? También tiene obligaciones. Ciertamente. La primera obligación, buscar esos derechos. Y, al mismo tiempo, buscar a quien os los proporciona: Dios. Porque a veces os acordáis de Dios, como de santa Bárbara, sólo cuando truena. Es decir, cuando os conviene, porque os veis con la soga al cuello.

Como ves, te estoy hablando de hacer una inversión de valores. Pero en sentido totalmente contrario a como tenéis costumbre. ¿No andáis a todas horas tras la felicidad? Pues te digo que no hay felicidad sin sintonía con Dios, sintonía con los demás, y sintonía con uno mismo.

¡Qué mal buscáis la felicidad! Te repito. ¡Qué mal buscáis la felicidad! Y todo porque la buscáis en las cosas materiales. En el tener. Pero ya sabes que tener significa acaparar. Tener dinero, tener salud, tener bienes materiales. Tener, tener... Insaciables. Llenáis de cachivaches vuestro granero, recuerda mi parábola, se os llena y, claro, no os queda más remedio que construir otro más grande. Y de pronto, ¡zas!, os entra un cáncer y sanseacabó.

Te digo. A quien le falta sintonía le falta también felicidad, por más que esté rodeado de cachivaches. Pura bisutería. Urge, pues, encontrar la triple dirección que he señalado. *Dirección Dios, Dirección los demás, Dirección uno mismo*.

Repasa las Bienaventuranzas. Te ayudarán a asimilar mejor lo que te estoy explicando. ¿Queda respondida tu pregunta? Sí, vivo en los cuatro puntos cardinales.

VIVO EN... **EN LOS LIRIOS DEL CAMPO Y DEL ALMA**

*“No andéis agobiados
con el día de mañana” (Mt 6,34).*

Por instinto maternal, una madre se preocupa de que a su hijo no le falte nada. En particular, el alimento. ¿Qué en la historia ha habido madres que han sido excepción a esta regla universal? ¿Desnaturalizadas? Sí. Pero es la excepción. Es más, a sabiendas de que esto puede ocurrir, pero como cosa muy rara y excepcional, ya el profeta Isaías llega a decir: *“¿Es que puede una madre olvidarse de su criatura, no conmoverse por el hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvide, yo (Dios) no te olvidaré”*(Is 49, 15). Difícilmente puede olvidarse, ¿verdad? Pues si se llegara a ese extremo, el profeta advierte que Dios jamás haría tal cosa. Que Dios es como una madre cariñosa que por nada del mundo podría olvidar al hijito de sus entrañas.

Más te digo. Dios no es sólo como una madre llena de ternura. Es además como un Padre providente. Cuida de sus hijos. De cada uno personalmente. Y como eso me lo sé muy bien, lo conozco muy bien, advertí en el Evangelio: *“No andéis agobiados con el día de mañana”* (Mt 6, 34).

Cuando uno se agobia, se pone nervioso. Nada le sale bien. Es entonces cuando comienza a dar vueltas en su cabeza. Ideas van, ideas vienen. Y posiblemente, ninguna acertada. Y lo primero que se le ocurre es que tiene que sobrevivir. Entonces amarra su corazón a los bienes materiales. El dinero se le convierte en obsesión. Hasta hacerse esclavo del mismo. Por eso os dije que: *“Nadie puede estar al servicio de dos amos. No podéis servir a Dios y al dinero”* (Mt 6,24). La preocupación excesiva por los bienes materiales impide acercarse a Dios. Desaparece la confianza debida a Dios.

El estado de agobio y de nervios os puede hacer caer en depresión. En una crisis de angustia. Se os va la alegría de vivir. Vais a la ruina, a todos los niveles. Por favor, no perdáis la alegría de vivir. Dad primacía al Reino de Dios y a su justicia. Que lo demás no os faltará. Os lo dije de un modo casi, y sin casi, poético. Pero muy real. Os dije que os fijarais en *los pájaros y en los lirios del campo* (Mt 6,28). Todos ellos son objeto del cuidado de Dios. *“Ni Salomón, en el esplendor de su gloria, se vistió como uno de ellos”* (Mt 6,29).

Me gusta que estés interesado en saber dónde vivo. Pues ya ves. *Vivo en los lirios del campo*. Incluso puedo añadirte: y en *los Lirios del alma*. ¿Qué te parece? Muy poético, esto de los lirios ¿verdad? A propósito. Me gusta tu poema, basado precisamente en este tema. Sólo que, los lirios del campo los has personalizado hasta convertirlos en *Lirios del alma*. Puedes leerlos, si gustas.

Tiempo ha, que no saco a pasear mis sentimientos/ por las riberas reverdecidas del alma/ donde en otro tiempo cantaban los cenizos al alba/ y las alondras al caer la tarde./ Tiempo ha, que lucho por impedir/ que se cuele en mi mente la insidiosa nostalgia del pasado/ por los recuerdos de las cosas buenas que pasaron/ y en un santiamén se esfumaron,/ o de aquellas

que debieron suceder/ pero nunca cuajaron./ Tiempo ha, que a los pocos amigos que aún me quedan/ les sucede exactamente lo mismo que a mí me sucede,/ -sin contar los que ya se fueron la víspera de hoy,/ como ocurre siempre con los seres más queridos-./ Pero hoy, quiero pasear y respirar el aroma limpio de los lirios/ y el canto alegre de los pájaros cantores/ que aún anidan en la enramada de mi alma.

Muy bien. Y entiendo muy bien ese deje de nostalgia por los amigos que se fueron. También yo sentí, como no te imaginas, la muerte de mi amigo Lázaro. Mi sentimientos de hombre son como los vuestros. Pero como Dios pude hacer ue recobrase la vida. Sí, para alegría de sus hermanas. Y de todos.

Así que, antes de concluir, quiero insistir: *"No estéis agobiados por la vida pensando qué vais a comer, ni qué os vais a vestir, ya sabe vuestro Padre del cielo que tenéis necesidad de todo eso"* (Mt 6,25-34). *"Buscad sobre todo el Reino de Dios y su justicia; lo demás se os dará por añadidura"* (Mt 6,33).

El *Reino*, del que tanto os hablé en el Evangelio, tiene que ser transparencia de Dios en vuestra vida. Y puntualizo: El que no os dejéis agobiar por las cosas materiales, no significa que lo dejéis todo en manos de Dios, que él se preocupe de que no os falte de nada, y mientras tanto, vosotros tumbados en una hamaca. Nada de eso. No niego la importancia del trabajo para la alimentación, para la salud, para poder vestirse. Digo que lo importante es construir el Reino de Dios. Eso se hace desde la confianza en Dios. Esa confianza en Dios no es alienante. Pero no os exime de vuestra responsabilidad en las tareas temporales. Ni de arrimar el hombro en los compromisos cristiano en el mundo.

VIVO EN... **EN LOS NIÑOS HUÉRFANOS DEL MUNDO**

*“Cualquiera que dé de beber,
aunque sólo sea un vaso de agua fresca...”*
(Mt 10,42).

Incontables. Sí, son muchedumbre ingente los huérfanos que hay en el mundo. Unos, porque han perdido a sus padres por muerte natural. Otros, se han quedado sin padres, o al menos sin uno de los dos, por diversos accidentes. Los hay en situación de orfandad por causa de las guerras y la violencia. Y existen los niños que, viviendo sus progenitores, es como si no los tuvieran. Niños que han sido abandonados. Niños sin hogar. Niños sin cariño. Niños de la calle. Has de saber que yo también vivo en ellos. No importa que no me conozcan. Y que ni tan siquiera hayan oído hablar de mí. Los niños, todos, pero más los que sufren esta triste situación, son mis preferidos. A todos ellos les digo que tienen un Padre en los Cielos.

Dios Padre es Padre de todos. No me canso de recordarlo. Os lo revelé con total claridad. ¿Qué os dije tras la resurrección, antes de subir al Cielo? *“Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios”* (Jn 20,17). Y en cuanto al amor que el Padre os tiene, ¿qué os dije? Que *“El Padre os ama, porque vosotros me habéis amado y habéis creído que yo vengo de Dios”* (Jn 16,27). El Padre no se olvida de nadie: *“Mirad las aves del cielo: no siembran, ni siegan, ni guardan en graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas?”* (Mt 6,26). Si tiene cuidado de los pajarillos, y de los lirios del campo, ¿no va a cuidar con mayor motivo a sus pequeños hijos, los pobres niños huérfanos, que siembran el mundo de soledad, de dolor, de llanto?

Cuando recéis el *Padrenuestro*, no pidáis el pan sólo para vosotros. Pedidlo también para tanto niño abandonado. Más, dárselo vosotros mismos. Hay mil modos de socorrer al necesitado. Unas veces, directamente. Indirectamente, otras. Quienes tienen dinero de sobra, que inviertan en albergues, en casa de acogida para tanta criatura abandonada a su suerte. Y quienes estén en posibilidad de adoptar niños abandonados, que lo hagan. El cariño que podáis dar a estas criaturas no tiene precio. ¿Y quién más necesitado de cariño que los niños?

En el aburguesamiento en que vive gran parte de la sociedad, donde a los hijos no les falta de nada, y les sobra de todo, se pierde sensibilidad humana y social. Esos hijos aburguesados corren el peligro de ser más tarde unos déspotas. Viven como en una burbuja aséptica, para que no se contaminen. ¡Qué equivocados están los padres que así maleducan a sus hijos! Los hijos necesitan estar en contacto con la realidad. Si ellos tienen medios para vivir holgadamente, que den gracias a Dios. Pero que piensen que podía haber sido al revés: ellos los pobres huérfanos, y los huérfanos los ricos burgueses. El contacto con la realidad sensibiliza. Educa. Ayuda a tomar conciencia de que el mundo no es igual para todos. Pero que todos son iguales para Dios. La

humanidad que Dios quiere es cabalmente la que humaniza. El amor, hecho acogida para tanto ser que lo necesita, no quedará sin recompensa.

¿Cómo podéis demostrar a Dios que lo amáis? Amando al prójimo. No deis más vuelta. Porque el amor a Dios pasa por el amor al prójimo. Recuerda, os lo dije: *“Os aseguro que cualquiera que dé de beber, aunque sólo sea un vaso de agua fresca, a uno de estos pequeños por ser mi discípulo, no quedará sin recompensa”* (Mt 10,42).

Insistiendo en el *Padrenuestro*, por favor, no lo recéis mecánicamente, de carretilla. Pensad bien cada palabra. Fijaos que dice Padre *nuestro*. En plural. Padre de todos. También de los niños y niñas huérfanos, no importa cuál haya sido la causa de su situación. Puede haber sido por un huracán, por un terremoto devastador. Aunque lo más probable es que haya sido por causas desgraciadamente humanas. Guerras, persecuciones religiosas, o el sinsentido de una sociedad que rinde culto a la hipocresía y al ídolo del dinero.

Sabes cuánto fue el cariño que demostré a todos los niños. Cómo se me acercaban. Buscaban que los bendijera. Las mismas mamás los traían para que los bendijera. Si los niños de hoy me conocieran, harían lo mismo. Vendrían corriendo a mí. Pero, como te digo, muchos ni siquiera han oído hablar de mí. Decídselo vosotros quién soy. Catequizadlos, Habladles de mí. Quered a los niños. Construir un mundo donde tenga cabida la misericordia. *“Sed, misericordiosos, como vuestro Padre celestial es misericordioso”* (Lc 6,36).

No deseo terminar sin antes recordarte, a ti y cuantos tienen, un poco al menos, de buena voluntad, que el amor es fundamental en la vida. Que todos necesitéis amor. Con mayor motivo y urgencia, los niños huérfanos. No los olvidéis. Yo vivo en ellos. *“Como el Padre me amó, yo también os he amado; permaneced en mi amor. Si guardáis mis preceptos, permaneceréis en mi amor, como yo guardé los preceptos de mi Padre y permanezco en su amor”* (Jn 15,9-10).

VIVO EN... **EN LOS QUE VIVEN DE CARA A LA VIDA**

*“Dios no es Dios de muertos
sino de vivos”
(Mc 12,27; Lc 20,38).*

Dios creó el mundo. Vio su obra. Quedó contento. Lo has leído en el Génesis, ¿no? *“Dios miró todo lo que había hecho, y vio que era muy bueno”* (Gn 1,31). Pero, ¿sabes lo que Dios no hizo? La muerte. Dios no quería la muerte. Esta fue el resultado de la mala, malísima, actuación del hombre. Dios le dio el don sagrado de la libertad. El hombre el guardián y el responsable de la libertad. ¿Pero qué hizo? Como si fuera la mismísima caja de Pandora, la abrió. El descalabro fue total. Vino la muerte. Pero tranquilo, que el Padre me envió al mundo para ver cómo remediar lo que ya no tenía remedio. Mejor dicho, sí. Tenía remedio. ¿Sabes cómo? Mediante mi propia muerte y Resurrección. *“Dios no es Dios de muertos sino de vivos”* (Mc 12,27; Lc 20,38).

La muerte supuso para la humanidad un mazazo terrible. Y la gente se apenaba, y lo sigue haciendo, ante la muerte. La separación para siempre de un ser querido suponía una tragedia irreparable. Como dicen que el tiempo todo lo borra, terminaban por acostumbrarse a la ausencia de ese hijo, o padre, o madre. La vida seguía. La vida continúa. Pero el vacío ahí quedaba. La misma Biblia, sobre todo en sus primeros libros, no habla claro de la Resurrección de los muertos. Fue mucho más tarde cuando en Israel, el Pueblo elegido, se comenzó a hablar de un *despertar* de aquellos que *duermen* en el polvo de la tierra.

Pero ¿qué recitáis en el credo? *“Creo en la Resurrección de los muertos”*. Correcto. No obstante te diré: ¿Podrán decir esto, al menos con un mínimo de convencimiento, quienes no creen en mí? Está muy bien tener fe. ¿Qué hace alguien que no tenga fe? Es fundamental tener fe. Sin embargo, la fe, no da seguridades metafísicas. La fe es como una escalera que te ayuda a subir. Y el ser humano ha nacido para subir, peldaño a peldaño, por la escalera de la fe, hasta llegar a la feliz eternidad. Debéis creer en mí. *“Yo soy la resurrección y la vida”* (Jn 11,25).

Sí, así es. Efectivamente, se habla de Resurrección en el Antiguo Testamento tardío. Cuando la persecución del rey Antíoco. Nos situamos, pues, en el siglo segundo antes de mi nacimiento. Cimentados en la fe, hubo mucha gente valiente que no renegó de Dios. Y afrontaron con entereza y honor la muerte. Pero aquí está la clave: porque tenían esperanza de resucitar. Creían en la Resurrección. Tal como lo cuenta el segundo libro de los Macabeos. Ciertamente, fue un hermoso testimonio el de aquella madre y sus siete hijos. Obligados a violar la práctica religiosa de sus antepasados y renegar de Dios, fortalecidos por la esperanza de la resurrección, ¿qué hicieron? Afrontar valientemente las torturas y la propia muerte. Se negaron a obedecer a Antíoco. Prefirieron la muerte. No transgredieron la Ley de Dios. (2Mac 7).

A partir de mi Muerte y Resurrección, se dio un paso de gigante en este tema de la resurrección. En el *Evangelio*, hablé categóricamente de ella. ¿Por qué? Vuelvo a insistir. Porque “*Dios no es Dios de muertos, sino de vivos*”. (Lc 20,38). A mucha gente le ha costado meterse esto en la cabeza. Recuerda a los *Saduceos*. No creían en la Resurrección. Pero como la ignorancia es atrevida, hasta se hicieron los graciosos. Recuerda cuando, para contradecirme y ridiculizar la cuestión de la resurrección, me vienen con la historia aquella de la mujer que se casó, quedó viuda del primer marido, y se fue casando sucesivamente. Hasta con siete llegó a casarse. Lo recoge muy bien san Lucas en el capítulo 20 del Evangelio. Y me preguntan ¿que con quién de ellos sería la mujer en la vida futura? Ya ves. No creían, pero conocían la Biblia. Así que les argumenté con la Biblia misma. Me fui muy atrás en la historia. Cuando Dios se manifestó como el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob. Y esto, muchos años después de que hubieran desaparecido de este mundo. Lo que significa que no están muertos, sino que viven en Dios. Luego, si Abrahán, Isaac y Jacob están vivos, podemos hablar de Resurrección.

La resurrección da sentido a todo el caminar del cristiano. De este modo, la fe cristiana hace de la esperanza en la resurrección una certeza absoluta. Quien se identifica conmigo, nacerá conmigo para la vida Nueva y definitiva.

Para terminar, quiero decirte: No vayas a pensar que la Resurrección es la continuación de la vida en este mundo. No lo es. Sino que es el paso a una vida nueva, distinta, donde, sin dejar de ser vosotros mismos, vais a ser totalmente otros. Junto conmigo. Porque, ten presente que yo vivo en los que viven de cara a la Vida.

VIVO EN... **EN LOS SANTOS PORQUE MARCAN LA HISTORIA**

“Sólo Dios es bueno”
(Lc 18,19; Mc 10, 18).

Más de una vez te he oído decir que la Historia es una gran novela. Una colosal novela, donde unas cosas se ajustan a la realidad, otras a la fantasía, o a la visión del que cuenta los hechos. No te falta razón. Además, coincido contigo cuando dices, compartiendo parecer con muchos más, que la historia, en el caso de una guerra, suelen contarla los vencedores. ¿Vencedores porque les asistía la razón, o porque tenían mejor armamento? La historia da para todo. Además, da muchas vueltas.

Constantemente me oyes decir que estoy contra la violencia. La guerra es violencia. El *Reinado de Dios* que vine a implantar en la tierra es de justicia y de amor, de verdad y de santidad. ¿Tú has visto algún atisbo de amor o de santidad en la guerra? Nunca. Pues bien, recordarás que dije en cierta ocasión: *“No he venido a traer paz sino guerra”* (Mt 10,34). Te parecerá una contradicción. Pues no. No la hay. La paz y la guerra que yo os expongo no es una paz de conveniencias, una paz pactada, no. Ni una guerra para matar gente impunemente. Yo no vine para establecer ninguna guerra mundial, ni tan siquiera regional. Sino la guerra que debe entablarse en la conciencia, tanto personal como social, contra el mal, contra el pecado. El Evangelio deja al descubierto la conciencia de la humanidad y de cada persona. El Evangelio deja en evidencia hasta los sentimientos más íntimos. Es el pecado el que quita la paz. Sobre todo, de aquellos que quieren vivir su vida según sus propias leyes y no las de Dios. La paz conformista de los que quieren vivir a su antojo, en contra de los planes de Dios, es la que yo vine a destruir

Pero la historia de la humanidad está también llena de santos. Gente buena. Son *“aquellos que han lavado sus mantos en la sangre del Cordero”* (Apc 7,14). Son ellos los que van marcando la Historia. Por eso te digo que vivo en los santos.

Piensa un poco. ¿Quiénes han puesto en práctica mi mandamiento de *amarse los unos a los otros*? Los santos. No hay vuelta de hoja. ¿Que está muy lejos de cumplirse este mandamiento? A la vista está. Pero el reguero de luz, de santidad, que dejé, sigue y seguirá iluminando el caminar de millones y millones de personas. Los santos son gente de paz. Sin embargo, en vida no suelen gozar de mucha simpatía que digamos. Incordian. ¿Por qué? Porque son conciencia incómoda para mucha gente que queda en evidencia.

Cuando te hablo de los santos, no pienses que me estoy refiriendo a los que han sido canonizados, que también. Me refiero ante todo a tantos y tantos, hombres y mujeres, que han pasado desapercibidos, anónimos. Más te digo. Muchos de ellos tienen más méritos para haber sido canonizados que muchos de los que lo están. Gente humilde, desapercibida, que se han sacrificado en silencio por el bien de los demás. En atender a los enfermos, unos. En ofrendar su vida para dedicarse a la oración, otros. Humildes madres de familia sufriendo

lo indecible por no tener a veces ni un pedazo de pan que dar a sus hijos. O los misioneros, que arriesgan su vida, tantas veces, en países cuya situación es conflictiva.

Los santos son el mojón referencial para que todos se animen a seguirme. Desde luego, es ingente la labor evangelizadora que ha llevado a cabo tanta gente en Hospitales, Escuelas, Misiones... Han rebasado con creces la labor humanitaria de muchos gobiernos. Recuerda que fueron las Órdenes religiosas las que se preocuparon y encargaron de impartir la cultura. De enseñar a leer y escribir a la gente. Sí, leer y escribir. ¿Para qué? Para que supieran, y pudieran, defender su dignidad y sus derechos como personas.

Lo dicho. Los santos son hitos. Mártires, Confesores, Vírgenes. Testimonio vivo. En la historia, de la historia, y para la historia. Tanto de la Iglesia en general, como de las Familias religiosas en particular. Suponen un estímulo y un nuevo impulso en la dinámica religiosa y misionera de la Iglesia. Su ejemplo ha hecho posible que la Redención llegue copiosa a todas las almas. Yo vivo en ellos.

VIVO EN... **EN LOS SÍMBOLOS, LENGUAJE COTIDIANO**

“Los cielos proclaman la gloria de Dios”
(Sal 19,1).

Cuántas veces habrás rezado el salmo: *“Los cielos proclaman la gloria de Dios”* (Sal 19,1). Ya sé, ya, que son muchas veces. ¿Pero sabes a dónde quiero llegar? ¿Ni idea? Pues te lo diré: A que estamos rodeados de símbolos. Como lo oyes. Mira, estás hablando conmigo y no haces sino mover las manos a cada palabra que dices. El mero hecho de gesticular, ya es un símbolo. Un lenguaje, si quieres. No se habla sólo con la boca. También con los gestos, tan variados y significativos. Fíjate, significativos. Eso son los símbolos. Expresan algo más que lo meramente palpable, o visible. Por ejemplo, una bandera. ¿En sí, qué es? Nada. Un simple paño. Y sin embargo, ese paño con tales o cuales colores, representa a tal o cual nación. He aludido a los cielos que proclaman la gloria de Dios. Entiende por cielos, el firmamento, el cosmos. Pues más allá del cosmos está Dios. Sí, por supuesto. También más acá.

Difícilmente se entendería la Biblia sin el lenguaje de los símbolos. Estos indican siempre que hay que ir más allá. Ir al contenido. Ir al mensaje. Ya ves que yo empleaba continuamente, sobre todo al hablar con la gente más sencilla, el lenguaje de los símbolos. Te recuerdo ahora mismo dos muy concretos, como son la sal y la luz. Dos elementos que todo mundo conoce. ¿Pero qué quería yo que entendiera la gente con estos símbolos? Ni más ni menos que el Reino de Dios. Imagínate. Y la gente lo entendía. Vaya que si lo entendía. La gente no es tonta. Pero hay que darles pistas. La mejor pista, los símbolos.

He aludido a la sal. Pues vamos con la sal. ¿Qué es la sal? Efectivamente, cloruro de sodio. Correcto. Pero la gente no está pensando en fórmulas químicas cuando echa un poco de sal a la ensalada, o la comida en general. Está pensando en el buen sabor que da a la comida. ¿Qué es aquí lo importante? Me dirás que el sabor. Y ya ves, la comida está desabrida si le falta la sal. Una cosa lleva a la otra. Pero como pretendo ir más allá, resulta que la sal, además de sazonar, sirve al mismo tiempo para conservar. Aplicamos esto a los cristianos, y decimos: El cristiano tiene que dar sabor a las cosas de Dios. Dar sabor a la vida. ¿Cómo? Con su comportamiento, con su ejemplo, con la alegría de ser un seguidor mío. Hacer que el mundo de hoy no se corrompa.

Lo mismo sucede con la luz. Mira, hay quienes se conforman con practicar, o cumplir, ciertos ritos religiosos. ¿Crees que es suficiente? No. Claro que no. Se necesita compromiso personal, que lleve al hombre, varón y mujer, a ser signo del amor de Dios para todos. Recuerda lo que dijo Isaías: *“Si ofreces tu pan al hambriento y sacias al que vive en la penuria, tu luz se alzará en las tinieblas y tu oscuridad será como el mediodía”* (Is 58,10). Símbolo, pues, de la luz. No nos quedamos en la luz en cuanto tal. Vamos más allá.

A los discípulos, en primer lugar; y a la gente en general, les pedí que fueran sal y luz. *“Sal de la tierra y luz del mundo”* (Mt 5,13-16). La mejor manera de ser esperanza para un mundo que, a veces, está muy desorientado.

Más, con este símbolo de la luz, estoy pidiendo a mis seguidores que reflejen las cosas maravillosas de Dios.

Incluso, hay todavía algo más que puedo añadirte. La luz no se ha hecho para sí misma. Se ha hecho para los demás. Para que sirva, para que ilumine, a los demás. Un cristiano que se encerrara en sí mismo, sería como una luz apagada. ¿De qué sirve? Ahora bien, si piensas por ejemplo en la luz eléctrica, la misma que en mi tiempo aún no se había descubierto, necesita un generador. Sí, sí, por tu gesto veo que lo has entendido. Por eso dije en el evangelio: *“Sin mí no podéis hacer nada”* (Jn 15,5). El generador soy yo. Esta es la metáfora. A la par de los símbolos. Porque, como comprenderás, yo no soy un generador, es decir, ese dispositivo capaz de mantener una diferencia de potencial eléctrica entre dos puntos terminales para transformar la energía mecánica en eléctrica. Yo soy yo, Jesús de Nazaret, que hago posible que se realice la voluntad de Dios.

Has visto, pues, la importancia de los símbolos, o signos. Los empleamos a todas horas, y ya ves cómo siempre nos llevan más allá de ellos mismos. Así que, lo dicho. Vivo en los símbolos, lenguaje cotidiano.

VIVO EN... **EN QUIEN PERSEVERA EN LA ORACIÓN**

*“Moisés se sentó sobre la piedra,
mientras Aarón y Jur le sostenían los brazos,
uno a cada lado”
(Ex 17,12).*

Hay en el ser humano una imperiosa necesidad de hacer oración. Y entiende bien, que digo oración. No digo rezos. Te encontrarás con personas a las que nunca verás rezar. No lo hacen. Por costumbre, por dejadez, por creer que eso de gente beata, y por tantas excusas. Pero te garantizo que esas mismas personas son las primeras en acudir a Dios en cuanto se encuentran con un problema aparentemente insalvable.

Pareciera que no. Pero hay mucha diferencia entre rezar y orar. El Evangelio constata que yo hacía oración. Es verdad. Estaba en constante comunicación con el Padre. Que eso es oración. Rezar, en cambio, lo puede hacer también un disquete. Lo pones en marcha, y va repitiendo lo que previamente se le ha grabado. Pero no se entera. Si esto mismo lo aplicas a las personas, te encontrarás con que muchas de ellas rezan mucho. Tanto, que les resulta una cosa mecánica. Con lo cual no se enteran ni lo que recitan. Y su mente en ese momento está muy lejos de Dios. Te recomiendo la oración. Esa que las máquinas no pueden hacer. Estas pueden rezar, pero no orar.

Te recomiendo al respecto, que te fijas en aquel pasaje del Éxodo. Cuando Josué luchaba contra los amalecitas. Ilustra muy bien lo que te estoy diciendo. Lo que es, y el sentido, de la oración. La batalla estaba encarnizada. Los amalecitas atacaron a Israel en Rafidim. Israel tenía todas las de perder. Moisés sabía que sólo Dios podía salvarlos. ¿Qué hizo? Se fue al monte, a ponerse en contacto con Dios. A hacer oración. Brazos en alto, Moisés oraba. Mientras oraba, la batalla se decantaba a favor de Israel. Pero, claro, llegó un momento en que se cansó de tener los brazos en alto. En cuanto los bajaba, la batalla se inclinaba a favor de Amalec. Pidió entonces que le sostuvieran los brazos en alto. *“Moisés se sentó sobre la piedra, mientras Aarón y Jur le sostenían los brazos, uno a cada lado”* (Ex 17,12). Fue así como Josué derrotó a Amalec. Es el poder de la oración. Nada que ver con los rezos. Y no te digo que los rezos estén mal, siempre y cuando sean un modo, aunque imperfecto, de orar.

Una manera segura, eficaz, práctica, fácil, de hacer oración es tomar la Biblia, sobre todo el Nuevo Testamento. Concéntrate en los lees. No tengas prisa. Verás cómo de inmediato te pones en comunicación con Dios. Porque, mira, la oración consiste fundamentalmente en abrir el corazón a Dios. Ponerse en comunicación con él. Con la confianza de un hijo. Para esto no hace falta preparar discursos. ¿Has visto tú a algún niño que para hablar con su padre prepare antes las palabras que le va a dirigir? Evidentemente que no. El niño va directo a su padre. Se expresa con las palabras que en ese momento se le ocurran. Y aunque se trabuque, su padre le entiende perfectamente. Y lo abraza. Y lo acaricia. Pues recuerda, Dios es el Padre.

Y bien, ya que estamos hablando de la oración, y sobre todo de la necesidad de perseverar en ella, pon atención a este párrafo del *Documento conclusivo de la Conferencia general del episcopado latinoamericano y del Caribe, en Aparecida (Brasil) (13-31 mayo 2007)*:

“En las Comunidades eclesiales de América Latina es notable la madurez en la fe de muchos laicos y laicas activos y entregados al Señor, junto con la presencia de muchos abnegados catequistas, de tantos jóvenes, de nuevos movimientos eclesiales y de recientes Institutos de vida consagrada. Se demuestran fundamentales muchas obras católicas educativas, asistenciales y hospitalarias. Se percibe, sin embargo, un cierto debilitamiento de la vida cristiana en el conjunto de la sociedad y de la propia pertenencia a la Iglesia católica debido al secularismo, al hedonismo, al indiferentismo y al proselitismo de numerosas sectas, de religiones animistas y de nuevas expresiones seudorreligiosas”.

Como si fuera una fotografía. Ha quedado nítido el pensamiento expresado en este párrafo. *“Madurez en la fe de muchos laicos y laicas activos y entregados al Señor”*. Cierto. Muy bien reflejado. Pero dice también: *“Se percibe, sin embargo, un cierto debilitamiento de la vida cristiana”*. Cierto también. ¿Sabes dónde se encuentra la clave de tal debilitamiento? Sucede cuando se afloja en la oración. La oración es fundamental. Es el cimiento de todas las obras que se realizan en pos de la evangelización.

Y ya que hemos traído a colación el Documento de Aparecida, concluyamos con otro párrafo de Aparecida, cuando lanza esta pregunta: *“¿Quién conoce a Dios? ¿Cómo podemos conocerlo? No podemos entrar aquí en un complejo debate sobre esta cuestión fundamental. Para el cristiano el núcleo de la respuesta es simple: sólo Dios conoce a Dios, sólo su Hijo que es Dios de Dios, Dios verdadero, lo conoce. Y Él, “que está en el seno del Padre, lo ha contado” (Jn 1, 18).*

¿El mejor modo de conocer a Dios? La oración. Por eso te he dicho que vivo en quien persevera en la oración.

VIVO EN...

EN QUIENES BUSCAN PORQUE ENCUENTRAN

“Quien busca encuentra” (Mt 7,8)

Lo dije en cierta ocasión: *“Quien busca encuentra”* (Mt 7,8). Efectivamente, todo el que me busca me encuentra. Incluso, cuando y si alguien no me busca, procuro hacerme el encontradizo. Verás que la historia está llena de personas cuya vida ha cambiado tras haberse encontrado conmigo. Repasa la Historia. Verás esa ingente muchedumbre de hombres y mujeres que a lo largo de los siglos han optado por una vida religiosa, coherente, cristiana. Y se han consagrado a mí. Muchos y muchas a través de la consagración por los votos religiosos en las distintas Órdenes y Congregaciones religiosas. La Iglesia no sería lo que es sin la vida religiosa. La Iglesia no ha crecido por el poder, aunque haya quien se ha arrimado al poder, sino por una profunda espiritualidad, tanto a través de la vida conyugal, como de la vida consagrada, dedicada a servir a los demás.

Mi querido apóstol Juan, enamorado de Dios, quiso transmitirlo lo maravilloso que es Dios. Y lo resumió en tres palabras: *“Dios es amor”* (1Jn 4,8). Que Dios es Amor, a la vista está. Y mi amado Pablo añadió: *“En Cristo Dios nos eligió desde antes de la creación del mundo para andar en el amor y estar en su presencia sin culpa ni mancha”* (Ef 1,4-5). Ciertamente. Y este amor ha sido derramado en el mundo a manos llenas por medio de mí. Por eso y para eso me envió el Padre al mundo.

Sí, vivo en quienes buscan. Por ponerte un ejemplo, piensa en estos dos personajes, tomados al tun-tun entre millones, como pueden ser: K. Gibrán y M. Lutero. También ellos se quedaron contigo. Si los traigo a colación, es simplemente por resaltar un par de frases. K. Gibrán decía: *“Cuando ames, no debes decir: Tengo a Dios en el corazón”, sino “estoy en el corazón de Dios”*. ¿Te gusta? Es muy acertado. Hay que estar en el corazón de Dios. Y Martín Lutero, tan detestado por muchos, equivocado en unas cosas y acertado en otras, qué importa, escribió: *“Dios no me ama porque soy bueno y hermoso, sino que me hace bueno y hermoso porque me ama”*. Ciertamente. Dios es Amor. Dios te ama, no lo olvides. Y lo bueno del amor, que es difusivo.

No lo olvides. Dios te ama. Y yo me identifico con el Padre. Recuerda que lo dije: *“Yo y el Padre somos uno”* (Jn 10,30). Mira, te digo más. Dios es la Verdad. Sabes que a Pilato le respondí, en el juicio sumarísimo que romanos y judíos me hicieron, y en el que me condenaron sin piedad: *“Yo he venido al mundo para dar testimonio de la Verdad”* (Jn 18,37).

Dios-Padre-Amor. ¿Ves?, tres palabras que se proyectan sobre las personas, y por las que resulta fácil entender el sentido de la vida. Te he dicho

que el Amor es difusivo. De ahí que la primera proyección del Amor se dirija a la vida. Sin Dios no existiría la vida. Nada existiría. La vida es propiedad de Dios. Por eso la vida es sagrada. Y por serlo, la vida tiene que desembocar en santidad. De otro modo se produciría un terrible desajuste.

Dios es Santo. Por consiguiente, todos estáis llamados a ser santos, como Dios es Santo. Piensa, el ser humano no es un simple animal, que nace, se reproduce y muere; sino un ser racional dotado de alma y cuerpo. La llamada a la santidad es inherente a todo ser humano, independientemente de la religión que profese. Métete esto en la cabeza: independientemente de la religión que profese.

Y si me preguntas en qué consiste la santidad, te diré: la Santidad, en primer lugar, consiste en ser gente normal y corriente. Hay quien piensa que la santidad no va con ellos; que la santidad es para gente de otra galaxia, o algo así. La santidad está al alcance de todos. No consiste en hacer milagros. Si yo los hice, fue por el poder de Dios, pero siempre exigí una actitud de fe en quien imploraba una curación, o algo semejante. La fe obra milagros, soléis decir. Es que, sin fe no hay sintonía con Dios. De modo que la santidad no es para unos cuantos privilegiados, o para gente rara. Nada de eso. Es para gente común y corriente. Y mira, ante Dios todos sois iguales. Recuerda lo que está escrito: *“Sed santos como yo soy santo”* (1 Pe 1,16). Mi querido apóstol Pedro, recoge y cita el pasaje del Levítico, al hablar de la santidad del Padre: *“Santificaos, pues, y sed santos, porque yo soy el Señor vuestro Dios”* (Lev 19,2). Simplificando lo dicho, la santidad consiste en imitar la Santidad de Dios.

No es suficiente con decir: *“Creo en Dios”*. O bien, *“soy creyente”*. Sino que hay que *“confesar con el corazón y con los labios”* (Rom 10,10). Confesar con el corazón es estar convencido. Confesar con los labios significa dar a conocer a los demás el amor que Dios tiene a todos. El Amor es la señal de Dios. Y mira, el universo entero está lleno de las señales de Dios. Comenzando por la vida. Es la primera señal de Dios. ¿Y qué es la vida sino la ternura de Dios, de la que hace partícipes a todos los seres creados?

Así, pues, vivo en quienes buscan. Reitero lo que dije en el Evangelio: *“Quien pide recibe, quien busca encuentra, a quien llama se le abre”* (Mt 7,8).

VIVO EN... **EN QUIENES DICEN SÍ A LA VIDA**

*“Pecador me concibió mi madre”
(Sal 50, 7).*

Repetidas veces, el Evangelio me presenta caminando por la orilla del lago de Genesareth, Tiberíades, o Kinéret por su forma de arpa, tan querido para mí. Le tuve siempre especial cariño. Fui el primer *pescador de hombres*, los apóstoles, a quienes encomendé la misma misión. Ellos deberían extender el Evangelio por el mundo entero. Les dije: *“Seguidme, y os haré pescadores de hombres”* (Mt 4,19).

Este lago, con sus 212 metros bajo el nivel del mar, el más profundo del mundo de agua dulce, me invitaba a reflexionar. Siendo Dios, *me anonadé*, como recuerda Pablo en la carta a los filipenses (Flp 2, 7-17) hasta lo más profundo. No me importó. Nací pobre en Belén. Y pobre morí en la cruz. Pasé desapercibido la mayor parte de mi vida. Vine a salvaros y quise ser uno más entre los humanos. Fue el modo de manifestar el amor de Dios para con el hombre.

El entrañable lago era para mí como un jardín de libertad, donde iba creciendo mi personalidad. Ese jardín de libertad personal que ha de ser reducto bien custodiado por cada persona. Ya sabes que la libertad va con las potencias del alma. A diferencia del cuerpo. El cuerpo se rige por las leyes de la naturaleza. De tal manera, que si las piernas andan torpes, o no pueden caminar, difícilmente podrá nadie subir al Everest, al Aconcagua, al Tabor, o la media docena de escalones del Ayuntamiento. Y si la vista se apaga, no se podrán ver más estrellas que las producidas si uno se da un golpe.

Tanto a la orilla de un lago, o del mar, como en las alturas, el alma se recrea. Y el cuerpo se oxigena. Como que uno se siente más cerca de Dios. Me dirás ¿qué tienen las montañas? Tienen que humanizan. Te hacen sentir pequeño, y al mismo tiempo muy cerca de Dios. Has viajado por los Andes, ¿no te ha impresionado el silencio? Sí, ¿verdad? En el silencio de la montaña, como que es más fácil oír la voz de Dios. Se comprende también mejor la grandiosidad de Dios, reflejada en la belleza de la Creación. Y la Creación es Vida.

Volvemos a lo de siempre. Dios es el autor de la Vida. De toda vida. Dios es el Sí total a la Vida. Ya ves lo que dice la canción mexicana, *“La vida no vale nada”*. Vaya que sí vale. Pero está amenazada por las cuatro esquinas. Por la violencia de los terroristas, en primer lugar. Y por otro terrorismo, muy solapado y terrible, que hasta vergüenza da mencionarlo: el aborto. ¿No te has preguntado alguna vez, con qué derecho ciertos legisladores se atreven a promulgarlo? ¿Quiénes son ellos, para atreverse a enmendar la plana a Dios? El quinto mandamiento es rotundo: *“No matarás”*. La vida es propiedad exclusiva de Dios. Nadie, con un mínimo al menos de dignidad puede suprimir éste o cualquiera otro de los Mandamientos. Las leyes se promulgan para ordenar el bien, de cada uno y de todos.

Yo di mi vida para que todos tengáis vida. Pero la sombra de Herodes es alargada. La vida vale, ¡claro que vale! Hay que defender la vida. No se trata de una cuestión religiosa. La vida es anterior a cualquier religión. Y está por encima de todas las religiones. Se trata de humanidad y humanismo. ¿Han pensado alguna vez los abortistas y defensores del aborto, si les hubiera gustado que su madre hubiera hecho lo mismo con ellos o ellas? Hay que ser consecuentes. No se puede querer para los demás lo que no se quiere para uno mismo.

Bien es verdad que nadie estáis libres de pecado. Ciertamente. Por eso, y contra aquellos que ven pecado únicamente en los demás, y nunca en ellos mismos, dije: *“La primera piedra que la lance aquel de vosotros que esté libre de pecado”* (Jn 8,7). Debe haberse llenado de polvo la piedra, porque nadie la tocó. Ahí quedó. Todos se escabulleron de golpe.

Se necesita una conversión tanto a nivel personal como social. Bien lo reconoce el salmista: *“Pecador me concibió mi madre”* (Sal 50, 7). El problema está cuando se pierde el sentido del pecado. Gravísimo si son los legisladores quienes lo han perdido. Es imprescindible, pues, dar un Sí a la Vida. En contra de todos los Herodes de la actualidad. Te cito a Herodes desde mi experiencia personal. Conoces muy bien el pasaje evangélico. No había cumplido ni dos años. Menos. Y mis padres tuvieron que salir pitando hacia Egipto, para salvarme. Ya ves. Me convertí en el primer emigrante. Niño indefenso como era, y ya me andaba buscando el sanguinario Herodes. *“Levántate, toma al niño y a su madre, huye a Egipto y permanece allí hasta que yo te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo”* (Mt 2,13). Egipto salió ganando con mi visita inesperada.

Hay que dar un rotundo Sí a la Vida. Yo vivo en quienes dicen Sí a la Vida.

VIVO EN... **EN QUIENES ESTÁN ALEGRES EN EL SEÑOR**

*“Estad siempre alegres en el Señor;
os lo repito, estad siempre alegres” (Fil 4,4).*

Resulta que cuando celebráis un acontecimiento importante, pongamos la fiesta de un pueblo, de un barrio; la llegada de un personaje importante; la celebración de una olimpiada; o el cambio de milenio. Este no acontece cada rato, ¿verdad? Y en fin, de otros acontecimientos más, hacéis una serie de preparativos. Y está muy bien.

He aludido al cambio de milenio. Mil años. Quitemos años y dejémoslo en días. Mil días. Recuerda el salmo: *“Vale más un día en tus atrios, que mil en otras parte”* (Sal 84,11). ¿Por qué no cambiaría el salmista un solo día de bienestar, por mil vacíos? Es obvio. ¿De qué y para qué sirven mil días vacíos? En cambio, un solo día lleno de felicidad, no tiene precio.

El modo que tenéis los humanos de dividir el tiempo, es convencional. De acuerdo. Pero cuando acontece un cambio coyuntural, como es finalizar un milenio y empezar otro, como quiera que eso no acontece a cada rato, ni todos les coincide un cambio de milenio en su vida, es natural que aquellos que lo viven, lo celebren. ¿Qué la partición del tiempo es convencional? Vale. Pero está muy bien alegrarse y festejar estas efemérides. Lo que no es correcto, convertir ciertas fechas en tabú.

Aunque el tabú sólo radica en la mente de quien se lo cree, o intenta que otros se lo crean, y no corresponde a realidades objetivas, pueden hacer mucho daño. Hay gente que se dedica a pronosticar catástrofes, espantos telúricos, y cosas semejantes. Y hay gente que se lo cree. Y que llega a angustiarse. Y hasta enfermarse. Por supuesto, luego sucede que no sucede nada. Valga la redundancia. Pero imagínate que por un casual, coincidiera un terremoto importante con un cambio de siglo, o milenio, enseguida saltarán los agoreros: *“¿Ven? Esto estaba ya vaticinado”*. No hay tal. El terremoto hubiera sucedido igual, con o sin cambio, de siglo, o milenio.

Ahora bien, y fíjate a dónde quiero llegar. Es importante aprovechar las efemérides, importantes o menos importantes, para renovar las mentes y los corazones. Ya ves, con ocasión del cambio de milenio, el Papa organizó una celebración jubilar. Jubilar, como sabes, viene de júbilo. Y júbilo es alegría. Jubiloso, alegre. Ahora bien, yo te digo que no hay por qué aguardar, sólo, a que haya acontecimientos especiales. Los cristianos necesitáis tener el corazón alegre, contento, siempre. ¿Qué dice Pablo? *“Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad siempre alegres”* (Fil 4,4).

Te garantizo que tendréis el corazón alegre en la medida de vuestra fidelidad a mí, y al Evangelio. No me cansaré de decirte que a mí me gusta que la gente esté contenta. Que la gente sea feliz. No con una felicidad vacía, sino con la que llena el corazón. Hay mucha alegría por ejemplo cuando hay amor y respeto al prójimo. Y a la naturaleza. Y al cosmos, que es vuestro hábitat. En una

palabra, amar a todas las cosas. Sin olvidar que la caridad empieza por la propia casa. Si gustas, puedes repasar al respecto la segunda Carta a los corintios (2Cor 8,16-9,5).

De modo que, celebrad con gozo y alegría los acontecimientos importantes. Pero sin perder los estribos. Ya ves lo que está sucediendo con la Navidad. Mientras unos la celebran, bien conscientes de estar celebrando mi Nacimiento, otros la están, y se están, desbarrancando. Una Navidad sin Mí no es Navidad.

No estará de más ponerse a pensar, y ver que la súper-sofisticada era de la computarización en que os encontráis no debe envolveros. Os asfixiaría. No os dejéis dominar por los grandes avances de la ciencia, de la técnica, de la computarización. Para algo os ha dado Dios la inteligencia. Sois lugartenientes de Dios. Mira, recuerda a Orwell. Como a tanta gente, te fascinó su famoso *1984*. Intrigante, certero en su momento. Y ya ves, hoy ha quedado casi obsoleto. Cada día surgen nuevos descubrimientos. Es fabuloso. Pero poned todo lo nuevo al servicio del hombre. El hombre no puede, no debe, claudicar de su inteligencia, de su libertad, ni de su espíritu, de divina hechura revestido. Dios ha llenado de Luz y de Amor el cosmos infinito. Y todo, para que fuerais felices. Acabas de ver que vivo también en quienes está alegres en el Señor.

VIVO EN... **EN QUIENES NO ABUSAN DE LOS DEMÁS**

*“No hay remedio para el mal del orgulloso”
(Eclo 3,28).*

¡Qué difícil resulta a muchas personas conformarse con lo que tienen! Buscan más y más. Terminan, en su egoísmo, abusando de los demás. La prepotencia es uno de los pecados que más atacan a la sociedad. Cuando alguien pretende ocupar los primeros puestos, ¡malo!, acaba pisoteando los derechos ajenos. ¡Ay, la prepotencia! Está muy unida con la vanidad y la ostentación. Dejé constancia de esto con ocasión de un banquete al que fui invitado. Vi que algunos buscaban situarse en los primeros puestos. Pasaban de los demás olímpicamente. No me quedé callado. *“Si te invitan a un banquete de bodas, no te coloques en el primer lugar, porque puede ser que haya sido invitada otra persona más importante que tú, y cuando llegue el que os invitó a los dos, tenga que decirte: Déjale el sitio, y así, lleno de vergüenza, tengas que ponerte en el último lugar”* (Lc 14,8-9).

La humildad está en el camino de la verdad. La prepotencia, en el de la falsedad. No te extrañe que se produzcan tantos enfrentamientos y conflictos entre la gente *trepa*. No tienen más horizonte que su propia persona. Para estos, los demás no cuentan. El camino que yo propuse es el de la humildad. El humilde es agradecido. El soberbio, un egoísta redomado.

Esto que te digo, ya lo había captado el Eclesiástico: *“No hay remedio para el mal del orgulloso, porque una planta maligna ha echado raíces en él”* (Eclo 3,28). En verdad te digo que, en actitud humilde se llega muy lejos. El humilde tiene en cuenta a los demás. La humildad beneficia a todos. Pero la humildad, en el mundo actual, es un bien escaso. *“El más grande entre vosotros será el que os sirva, porque el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado”* (Mt 23,11.12).

El humilde no tiene ningún inconveniente en codearse con los más pobres. *“Cuando des un banquete, invita a los pobres, a los lisiados, a los paralíticos, a los ciegos. ¡Feliz de ti, porque ellos no tienen cómo retribuirte, y así tendrás tu recompensa en la resurrección de los justos”* (Lc 14,13-14). ¿Qué otra es, si no, lo que hacen tantos y tantos misioneros y misioneras, en países de misión, con la gente más pobre? Personas que sin la labor ingente de los misioneros no podrían sobrevivir. ¿Se interesan por ellos sus gobernantes?

Se habla de la sociedad del bienestar. ¿Qué sociedad es esa? ¿Y para quién? Repetidas veces llamé hipócritas a los fariseos. Hoy tendría que repetir las mismas palabras. ¿Esto no es correcto, políticamente hablando, verdad? Entonces, buena señal. Desconfía cuando alguien te diga que lo que dices es políticamente correcto. La política de Dios va por otro camino. Dios no tiene otra política que la del Amor.

Si por un milagro, de esos que no suelen darse, los poderosos del mundo optaran por la humildad, verías qué pronto el mundo cambiaría. Habría trabajo para todos. Habría pan para todos. Y la dignidad de las personas estaría a la orden del día.

Y esto que te digo, no pienses que va sólo por la gente que no pisa la iglesia. También la misma Iglesia necesita un baño de humildad. No toda la gente de Iglesia es misionera. También en la Iglesia aparecen, con demasiada frecuencia, los trepas. Os lo están diciendo los últimos papas. Pero hay muchos oídos sordos. Si la Iglesia tiene una composición vertical, no es para que haya rangos de poder. No es para que haya príncipes de la Iglesia. Es simplemente para que haya una estructura de organización, y de este modo, se pueda servir mejor a todos. La Iglesia está al servicio de los demás. Es cierto que en gran medida esto se cumple. Es cierto que es una comunidad de amor y fraternidad. Es cierto que los movimientos nacidos de la Iglesia, la pastoral, y sobre todo la evangelización de vanguardia, está transmitiendo al mundo el Amor que yo puse como distintivo de mis seguidores. Pero aún se puede hacer más.

Cuanto más humilde sea, más bien hará la Iglesia a todos. Más atraerá al redil a las ovejas descarriadas. Y cuando digo descarriadas, añado que muchas de estas ovejas lo están porque nadie se ha preocupado de ellas. Más te digo. Muchas personas que entran en el redil del rebaño, donde yo soy el Buen Pastor, lo hacen al ver la labor ingente que realizan los misioneros y misioneras. Son el testimonio más fehaciente de un trabajo hecho con humildad. Y sin esperar nada a cambio. Eso es amor. Eso es humildad. Son casi, casi, los únicos que no abusan de los demás. ¿Cómo no he de vivir, pues, en ellos?

VIVO EN... **EN QUIENES SUFREN TENTACIONES**

*“El diablo, como un león rugiente,
anda buscando a quién devorar”
(1Pe 5,8),*

Y quién no es tentado, ¿verdad? Todos estáis sometido a las tentaciones. Lo cual es motivo más que suficiente para que me preocupe y ocupe de vosotros. Así que no te extrañe que te diga que vivo en quienes son tentados.

También yo fui tentado por el diablo. Y eso que me llamáis el Hijo del Hombre. Precisamente por eso, porque soy también hombre. Sabes que antes de lanzarme a predicar la Buena Nueva, me retiré al desierto. Necesitaba hacer un retiro serio. Cuestionarme mi identidad, la misión que el Padre me confiaba. En una palabra, estar seguro de cuál era el sentido de mi paso por este mundo. Y en el desierto, en la soledad, donde nadie me distrajese, en oración y penitencia, pasé cuarenta días y sus cuarenta noches. Sí, fue un retiro largo. A conciencia.

Pero como el diablo anda siempre muy listo, recuerda lo que escribió mi querido apóstol Pedro: *“El diablo, como un león rugiente, anda buscando a quién devorar”* (1Pe 5,8), viendo que yo estaba debilitado por el ayuno y la penitencia, se dijo: esta es la ocasión. Esta es la mía. A éste lo tumbo a las primeras de cambio. Y se presentó tan campante, tan fresco, tan descarado. No lo olvides, el diablo es un descarado.

¿Que qué tentaciones me puso? Las mismas que a vosotros. Y si me apuras, las mismas que había puesto a Adán y Eva. Lee el Génesis (Gn 2,7-9.3,1-7). ¿No había creado Dios al hombre, varón y mujer, para ser feliz? ¿No lo había puesto en el paraíso terrenal? Por ahí comenzó. El diablo les presentó un paraíso mejor. Les habló de otra felicidad mayor. Naturalmente, esa felicidad que el diablo ofrecía rompía el plan de Dios. Muy zalamero, el muy sinvergüenza, les camufló el *“Árbol de la vida”*, símbolo de la inmortalidad, por un árbol mortal. Les camufló el *“Árbol del conocimiento del bien y del mal”*, convenciéndolos de que podían prescindir de Dios, de que ellos eran autosuficientes. En una palabra, que no necesitaban de Dios. Cuando quisieron darse cuenta, ya era tarde. Se habían quedado *desnudos*, es decir, los había despojado de su dignidad. Estaban perdidos. Habían perdido la dignidad de que Dios les había dotado. Todo esto podríamos resumirlo en dos palabras: *Ambición y orgullo*. Ambición, ser como Dios, pero sin Dios. Orgullo, creerse lo que no se es. Autosuficientes. Y ya ves el resultado.

Cuando el entrañable Mateo describe las *tentaciones* (Mt 4,1-11) a las que fui sometido, no alude a Adán, ni a Eva. Simplemente, describe las tentaciones en versión más actual, a modo de que entendáis mejor. Las tentaciones del *paraíso terrenal*, que presenta el Génesis, están descritas en un lenguaje que podríamos llamar lírico. Hasta bucólico. No en vano, todo transcurre en un jardín. Y se transmiten en la forma de una hermosa catequesis. Pero ¿qué es sino orgullo y prepotencia *convertir las piedras en panes*? *“Si eres el Hijo de Dios, manda que estas piedras se conviertan en panes”* (Mt 4,3). No sucumbí al pecado de

orgullo. Ni a la tentación de la riqueza. Tan sutil: "tener más": dinero, bienes, confort, comodidad... En una palabra: ambición. Ni cedí a la tentación del prestigio, ni del poder. ¿A quién no le gusta ser elogiado, que le tengan en palmitas, aparecer en todos los telediarios?

Al rechazar las tentaciones, no pensaba únicamente en mí. Mi dignidad como Hijo del Padre estaba por encima de todo. Pensaba también en vosotros. Mi ejemplo es un buen aliciente para vosotros. Sí, pensaba en vosotros. Os quiero fuertes, valientes. Ahora bien, por vosotros mismos no lo podréis conseguir. Sois débiles. Estáis tocados por el pecado de los orígenes. Pero conmigo lo podéis todo.

Y antes de terminar, quiero también añadir: cuando el diablo os tienta, no huyáis, no os escondáis, ni tengáis miedo. Imitad mi ejemplo. ¿Qué hice yo? Dar la cara al tentador. Y retarle en su mismo campo. Y con su mismo lenguaje. Cada tentación, la adobó con citas bíblicas, el muy taimado. Pues con citas bíblicas lo fui apabullando. No tuve miedo cuando me puso en tejado del templo. Ni cuando me subió a una montaña alta para mostrarme sus dominios. Era una verdad a medias, pero algo de verdad había en eso de que eran sus dominios. Mucha gente se le había entregado, entonces como ahora. Pero calló decir que había también gente que no le pertenecía, entonces como ahora. Hasta que me harté de sus majaderías y marrullerías, y lo largué lejos para siempre.

Lo dicho, al diablo hay que hacerle frente. Vosotros sois más fuertes que él, a pesar de vuestra debilidad. Y ten en cuenta que yo estoy con vosotros, porque también vivo en quienes sufren tentaciones.

VIVO EN...

EN QUIENES VAN POR LOS CAMINOS DE DIOS

*“Yahvé dijo a Abram:
"Sal de tu tierra, y de tu parentela"
(Gn 12,1)*

Los niños, por su candor e inocencia, suelen ser confiados. Carecen de prejuicios. Si están en brazos de su madre y alguien se acerca, y les hace una caricia, lo más probable es que se deje tomar en brazos por esa persona. Que le es desconocida, pero se fía. En parte, porque ha visto la actitud de su madre. Actitud de confianza. Y es que, la confianza es una virtud solidaria. Por gracia, es fácil encontrarla. Incluso te digo, yo mismo tengo confianza en la confianza. No es un juego de palabras. Sin confianza no se puede dar un paso.

Vamos a ver. Bíblicamente hablando, ¿sabes quién se hizo famoso por su fe? Si hablamos de fe, estamos hablando de confianza. Ambas van muy unidas. Y tan unidas. Así es. Imagínate. Alguien que no tuviera fe en una persona, ¿iba a fiarse de ella? En absoluto. Eso es. Correcta tu respuesta. Efectivamente. Fue Abraham. Bien. Ahora lee tú mismo lo que dice la Biblia al respecto: *“Yahvé dijo a Abram: "Sal de tu tierra, de tu parentela y de la casa de tu padre, y vete al país que yo te indicaré. Yo haré de ti un gran pueblo, te bendeciré y engrandeceré tu nombre, el cual será una bendición. Yo bendeciré a los que te bendigan y maldeciré a los que te maldigan. Por ti serán bendecidas todas las naciones de la tierra" (Génesis, 12, 1-3).*

Vale. Vamos por partes. Lo primero: Dios llama a Abrahán, y le invita a dejar su tierra y la familia y a salir camino de otra tierra. ¿Ves? El protagonismo lo lleva Dios. Como no podía ser de otro modo. Vale. ¿Por qué elige Dios precisamente a Abraham? Muy sencillo. Porque quiere que sea una señal de Dios para la humanidad. Lo segundo: Dios lo bendice y le hace la promesa de una familia numerosa. Y como Dios no hace las cosas así porque sí, ¿qué significado crees que puede tener esa bendición? Pues servir de testimonio de la Salvación que Dios ofrece a todos los pueblos. Así es. Seguimos. En tercer lugar, Abrahán se pone en camino. Se ha fiado de Dios, ha confiado plenamente en él. Ha entendido el proyecto de Dios y se dispone a ponerlo en marcha.

Esto es genial. Cuando hay confianza, cuánto se puede avanzar. La confianza es también fuente de progreso. Confiar en la Palabra de Dios, se convierte en fuente de felicidad y seguridad para el creyente. Y ahí tenéis un modelo de una fe obediente. Y te digo, no pienses que tener fe significa caminar sobre pétalos de rosas. Abraham pasó por el trago amargo de tener que sacrificar a su hijo Isaac. Aunque, como sabes, no hubo que llegar a ese extremo.

Y aún podríamos añadir otro aspecto. Muy importante, por cierto. Abraham salió *hacia otra tierra* que Dios le propone. Pues mira, vosotros, y al decir vosotros, no me refiero sólo a los cristianos, sois, permíteme la expresión, abrahames, o sea, peregrinos en busca de una *Tierra Prometida*. Una Tierra que está más allá de la comodidad de uno, o de los propios sueños y proyectos. Necesaria, pues, la fe, la confianza. La vida está llena de caminos. Se trata de dar

con el que uno debe seguir. Y te lo aclaro con dos casos. Los tienes en el Evangelio. Mira que había empleado yo tiempo y paciencia para catequizar a mis discípulos. Pues algunos, el colmo, incluso el día de la Ascensión aún dudaban de mí. Toma el Evangelio en san Mateo: *“Los once discípulos fueron a Galilea, a la montaña donde Jesús los había citado. Al verlo, se postraron delante de él; sin embargo, algunos todavía dudaron”* (Mt 28, 16-17). No me dirás que no hay que tener paciencia. Menos mal que unos días más tarde el Espíritu Santo iba a purificar esas mentes con su fuego divino.

El segundo caso, lo tienes igualmente en san Mateo (Mt 17,1-9). Íbamos camino de Jerusalén. Veía a los discípulos un tanto confundidos y desanimados. Para colmo, le fui anunciando la Pasión. Esto no encajaba en sus mentes. ¿Qué hice? Tomé conmigo a Pedro, Santiago y Juan. Los llevé al Tabor, y allí dejé que vislumbraran la gloria de la divinidad. Me transfiguré. Al pronto se asustaron. Pero enseguida encontraron la paz y la alegría. Más. Fueron testigos de la presencia de dos importantes personajes: Moisés y Elías. Ambos representaban para los israelitas todo el Antiguo Testamento. Pero, lo verdaderamente importante. Es que pudieron enterarse, sin opción para las dudas, quién era yo. *“El Hijo amado del Padre”* (Mt 17,5). Así es. Con esto les estaba indicando, bien a las claras, que seguirme a mí no era un camino equivocado.

La visión duró un instante. Para cuando quisieron salir de su sorpresa y asombro, había desaparecido. Tan a gusto se sintieron que estaban dispuestos a poner tiendas de acampada permanente en el Tabor. No se lo permití. En la Transfiguración, pudieron descubrir la belleza de cada ser humano, y de toda la Creación. Volver a la cotidianidad significó para ellos que, aunque la vida pueda resultar ardua muchas veces, todos los caminos están trillados por los pasos del Abraham de todos los tiempos. Caminos iluminados por la luz de la fe y la confianza. Caminos que llevan a Dios. Por eso, yo vivo en quienes van por estos caminos. Los caminos de Dios.

VIVO EN... **EN TODA LA HISTORIA DE LA SALVACIÓN**

*“Si a mí me han perseguido,
os perseguirán también a Vosotros”
(Jn 15,20).*

Me gusta responder a las preguntas que me haces acerca de *dónde vivo*. Menos mal que no me preguntas *dónde no vivo*. No sabría responder. Yo me hice todo para todos. A la pregunta de hoy, respondo que *vivo en toda la Historia de la Salvación*.

Y para que me entiendas mejor, retrocedamos un poco en el tiempo. A cuando el Pueblo había regresado del exilio. Se imaginaron que iban a encontrar el país como se fueron. Con la alegría del retorno, se imaginaron un reino de paz, de bienestar y de justicia. Pronto les llegó la desilusión. ¿Qué encontraron? Lo primero, ruinas por todas partes. Es entonces cuando el profeta Malaquías les dice Dios no los va a abandonar. Que Dios interviene en la Historia. Que hace triunfar el bien sobre el mal. Les presenta el “*Día del Señor*” (Ml 4,1-2). Es decir, Dios actúa aquí y ahora. Siempre. Porque Dios está inmerso de lleno en la vida de cada persona. Aunque muchos no se den cuenta.

Mira, cuando Lucas escribe su versión del Evangelio, han pasado unos cincuenta años de mi muerte. En ese breve periodo de tiempo han ocurrido muchas cosas. Ha habido guerras, revoluciones. Ha tenido lugar la destrucción del Templo de Jerusalén. Y los cristianos, mis seguidores, están siendo perseguidos por los judíos y por los romanos. De este modo, Lucas presenta, en el *Evangelio*, tres momentos de la Historia de la Salvación: La destrucción de Jerusalén, el tiempo de la Misión de la Iglesia, y la Venida del Hijo del Hombre. (Lc 21,5-19).

Los cristianos, mis seguidores, nunca lo han tenido fácil. Yo lo había anunciado claramente: “*Si a mí me han perseguido, os perseguirán también a Vosotros*” (Jn 15,20). No faltó quien pensara que todo eso era una señal del fin del mundo. Pues no. Por consiguiente, era necesario tener las ideas claras. Lucas, entonces, indica, y recoge, dos actitudes a tener en cuenta que yo había propuesto, a saber: No dejarse engañar por los falsos profetas. Y no perder la esperanza. Porque, repito, Dios está siempre con vosotros.

Recuerda aquel día. A los discípulos se les hacía la boca agua mostrándome la grandiosidad del Templo. Parecían guías turísticos. Y ciertamente que el Templo era precioso. Yo aproveché la ocasión para indicarles que esa estructura estaba superada. Que había que cambiarla por otra. Se quedaron mudos de asombro. ¿Por otra? Les dije: “*Llegará un día en que no quedará piedra sobre piedra: todos será destruido*” (Lc 21,6). Llenos de asombro, como te digo, preguntaron: “*¿Cuándo va a ser eso?*” (Lc 21,7). Les contesté: “*Habrà grandes terremotos... hambre y epidemias... aparecerán fenómenos espantosos en el cielo...*” (Lc 21,11). ¿Crees que entendieron?

No era yo profeta de calamidades. Todo lo contrario. Y les alerté. Que no se dejaran engañar. Insistí: *"Cuidado, no os dejéis engañar, porque vendrán muchos en mi nombre"* (Lc 21,8). En verdad te digo, hay muchas personas que hablan, o eso pretenden, en mi nombre de Jesús. Pero no es verdad. No hablan en mi nombre. Hablan por boca de ganso. No hacen sino fantasear. Hay que ser prudentes. No todo lo que se dice, como si fuera mío, lo es. Ni mucho menos.

La Historia de la Salvación no es una historia de miedo. Ni yo vine al mundo para meter miedo. Vine a traer amor. Y alegría. Y esperanza. Por eso remaché, por ellos y por vosotros, mis seguidores: *"Cuando estas cosas empiecen a acontecer, levantaos, alzá la cabeza, porque la Liberación está ya próxima"*. (Lc 21,28).

No lo olvides nunca. La Historia de la Salvación es una Historia en constante construcción. Por eso hay que estar muy atentos a los signos de los tiempos. Como quiera que *el trigo y la cizaña crecen juntos* (Mt 13,30), como también señalé en el Evangelio, hay que estar atentos para no confundir el trigo con la cizaña. Hay signos buenos y hay signos malos. Sabed distinguirlos. En la Historia de la Salvación, al final, cuando llegue la criba, sólo quedará el trigo. La cizaña irá al fuego, a la destrucción, porque no pertenece a la Historia de la Salvación. Reitero, de la Salvación. La misma que abarca desde la Creación del mundo, hasta la Parusía final, donde tendrá lugar el triunfo total y definitivo del Bien. Por eso te digo que vivo en toda la Historia de la Salvación.

VIVO EN... **EN TODAS LAS CULTURAS**

“Yo y el Padre somos uno” (Jn 10,30),

Sé que es parte de la condición humana caer en estados anímicos de añoranza. El archivo de los recuerdos se va llenando más y más cada año que pasa. De pronto, os invade también la nostalgia. La misma que expresó Jorge Manrique en las *Coplas*: “*Nuestras vidas son los ríos que van a dar en la mar*”.

Has conocido vidas largas y vidas cortas. La de Juan el Bautista, el que me señaló como “*el Cordero de Dios*” (Jn 1, 36), fue corta. Como la de los corderos. Nunca mejor dicho. Corta. Los corderos pronto son sacrificados. La mía, sobre la tierra, fue corta. Otras han sido muy largas. A menos a tenor del Antiguo Testamento.

Pues bien, sirva esto de preámbulo, porque a la pregunta de hoy, te respondo: Vivo en todas las culturas. Me dirás: Es que hay culturas que son de muerte. No, no son las culturas, sino los hombres los que matan. No son las religiones las que se enfrentan, sino los hombres. No es la pobreza o la riqueza. Los hombres se afanan por enriquecerse. Todo les parece poco. Y terminan en guerra. Unos, pensando sólo en sus propios intereses. Otros, como si quisieran tener la exclusiva de Dios. Terminan matándose. Mal servicio hacen a las religiones., a los bienes materiales o a la cultura en general.

Ya ves, está avanzado el segundo decenio del siglo XXI. Los comienzos no dan para el aprobado. Me dirás. El siglo XX fue un siglo para olvidar. Por el contrario, te digo yo, conviene recordarlo. Quedaos con lo bueno. Que también hubo muchas cosas buenas. Y aprended de lo malo, para no repetirlo.

Estáis alcanzando espectaculares logros en la técnica nuclear, informática, etc. Maravilloso. Pero falláis en humanismo y humanización. Ahí no dais la talla. Piensa, por ejemplo, en la llamada “*violencia de género*”. Ya sé que mucha gente reza para que esta lacra se acabe. Pero no se acabará mientras el ser humano siga alejándose de Dios. Sexo, droga, guerra. Por ese camino no se llega ninguna parte. Son los ídolos de actualidad.

Me pareció excelente la idea de mi Vicario en la tierra, el papa Juan Pablo II, de dedicar el final de milenio a “*Dios Padre*”. Mucho se escribió entonces sobre el tema. Sabios y entendidos escribieron y divulgaron mucha *teología sobre Dios*. De toda ella, quedaos con esto: *Dios es nuestro Padre*. Esa sí es verdadera teología. Donde la figura del Padre se os hace tiernamente familiar y cercana. ¿No lo invoqué yo siempre con la dulce expresión de *Abbá*?

Te decía que en el siglo pasado hubo también cosas buenas. Por supuesto. A todos los niveles. Si nos fijamos en el teológico. Son importantes los teólogos. A todos los quiero muchísimo. Como, por citar alguno, Hans Urs von Balthasar, Henri de Lubac, Yves Congar, Joseph Ratzinger, Walter Kasper, Hans Küng, el redentorista Bernhard Häring, Leonardo Boff, y tantos más que habría que enumerar.

Sí quiero que te fijas en un detalle. Cuando los teólogos se ponen a hablar de Dios, en general, incluso en concreto del Padre, te habrás fijado que siempre acaban hablando del Hijo. De mí. Y te aseguro que no siempre es por aquello que abiertamente dije: *“Yo y el Padre somos uno”* (Jn 10,30), sino porque del Padre, o del Espíritu, apenas saben nada. Todo lo que saben es a través de mí. Lo cual significa que es importante escribir buenas cristologías. La teología os desborda. Pero seguís llenando el mundo de documentos y más documentos eclesiológicos. Tantos, que no tenéis tiempo ni para leerlos. Y la buena gente, ¿con qué se queda?

Hablad a la gente de mí, que por algo os dije que *“soy el camino, la verdad y la vida”* (Jn 14,6). Entonces experimentarán que Dios es un Padre bueno, pero bueno de verdad.

Para terminar, me gustaría que también te fijaras en un aspecto muy concreto de Dios. No suele aparecer en los libros. Que Dios es Cultura. Así como suena. ¿Qué te parece? De algún modo lo expresó Juan Pablo II en el discurso a los Oficiales del Ejército Italiano, el 9 de julio de vuestro 1984. “

“La auténtica cultura humana es cultura de libertad que emana de las profundidades del espíritu, de la claridad del pensamiento y del generoso desinterés del amor. Fuera de la libertad no puede haber cultura”. Ahora bien, ¿de dónde procede la cultura? ¿Quién ha dotado al hombre del don de la libertad? Exactamente, Dios. Pues bien, si la cultura humaniza al hombre, desde la libertad y belleza que emana de su espíritu, siendo el hombre imagen de Dios como es, Dios es Belleza, Dios es Libertad, Dios es Cultura.

Siempre aprendes algo, ¿verdad? Lo dicho, yo vivo en la Cultura. Pero pongámosla en plural, obviamente. Porque vivo en todas las Culturas.

VIVO EN... **EN TODAS LAS VIDAS**

“E inclinando la cabeza, entregó su espíritu”
(Jn 19,30).

Si te cito la segunda parte del verso: “...que van a dar en la mar”, tú sabes el comienzo, ¿no? Efectivamente. Claro, es muy fácil: “*Nuestras vidas son los ríos que van a dar en la mar*” (Jorge Manrique). Acertada, metafórica, y poéticamente lo expresó muy bien el poeta. No sin un deje de pesimismo y nostalgia.

Mira, ha llovido bastante, como decís vosotros, desde el siglo XV. El cauce de humanidad ha crecido. Hoy sois unos cuantos miles de millones más que eran en el siglo XV quienes habitáis el planeta tierra. Que todos *daréis en la mar*, remedando al poeta, está claro. También yo pasé por el trago amargo de la muerte. “*Hermanos, morir tenemos*”, se saludan los cartujos, como sabes. ¿Conoces la respuesta? “*Ya lo sabemos*”. Efectivamente. A mí me gusta más el enfoque del poeta. La muerte, como un río caudaloso, no se detiene. Inexorablemente termina en la mar. Es decir, la muerte es universal. Nadie se libra de ella. Pero, y esto es lo maravilloso: Esa Mar inmensa es la eternidad. Es el encuentro con Dios.

Soy Jesús, y sin embargo, te digo. Tuve un miedo tremendo a la muerte. Tanto que le dije al Padre: “*Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz*”. Pero de inmediato, le dije también: “*Mas no se haga mi voluntad sino la tuya*” (Mt 26). El Padre Dios aceptó mi sacrificio. Fue un sacrificio voluntario. Fue un sacrificio por amor. Lo que no impide que mi muerte haya sido una muerte trágica, dolorosa. Y gloriosa. ¿Sabes por qué? Porque llenó de esperanza y sentido vuestras muertes. Toda muerte.

Pero hay algo que quiero decirte. Habéis avanzado una barbaridad en conocimiento a todos los niveles. Habéis sido capaces de fabricar cachivaches para vuestro confort y bienestar. Habéis hecho avances increíbles en electrónica. Habéis... Bueno, podríamos pasarnos el día enumerando cantidad de cosas más. Pero... Esta es mi objeción. También hemos fabricado unas cuantas guerras. Muchas. Demasiadas. Ninguna era necesaria. Ninguna. Me dirás que esta es la condición thanática del ser humano. Sí, es la sombra cainita que os acompaña. Y os pregunto: ¿Es que no podéis miraros a la cara los unos a los otros sin tener que bajar la vista, avergonzados? ¿Por qué tanta envidia, tanto odio, tanto orgullo?

No obstante, a pesar de todo lo negativo que podamos enumerar, es mucho más lo positivo que tenéis. El momento de mi muerte quedó recogido en esta escueta y genial pincelada: “*E inclinando la cabeza, entregó su espíritu*” (Jn 19,30). Fue mi morir a este mundo. Y fue resucitar para la eternidad. Con lo cual, la muerte no es una pérdida sino una ganancia. No es un decrecer, sino un crecimiento.

Te gusta contemplar un manantial. En las montañas de vegetación frondosa aparecen muchos manantiales. Apenas un hilo de agua en el origen que va cayendo ladera abajo, con ese son cantarín, rumoroso, fascinante. Termina por hacerse río, alimentado por muchas fuentes o manantiales. Finalmente, desemboca en la mar. Y la mar es inmensa. ¿Ves? Símbolo de eternidad. Así que la muerte es símbolo de Vida. Todos, yo el primero como Primogénito de los muertos, terminamos en la Mar inmensa de la eternidad. Pero conviene que te hagas esta pregunta: ¿Cuántos campos, cuántos desiertos, has regado al paso de tu vida para que no queden infértiles por falta de agua sino que den mucha cosecha? Siguiendo al poeta, puesto que vuestras vidas son ríos que van a dar a la mar, sois, debéis ser, cauces de humanidad.

El poeta juega con la metáfora de los ríos. Pero, ¿de qué habla? ¿De orografía? ¿De hidrología? No. Habla de la muerte. Que puede ser la de un padre, o una madre; la de un hijo, la de un amigo. En definitiva, es la muerte. Y ¿qué la muerte?, te pregunto. Una página en blanco. Donde se escribe con tinta invisible, pero indeleble. El contenido será revelado cuando esa página quede iluminada por la luz de la eternidad. En la página de la vida caben muchas cosas. Lo mismo cabe un poema a la vida, que una elegía. A veces la escritura está hecha con una caligrafía pulcra. A veces aparecen borrones. La vida es así. O así la hacéis.

Para terminar esta conversación. Te digo. La muerte, por más inexorable que sea, tiene también una fuerza humanizadora enorme. Ayuda a valorar la vida; tanto la presente como la futura. En definitiva, la muerte os recuerda que habéis nacido para la Vida. Vuestro destino es vivir. Sois ríos que van a dar a la Mar inmensa de la plenitud de Dios. Pero no olvides: *“Yo soy el camino, la verdad y la vida”* (Jn 14,6). Por eso vivo en todas las vidas.

VIVO EN... **EN TODO TIEMPO Y EN TODO LUGAR**

*“No sólo de pan vive el hombre”
(Mt 4,4).*

Lo has leído en el *Eclesiastés*. Hay tiempo para todo. No te quepa duda. Repasa, si te parece, el principio del capítulo 3. Hay un tiempo para cada cosa. Tiempo para nacer, para morir, para plantar, para arrancar, para matar, para curar, para demoler, para edificar, para llorar, para reír, para lamentarse, para bailar... Ya ves, para todo. Me preguntas que si para matar también. Por desgracia, sí. Recuerda el salmo: *“Pecador me concibió mi madre”* (Sal 50,7). Como sabes, esto no se me aplica a mí, que nací por obra y gracia del Espíritu Santo. También mi madre fue concebida sin pecado original. Y mi precursor fue santificado en el seno materno. Si exceptúas estos pocos casos, los demás mortales nacéis en pecado. Inclínados al pecado. Lo entiendes, ¿verdad?

Las cosas podrían ser muy distintas si supierais manejar el don precioso de la libertad. Te pongo un ejemplo para que me entiendas. No basta *tener* el permiso de conducir. Hay que *saber* conducir. De otro modo la exposición a tener un accidente es segura. Mira. La libertad consiste, precisamente en poder hacer el bien o hacer el mal. Que no es lo mismo que hacer lo que a uno le dé la gana. Caín hizo el mal, y su sombra es alargada.

Siguiendo los señalamientos del *Eclesiastés*, podrías añadir: hay un tiempo para las vacaciones. Al menos para quien las pueda tomar. De todos modos, al cuerpo hay que darle descanso. El cuerpo no es una máquina, y necesita descanso. Que no significa no hacer nada; sino hacer otra cosa distinta a la rutina diaria. Estáis muy apegados al trabajo. No por el trabajo en sí, sino porque estáis agobiados por el mañana. Recuerda que os dije: *“No os agobiéis por vuestra vida, qué vais a comer, qué vais a vestir”* (Mt 6,25). ¿Lo recuerdas, no? ¿Tú crees que alguien me ha hecho caso? Te digo que las más de las veces es más importante el descanso psicológico que el físico. El espíritu sí que necesita sus cuidados. ¿Cuántos humanos hay que toman esto en cuenta? ¿Sabrías decirme?

Me refiero ahora a la *Palabra de Dios*. Un día me correspondió leerla ante todos los feligreses de la sinagoga de mis paisanos. Se trataba del precioso pasaje el de Isaías: *“El Espíritu del Señor está sobre mí...”* (Lc, 4,17s). Ese *mí* soy yo. Se refería a mí. Y, lo que son las cosas. Me escucharon con tal atención que se podía oír el ruido de un mosquito. Me escucharon, sí, pero no se enteraron del contenido, del mensaje de la Palabra. ¿En qué pensaban? En todo, menos en la Palabra de Dios. Bien sabes que a continuación, tras la lectura del profeta Isaías, les hablé. No les gustó nada mi sermón. ¡Hasta se escandalizaron!

Escándalo farisaico. Armaron el alboroto padre. “¿No es éste el hijo de José?” (Lc 4,22). ¡Con qué carga de desprecio lo decían! ¿Qué pensaban, que la gente de un extracto social humilde es de menor categoría que la de alto nivel social o económico? La cosa fue a más. Fue tal el enfado, que me sacaron en volandas. ¿Intención? Despeñarme por un barranco. Vaya pandilla de energúmenos. No había llegado mi hora. Así que, con total aplomo, me abrí paso entre ellos y me marché. Lucas lo recoge en el Evangelio: “*Pero Jesús, pasando en medio de ellos, continuó su camino*” (Lc 4,30).

Hay gente a la que no le queda tiempo ni para dedicarle un rato a la lectura. Y menos si se trata de la Palabra de Dios. Sin embargo, también hay gente, sobre todo en la franja joven de la sociedad, que aprovecha precisamente las vacaciones para pensar en ayudar a los demás. Y se marchan, como bien sabes, aunque sea por un tiempo breve, ya sea a África, América, etc., ya sea con alguna Ong. Incluso por cuenta propia. Van en plan humanitario. Eso está muy bien. Y aún mejor, quienes van en plan directamente misionero. Unos y otros, van tratando de hacer el bien. Y de paso, oxigenan su propio espíritu, por la energía espiritual que reciben.

Ayudar a los necesitados es alimentar también el alma. En plan misionero, mejor que mejor, porque se abarca lo material y lo espiritual. Se ayuda en lo material y en lo espiritual. Recuerda: “*No sólo de pan vive el hombre*” (Mt 4,4). Misionar significa dejarse guiar por mí. Significa marcar caminos de esperanza. Significa entrar en contacto con los hombres y mujeres de hoy para ayudarles a potenciar sus valores culturales, étnicos, religiosos, humanos, etc. Por lo mismo, me resulta muy confortante ver que, mientras muchos jóvenes se desvían por caminos de un vacío humano y espiritual total, otros, cada día más, que van adquiriendo una mayor sensibilidad ante los problemas que aquejan a sus semejantes. No se quedan pasotas. Son solidarios.

¿Ves? Hay tiempo para todo. Termino. A continuación del pasaje en la sinagoga, continúa san Lucas: “*Jesús bajó a Cafarnaúm, ciudad de Galilea, y enseñaba los sábados. Y todos estaban asombrados de su enseñanza, porque enseñaba con autoridad*” (Lc 4,31-32). Como debe ser. Por eso, te digo que vivo en todo tiempo y en todo lugar. Y sobre todo, en el corazón de cada persona.

INDICE

	Pág.
La pregunta: Jesús, ¿dónde vives?	3
La respuesta: Vivo en...: “Venid y lo veréis”	4
Vivo en...	
En aquellos que fueron los primeros	5
En donde siempre es primavera	7
En el agua que da felicidad	8
En el alma de los humildes	10
En el amor de las madres	12
En el cielo y en la tierra	14
En el Padre que a todos ama	16
En el Reino de Dios en construcción	18
En el tiempo que corre que vuela	20
En la buena teología	22
En la civilización reconciliada	24
En la conciencia, santuario personal	26
En la difícil pero posible paz	28
En la Eucaristía, memoria de la Iglesia	30
En la felicidad de todos	32
En la Hora de Dios	34
En la libertad y en la democracia	36
En la luz siempre encendida	38
En la Misná y el Talmud	40
En la mujer guardiana de la vida	42
En la religiosidad popular	44
En la suave brisa	46
En la verdad del Evangelio	48
En las heridas del mundo	50
En las palabras sin monopolio	52
En las raíces cristianas de Europa	54
En las sandalias de los profetas	56
En las situaciones antitéticas	58
En los artífices de solidaridad	60
En los avatares de las personas	62
En los buenos y en los malos	64
En los caminos pedregosos	66
En los corazones de puertas abiertas	68
En los cuatro puntos cardinales	70
En los lirios del campo y del alma	72
En los niños huérfanos del mundo	74
En los que viven de cara a la Vida	76
En los santos porque marcan la historia	78
En los símbolos, lenguaje cotidiano	80
En quien persevera en la oración	82
En quienes buscan porque encuentran	84
En quienes dicen sí a la vida	86
En quienes están alegres en el Señor	88
En quienes no abusan de los demás	90

En quienes sufren tentaciones	92
En quienes van por los caminos de Dios	94
En toda la Historia de la Salvación	96
En todas las culturas	98
En todas las vidas	100
En todo tiempo y lugar	102

EL CREDO:

*Creo en Dios,
Padre Todopoderoso,
Creador del cielo y de la tierra.*

*Creo en Jesucristo, su único Hijo,
Nuestro Señor, que fue concebido
por obra y gracia del Espíritu Santo,
nació de Santa María Virgen;
Padebió bajo el poder de Poncio Pilato,
fue crucificado, muerto y sepultado,
descendió a los infiernos,
al tercer día resucitó de entre los muertos,
subió a los cielos
y está sentado a la derecha de Dios,
Padre todopoderoso.
Desde allí ha de venir
a juzgar a los vivos y a los muertos.*

*Creo en el Espíritu Santo,
la santa Iglesia católica,
la comunión de los santos,
el perdón de los pecados,
la resurrección de la carne
y la vida eterna.*

Amén.